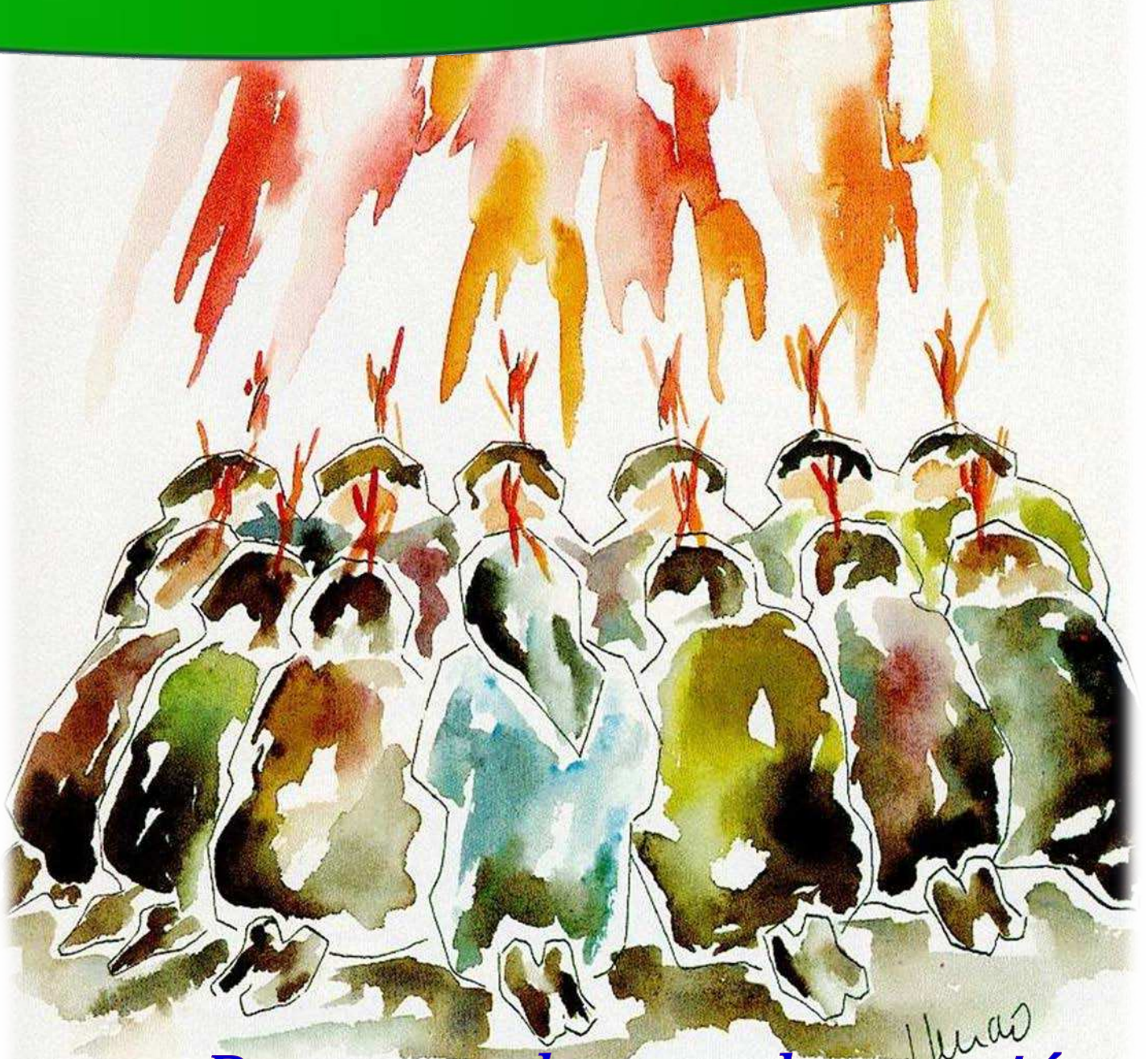


Forum.com

Papeles de formación continua



*Perseveraban en la oración,
con María (Hech 1, 14)*

Índice

Editorial 3

Retiro 5

Formación 11

Comunicación 19

Vocaciones 23

La Solana 49

El Anaquel 55

Bicentenario Don Bosco 81

Año de la Fe 85

Índice 2012-2013 93

Revista fundada en 2000

Segunda época

Dirige: José Luis Guzón

C/ Pajarillos, 1

47012 – Valladolid

Tfno.: 983 290 377

jlguzon@salesianos-leon.com

Colabora: Segundo Cousido

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681



María, fuente de esperanza

Supongo que a muchos de vosotros os pasa algo parecido que a mí. Cada vez más María nos abre a la esperanza. El mes de mayo, de María, ya declinando, suele ser en nuestros ambientes educativos un mes de empuje, un mes de ilusión, un tiempo que nos abre a la esperanza, sin cerrar los ojos a las dificultades y trabajos de un final de curso ya próximo. Por esa razón hay mucha gente que reivindican el carácter adventicio de mayo y, por contraposición, a su vez, el carácter mariano del Adviento.

Podemos leer en Las palabras calladas. Diario de María de Nazaret de Pedro Miguel Lamet este diálogo precioso:

«Ya antes de nacer mi Hijo, y días después de su nacimiento, conocí la noche de la duda, de la fe, pero nunca creí que la noche fuera tan profunda. Ahora es terrible; parece como si no viera ninguna ventana con luz. Sólo puedo cerrar los ojos, entrar en la cueva arriba.

¿Qué queda de todo aquello? ¿Eso es ser una madre?

¿Perderlo todo?

¿Por qué se ha de salvar siempre con sangre?

¿Por qué los inocentes deben pagar por los culpables?

¿Por qué le ha tocado a mi hijo sufrir y morir?

Ayer el Calvario estaba más en mi seno que en Jerusalén, clavaban dentro de mí, martilleaban dentro. Era mí segundo parto, más doloroso que el primero. Después de muerto volvió a pertenecerme. Quitando sangre, espinas, barro, fui reconquistando su cuerpo; y, sí cerraba los ojos, le hallaba como entre sueños.

Cuando la losa fue rodada y cubrió el sepulcro no hubo -como en Belén- ni ángeles, ni cantos, ni pastores, no se oía voz del Padre. En mis oídos solamente resonaban los latigazos, los martillazos, las carcajadas...

Ahora ha vuelto la calma, yo veo brillar la luz de la esperanza en medio de esto noche tan profunda. No me queda más que esperar...

Pienso en mis hijos que están en la duda, en la noche de la fe. Quisiera decirles que creyeran a pesar de todo, que esperasen a pesar de todo.

El vendrá, porque lo dijo, y estará con todos nosotros para siempre.

Ánimo, hijos. A la sombra del dolor sigue siempre la luz de la esperanza».

Nosotros le pedimos, al concluir el mes de mayo, que sea luz para cada uno de nosotros en las diversas situaciones en que nos encontramos y que su manera de vivir se convierta para cada uno de nosotros en fuente de esperanza en medio de las dificultades.

Atisbamos las vacaciones y esa es otra realidad de nuestra vida que también puede tener «color esperanza». Recordamos aquella canción de Diego Torres que decía:

Sé que hay en tus ojos con solo mirar
que estas cansado de andar y de andar
y caminar, girando siempre en un lugar...

Sé que las ventanas se pueden abrir,
cambiar el aire depende de ti.
Te ayudara, vale la pena una vez más.

Saber que se puede, querer que se pueda,
quitarse los miedos, sacarlos afuera,
pintarse la cara color esperanza,
entrar al futuro con el corazón.

Feliz verano a todos.

A handwritten signature in black ink, reading "Fr. Luis Guzmán". The signature is written in a cursive, flowing style.

Retiro

María: Bienaventurada la que ha creído

Óscar Bartolomé Fernández, sdb

«En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó:

- “¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá”.

María dijo:

- “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador...”».

(Lc I, 39-47)

Este Año de la Fe puede ser una buena oportunidad para reflexionar en el retiro del mes de mayo sobre *María como mujer de fe, pues Ella es feliz, bienaventurada por haber creído.*

Dos van a ser las propuestas para la reflexión y la oración personal:

- La primera está relacionada con nuestra vivencia de la fe
- La segunda tiene que ver con María, su fe y su experiencia de Dios.



En este año de la fe, más allá de conmemorar un acontecimiento, o un gran acontecimiento, del Espíritu: el Concilio Vaticano II, el recuerdo de la publicación del Catecismo, de lo que se trata es de que cada uno de nosotros **vayamos al fondo de nuestro corazón** para descubrir cuáles son las raíces que alimentan, que fundamentan, que sostienen nuestra vida cristiana y nuestra vida de consagrados.

Si la fe no está en la base de nuestra experiencia de cristiana y de consagración más pronto o más tarde nuestra vida comenzará a carecer de sentido. La invitación a vivir “firmes en la fe” (1 Cor 16, 13) es una invitación dirigida a todo cristiano. La firmeza en la

fe es algo que confirmamos diariamente en nuestra oración. La respuesta amén, tiene su raíz en un verbo hebreo que nos habla de esa estabilidad o fidelidad. La fe religiosa, la confianza total del hombre en un Dios que con el que se ha encontrado personalmente nace entre los hebreos. Abraham asume una relación personal con Dios. Una confianza depositada en la palabra, en la llamada que había escuchado. Abrahán creyó con todo su ser en la promesa que había recibido de Dios de hacer de él un gran pueblo. **Ya no se trata de creer que Dios existe, sino de creer que el hombre existe para Dios.** La fe se convierte en una relación fuerte entre Dios y su pueblo y, por lo tanto, se inscribe en la alianza. Los evangelios serán los “libros de la fe en Jesús”. Como dice B. Sesboüé “esta fe asocia dos elementos: un *creer en* y un *creer que*. Comienza en efecto por el encuentro con una persona, la de Jesús de Nazaret, y conlleva el momento de la decisión de comprometerse con él. *Creer en* es un acto interpersonal por el que el discípulo se da a Jesús, se pone a su disposición y pone en él toda su confianza. (...) Para creer en Jesús, hay que creer también lo que dice Jesús y creer que es quien pretende ser. Esta dimensión se hace particularmente patente en el Evangelio de Juan, en el que el término ‘creer’ tiene a menudo el sentido de ‘creer por verdadero’, mientras que en Mateo, Marcos y Lucas, expresa más bien el compromiso de poner la confianza en una persona. La fe cristiana tiene pues un contenido, que se centrará en la persona de Jesús, que vivió, murió y resucitó de entre los muertos, y precisará su relación con Dios”.

Toda experiencia de fe tiene que alimentarse constantemente, la fe no es un don que se recibe de un día para otro. El camino de la fe como el camino de la vida tiene sus días azules y grises, sus noches claras y sus “noches oscuras”. Lo importante es mantenerse en actitud de búsqueda. En este año de la fe la invitación que nos llega a cada uno de nosotros es a descubrir el gozo de la fe, la alegría de creer en Dios. La fe, nuestra vida de fe, tiene que llenarnos de gozo. El sabernos en buenas manos, las manos de Dios, tiene que llenarnos de confianza, de serenidad y fortalecer nuestro cotidiano caminar.

Seguramente “sabemos” mucho sobre la fe: ¿qué es?, ¿cómo describirla, definirla o incluso presentársela a otras personas?, pero de lo que se trata es de que cada uno sea capaz de dar respuesta

de su propia fe, “dar razón de la esperanza que hay en nosotros” (1 Pe 3, 15). En definitiva, se trata de poder compartir lo que vivimos, aquello que da sentido a nuestra vida, la experiencia de sentirnos amados, queridos por un Dios que entra hasta el fondo de nuestro corazón. Son muchos los santos que han vivido su experiencia de fe con muchas dificultades y se han sentido lejanos o abandonados por Dios. Nosotros, en este camino de crecimiento en la fe, podemos preguntarnos en qué momento nos encontramos: en el conocer mucho sobre la fe, en un momento de encuentro personal, en un momento de duda, en...

Si tuviésemos que enumerar alguna característica de cómo podría ser nuestra fe, podríamos decir que tendría que ser una fe cultivada a diario, una fe que se celebra, una fe que es vida y una fe que nos lanza a la misión. La fe no puede ir separada de la vida. Sólo quien vive puede creer y una fe sin obras, podríamos decir que es una fe muerta. Una fe que no se celebra y se comparte queda encerrada. El gozo de creer tiene que llevarnos a celebrar lo que creemos y a llevar a nuestra celebración la vida. La confianza en el Dios de la vida es la que nos lanza a nuestra misión, una misión que no nos agota, sino que nos ayuda a vivir nuestra vida cristiana y consagrada con mayor hondura. Oración y misión alimentan nuestra vida de fe.

A este respecto son interesantes las reflexiones que el Rector Mayor ofrece en la última carta sobre la vocación y la formación. Creo que nos ofrece algunas pistas para nuestra consideración. Entre otras muchas ideas, apunta que sólo a la luz de la fe la vida se puede descubrir como vocación. Por lo tanto, la fe está a la base de nuestra vocación. Cuando esto no es así, probablemente la vocación dure muy poco, cualquier dificultad nos hará abandonar. Si no es desde la fe la llamada a la vida consagrada no es posible. Al inicio de la vocación es posible que haya otras motivaciones, pero con el paso del tiempo, para que nuestra respuesta al Señor esté totalmente centrada en Dios, es necesario vivir desde la fe. Por lo tanto, “la fidelidad no será sólo permanecer fieles externamente a una profesión hecha al Señor, sino el empeño de vivir cotidianamente lo que se ha profesado”. La experiencia en el día a día, en lo cotidiano es un elemento esencial en el seguimiento del Señor. La fidelidad al Señor será la consecuencia obvia de la opción hecha por Dios.

Hoy se nos plantean varias preguntas para nuestra reflexión y oración personal:

- ¿A quién soy yo fiel? ¿En quién he puesto mi confianza?
- ¿Cómo vivo mi experiencia de fe? ¿Cuál es mi relación con Jesucristo?
- ¿Quién es Dios en mi vida?
- ¿Cuál es mi credo?



En segundo lugar, **miremos a María**. La tradición nos la describe como una mujer que cumple con la Ley y gracias a la acción de Dios brota de ella algo nuevo, algo inesperado, algo sorprendente. Su vida se transforma, su vida cambia. El Dios que ama incondicionalmente a su pueblo, quiere hacer una nueva alianza con él. El Dios que tiene plena confianza en su pueblo, que lo ama con locura, es capaz de hacer nuevas todas las cosas.

En la Biblia no podemos encontrar demasiados textos de cómo era la fe de María, de cómo vivió su experiencia de fe. Pero creo que la oración del Magnificat nos ofrece una clara muestra de cómo veía ella a Dios y de cómo podía ser su relación desde la fe con Dios.

A partir del Magnificat podemos decir que María agradece al Señor su iniciativa. Se alegra en Dios, un Dios que es salvador y que mira la humildad de los débiles, que se fija en la debilidad de cada persona. Es un Dios cuyo nombre es santo y misericordioso. Un Dios que derriba a los poderosos y enaltece a los humildes, se preocupa por los suyos. Es un Dios que auxilia a Israel, su siervo. Un Dios que cumple sus promesas. Esta es, pues, la profesión de fe que María nos ofrece.

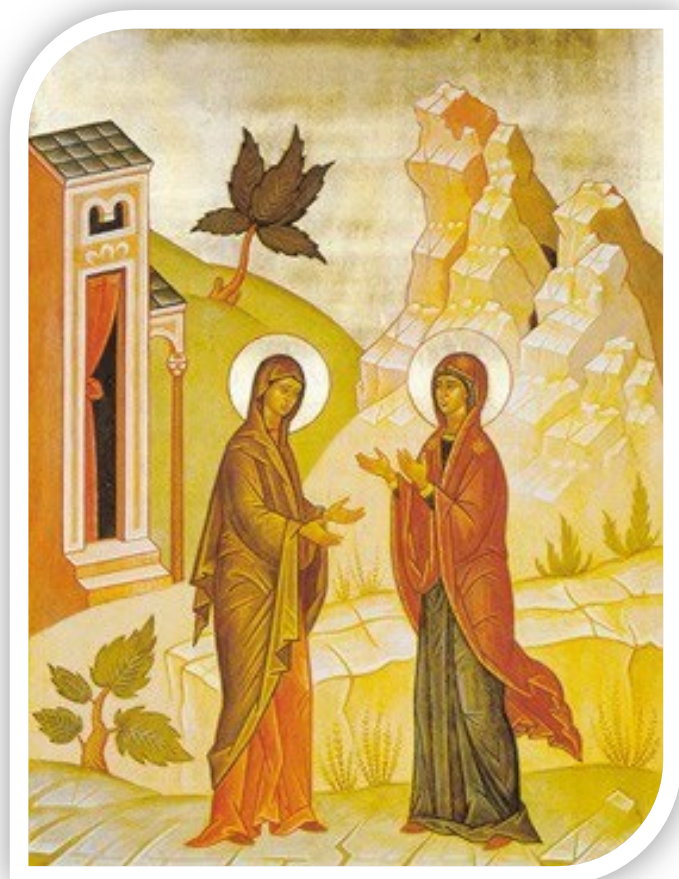
Si nos fijamos con detalle en la oración del Magnificat nos podemos dar cuenta cómo se resume la acción de Dios a favor del pueblo de Israel y cómo María ha permanecido fiel a esa alianza. Ha vivido su vida desde la clave de la alianza y por eso Dios se fija en ella, por eso es la elegida.

Pero la profesión de fe de María no es un puro razonamiento, sino que la lleva a la acción. La lleva a servir a sus hermanos débiles y necesitados. Por eso sirve a su prima necesitada. Su vida de fe le lleva a servir a los demás. Es una fe comprometida. Como Dios se compromete con su pueblo así María se compromete con los demás. María después de la anunciación del ángel, se pone en camino hacia donde su prima Isabel.

Su vida en más de un momento se regirá por la fe. Son muchos los momentos a lo largo de su vida en los que no comprende lo que hace y sucede a su Hijo. Ella va guardando todo en su corazón. Está junto a la cruz en el momento de la entrega y del dolor. Se convierte no sólo en la Madre del Salvador, sino en la madre de todos los que creen en Jesús. María persevera junto a los discípulos en la oración y recibe el Espíritu Santo que fortalece a la comunidad para su nueva misión.

María según el Concilio Vaticano II “avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fiel la unión con su Hijo hasta la cruz” (LG 58). “María, en efecto, ha entrado profundamente en la historia de la salvación y en cierta manera reúne en sí y refleja las exigencias más radicales de la fe” (LG 65).

María se nos ofrece, por lo tanto, como **modelo de fe**, como la mujer que creyó en Dios, acompañó a su Hijo a lo largo de su vida y estuvo en los primeros momentos del origen de la comunidad cristiana. Su vida se



convierte para nosotros en un modelo de fe en Dios, un Dios que ya no es el del Antiguo Testamento, sino que es el Dios Amor revelado por Jesús. María, sin comprender seguramente todo lo que sucede a su Hijo, va guardando en su corazón todo y permanece a su lado a lo largo de su vida, de esta forma es modelo de mujer que acoge, que está atenta y escucha la palabra de Dios. También es aquella que se sabe llena del Espíritu Santo.

De nuevo nos surgen algunas preguntas:

- ¿Qué actitudes de la vida de María me ayudan más en mi vida de fe?
- ¿Encuentro en María algo que me pueda ayudar a vivir mi fe de una manera viva?
- María es feliz por haber creído, ¿el creer, mi vida de fe me hace feliz, llena mi vida de sentido?
- A María le brotó espontánea una oración de agradecimiento. ¿Cuál sería mi oración de agradecimiento a Dios por el don de la fe?

Hoy tienes la oportunidad de tomarte un tiempo para ti y reflexionar sobre tu fe, sobre tu experiencia de fe, sobre lo que supone María en tu vida.

Es un buen momento para tomar el pulso a tu vida como cristiano y como salesiano.

Sé sincero contigo mismo en tu reflexión.

Tómate un tiempo para la reflexión personal, pero tómate también un tiempo para la oración personal y agradece a Dios el don de la fe y pídele fuerzas para seguir creciendo día a día en el seguimiento y en el trato personal con el Señor.

Virgen y Madre

Oh Virgen santísima,
Madre de Dios,
Madre de Cristo,
Madre de la Iglesia,
míranos clemente en esta hora.

Virgo fídelis, Virgen fiel,
ruega por nosotros.
Enséñanos a creer como has creído tú.
Haz que nuestra fe
en Dios, en Cristo, en la Iglesia,
sea siempre límpida, serena, valiente, fuerte, generosa.

Mater amabilis, Madre digna de amor.
Mater pulchrae dilectionis, Madre del Amor Hermoso,
iruega por nosotros!
Enséñanos a amar a Dios y a nuestros hermanos
como les amaste tú;
haz que nuestro amor a los demás
sea siempre paciente, benigno, respetuoso.

Causa nostrae laetitiae, causa de nuestra alegría,
iruega por nosotros!
Enséñanos a saber captar, en la fe,
la paradoja de la alegría cristiana,
que nace y florece en el dolor,
en la renuncia,
en la unión con tu Hijo crucificado:
¡haz que nuestra alegría
sea siempre auténtica y plena
para podérsela comunicar a todos!
Amén.

Juan Pablo II

Formación

El futuro de la vida religiosa y el Dios de Jesús¹

Andrés Torres Queiruga

Que la vida religiosa ha ejercido y ejerce en la Iglesia una función insustituible no hay nadie -mucho menos ningún teólogo- que pueda dudarla. Lo cual no obsta -y el Vaticano II nos lo dijo claramente- para que se promueva una renovación que la ponga más en consonancia con sus bases evangélicas y con los objetivos concretos que los fundadores de las distintas familias religiosas pretendieron en su tiempo. Se trata de mantener vivas las raíces evangélicas, de podar las ramas secas o sobrantes y de permitir así que una savia regeneradora eche nuevos brotes. Pese a que el autor del presente artículo mira la vida religiosa desde fuera, sus reflexiones ayudarán a pensar y actuar a los que, desde dentro, están llamados a renovarla. Este artículo supone otro anterior: Mirada teológica sobre la vida religiosa, desde una «distancia empática» (Confer 38 (1999) 95-124). En él el autor trata de evitar todo exclusivismo o privilegio, insistiendo en "polaridades" unidas y solidarias: la vida religiosa se situaría en el polo de dedicación preferente al "Dios del mundo", junto a los seglares que se dedican al "mundo de Dios".

¹ En *El futuro de la vida religiosa y el Dios de Jesús*, Confer 38

I. El futuro de la vida religiosa

Estas reflexiones en torno al futuro de la vida religiosa, enormemente abierto y cargado de riesgos y promesas, aspiran a ofrecer una visión empática desde una exterioridad fraterna y una responsabilidad compartida.

I. Reconfiguración desde las raíces:

identidad y misión

El repensamiento y la revisión de la vida religiosa ha de hacerse en honda y respetuosa continuidad con sus raíces y, precisamente por ello, ha de ser capaz de llegar hasta ellas sin sentirla atada a ninguna forma histórica concreta, para evitar el peligro de convertir en inmutable lo que no es más que histórico y condicionado.

Así, el proceso de repensamiento de la vida religiosa, viene marcado por dos vertientes aludidas en el título de este apartado: identidad y misión. Por un lado es claro que la identidad de la vida religiosa ya no puede ubicarse en la *fuga mundi* (huída del mundo), que percibe al mundo como una amenaza para la vida de fe. La vida religiosa más bien adquiere sentido insertándose en un mundo que es manifestación de la acción creadora de Dios, para prolongar y encarnar dicha acción. Esta inserción en el mundo, precisamente porque se hace desde Dios, es *crítica*. Una crítica que no pretende negar ni minusvalorar esta vida, sino potenciarla al máximo, mostrando que sólo está de verdad asegurada cuando se fundamenta en la *visión de Dios*. En esto radica lo más fundamental de la *identidad* de la vida religiosa, la cual en cuanto unida a los avatares de esta vida intrínsecamente cambiante y mutable, queda siempre abierta a nuevas configuraciones.

De este modo enlazamos intrínsecamente con el segundo vector: el de la *misión*. La situación crítica de la fe en el mundo actual y la necesidad de reconfigurar en él la entera presencia de la Iglesia, hace ver con fuerza la convergencia de los dos vectores. En otras palabras: urgentes necesidades a las que se enfrenta hoy la fe, avivan en los religiosos y religiosas la conciencia de que la *misión* de la Iglesia en el mundo es componente fundamental de su *identidad*.

2. Reconfigurar la identidad:

los votos entre la estabilidad jurídica y el empuje de la vida

La configuración actual de la vida religiosa es el fruto de un largo proceso de siglos en el que han interactuado tres elementos fundamentales:

- a) la vivencia íntima, como decisión de configurar la vida en torno al «Dios del mundo».
- b) las necesidades, las llamadas y las exigencias que ha ido imponiendo la misión de la Iglesia en el mundo.
- c) el estado de la reflexión eclesial y teológica de cada tiempo.

En este sentido, la vida religiosa tiene algo -y aun mucho- de normativo, de *modelo* a tener en cuenta en cualquier intento de renovación y de reforma. Pero no puede tratarse de un modelo rígido, sino de una *fidelidad viva* cuyo criterio definitivo sea el equilibrio de los tres elementos en cada etapa histórica. Lo decisivo será garantizar que el primero de ellos se exprese lo mejor posible al concretarse en los otros dos. En este sentido, experimentar y buscar no deben causar miedo. Al revés, si bien es indispensable que se realicen con seriedad y con prudencia.

Según lo dicho, ni siquiera los *votos clásicos* pueden ser un criterio definitivo, porque ellos son fruto y manifestación de algo más primigenio; son concreción histórica de una decisión radical. Fueron formulados en el siglo XII por los canónigos regulares, sistematizados teológicamente por Santo Tomás en el siglo XIII y largamente sancionados por el derecho canónico. Y, desde luego, han

demostrado su fecundidad para articular la configuración existencial y comunitaria de la vida religiosa. Pero, a pesar de esto, hay que distinguir entre los *valores radicales* que en ellos se expresan y las *formas canónicas* en que se han traducido.

Es claro que los votos religiosos que, en su estrato más radical, cabría calificar como *la castidad, la austeridad, la docilidad comunitaria* son valores profundamente evangélicos y de esencial radicación antropológica, sin los cuales no es posible la configuración de la vida religiosa. Pero el modo concreto como su vivencia se ha ido traduciendo pertenece ya a otro registro. La historia nos da muestra de ello: la docilidad del anacoreta es a la vez igual y distinta a la del monje, y ambas son «obediencia»; lo mismo sucede con la austeridad del mendicante respecto de la comunidad que administra un colegio, y ambas son «pobreza»; la castidad misma es vivida de manera muy distinta en la clausura y en la pequeña comunidad inserta en un suburbio, y ambas son «celibato».

En este sentido puede ser ilustrativa la comparación con la distinta configuración de los votos en otras religiones. Por ejemplo, en el budismo los votos tienen acentos diferentes a los nuestros y, además, son cuatro los que se proponen -aunque con distinta intensidad- tanto a monjes como a laicos: 1º) procurar la salvación del mundo; 2º) desarraigar de sí mismo todo mal y toda pasión; 3º) estudiar la ley de Buda; 4º) alcanzar la perfección de la condición búdica.

Este ejemplo nos indica además que tampoco el *número* de los votos es inamovible. Dentro del propio cristianismo han ido surgiendo necesidades o llamadas que han llevado a añadir otros votos a los tres clásicos, como el de no ambicionar dignidades (trinitarios descalzos), el de entregarse en rescate por los cautivos (mercedarios), o el de obediencia al Papa para las misiones (jesuitas). Y es claro que nada impide que puedan aparecer otros. No se trata de hacer «teología ficción», pero la lección de la historia, el contacto con otras religiones, los cambios culturales y la aparición de nuevas necesidades, convocan a la creatividad. Igual que pueden aparecer nuevos votos, o cambiar el acento de los tradicionales, pueden también aparecer votos realizados con pleno compromiso pero *por un tiempo determinado*, renovable o no según las capacidades y posibilidades del sujeto.

En este sentido, por delicado que sea el tema, no puede darse como inamovible la *inexcusabilidad del celibato* para toda forma de vida religiosa posible. No se puede negar su fuerza configuradora de una existencia que busca la entrega total, pero también es verdad que han aparecido nuevos factores que, sin negar su valor, cuestionan su centralidad. Así, por ejemplo, la exégesis ha mostrado que los escasos datos escriturísticos al respecto están muy condicionados por la «urgencia escatológica», es decir, por la brevedad del tiempo que se creía que quedaba antes de la parusía. Por otro lado, hoy ya es insostenible la teología del «corazón dividido» y su concepción de que el amor humano necesariamente distrae -incluso aparta- de Dios.

Más bien hay que sostener que, si está bien orientado, el amor humano no entra en competencia con Dios sino que puede convertirse en un sacramento y en una escuela de la unión con Dios.

Cabe, pues, pensar en nuevas formas de vida religiosa en nuestro ámbito actual que, por ej., adopten una *configuración dual*, es decir, con miembros célibes y miembros casados, sin que ello imposibilite la totalidad o radicalidad de la entrega. De hecho, los mismos apóstoles eran en su mayoría casados. Además, la propia teología y el magisterio de la Iglesia reconocen unánimemente que no hay una necesaria vinculación entre celibato y entrega al «Dios del mundo».

En el «laboratorio», que son los institutos y las asociaciones seculares, se han dado ya intentos de esta configuración dual. Es verdad que se trata de una realidad que aún no ha sido reconocida a nivel oficial. Ciertamente, la «oficialidad» en la Iglesia debe velar por la estabilidad y la cautela frente a toda aventura innovadora incierta, pero no puede ni debe apagar el empuje de la vida. Todo cambio profundo siempre se realiza en esa difícil dialéctica entre obediencia y experimento, fidelidad y creatividad, seguridad presente y apertura al futuro. En otras palabras: la necesaria confirmación jurídica y «oficial» de las novedades en la Iglesia es un «acto segundo», que no «crea» la vida renovada, sino que la asegura. De hecho, esto es lo que ha sucedido en la historia con la fundación de una nueva orden o congregación religiosa.

Esta dialéctica entre «la estabilidad del derecho» y «la creatividad de la vida» resulta muy importante para comprender los dinamismos íntimos de la identidad de la vida religiosa. Pero también -como vamos a ver- para la comprensión y el desarrollo de su misión.

3. La llamada de la misión:

«resistencia numantina» y «muerte estaurológica»

La gran diversidad de órdenes y congregaciones religiosas existentes, responde al fruto acumulado de una larguísima historia y a la multiplicación de respuestas a situaciones históricas siempre nuevas. Todas ellas son como ramas de un tronco que crece con vitalidad inagotable. Con todo, también llama la atención la precariedad de muchas de estas ramas debido al cambio de las necesidades a las que querían responder en sus orígenes y al descenso drástico del número de vocaciones. Esta situación es como una llamada a no dejarse arrastrar por inercias históricas y a construir activamente caminos nuevos de futuro. Sobre ello vale la pena aventurar algunas consideraciones.

Una primera consideración: se trataría de aprovechar el aspecto positivo de esta situación de crisis, entendiéndola como *oportunidad para una concentración en lo esencial*. Fuerzas y personas de las congregaciones y órdenes religiosas que se dedicaban a funciones hoy asumidas por la sociedad, pueden ahora quedar libres para un cultivo más intenso de la raíz del propio carisma fundacional y para una presencia más transparente y significativa del mismo.

Una segunda consideración: la situación actual antes descrita urge a afrontar de un modo decidido *la reconfiguración del cuadro de la vida religiosa en sí misma*, en virtud de las posibilidades concretas de cada instituto y de las necesidades reales de la comunidad. Esto ya viene señalado por el Vaticano II en el decreto *Perfectae*

Caritatis, cuando habla de la *unión* entre monasterios o institutos de finalidad y espíritu similares (nº 21), de *federación* entre instituciones que «de algún modo pertenecen a la misma familia religiosa», y de *asociación* entre aquéllos que «se dedican a las mismas o parecidas obras externas» (nº 22). Y concluye el decreto con este criterio para todos los Institutos: «responder con prontitud de ánimo a su vocación divina y a su función dentro de la Iglesia en los tiempos presentes» (nº 25). Es decir: primero una decisión radical; segundo una función eclesial, y tercero una respuesta a las necesidades del propio tiempo.

Esta llamada del Concilio es dura y exigente. De ahí que las concreciones de la misma deban dejarse a cargo de quienes las han de protagonizar. Desde fuera lo más adecuado es una acogida respetuosa de sus decisiones y una colaboración fraterna en la búsqueda de un mejor acierto eclesial. Con este ánimo fraterno de quien no está directamente implicado, quisiera referirme al peligro de que el cariño a la propia tradición y el compromiso con la forma concreta del propio carisma puedan actuar de freno en la iniciativa y búsqueda de una misión actualizada, y lleven a una especie de «resistencia numantina» pero agonizante. Frente a ello, mejor sería asumir la necesidad de una transformación radical que, abandonando lo secundario, salve lo fundamental, renaciendo de un modo nuevo, acaso mediante la fusión con otros igualmente dispuestos.

Podemos calificar esta actitud -frente a la de «resistencia numantina» - de «muerte estaurológica»: muerte que libremente pasa por el despojo de la cruz (*staurós*), porque confía en resucitar transfigurada para la comunidad. No es la muerte del final de un ciclo fracasado sino de una misión *particular* cumplida, que puede ser el comienzo de una nueva *universalidad* en la vida común de la Iglesia.

Esto, que puede resultar muy abstracto, es muy concreto y de una trascendencia vital. Una vida religiosa, celosa de su identidad, pero no aferrada a su pequeña tradición, tiene por delante el reto de encontrar nuevas formas que, «desde el Dios del mundo» -que sigue llamando igual que el primer día de la creación- la revitalicen y resuciten en el mundo actual.

No es aventurado afirmar que la vida religiosa ha percibido esta llamada. Lo que en ella pueda dar la sensación de «caminar a la deriva», tiene mucho de escucha de los «sonidos inarticulados» del Espíritu que llama a mantener viva la difícil esperanza de la humanidad, a la disposición inquebrantable de *configurar la vida entera* -sea del modo que sea, y en la orden o congregación que sea- de tal modo que pueda ser para el mundo de hoy la encarnación de una existencia centrada en Dios, el cual, en Jesús de Nazaret, se ha manifestado como «el Dios de los pobres»; el Dios que en la Iglesia sigue suscitando modos de vida que se consagran a hacerle visible en la oscuridad de los despojados, en el sufrimiento de la marginación y en el abandono de la exclusión.

II. Una aplicación concreta:

contribuir a la presencia del verdadero Dios de Jesús

La propensión de la vida religiosa a volcarse con *amor de misericordia* sobre las diversas formas de sufrimiento humano está hoy muy viva. Así responde a una dimensión íntima de su realidad: el esfuerzo de hacer visible al Dios que se nos ha revelado en Jesús, en sintonía con las exigencias e intuiciones de nuestro tiempo. A esta dimensión de la vida religiosa nos vamos a referir ahora.

I. La necesidad de una seria

formación teológica

La primera exigencia de esta dimensión es la de tomarse en serio la necesidad de una formación teológica que no viva anclada en el pasado. Entre la elaboración de la teología clásica y la situación presente, media la *revolución cultural de la modernidad*, la cual ha trastocado los parámetros del pensamiento, de la sensibilidad y de la capacidad de acción.

De la concepción de un mundo sacral hemos pasado a la concepción de un mundo secular, regido no ya por leyes trascendentes, sino por leyes inmanentes y con una *autonomía propia*. Una autonomía, ya irreversible, reconocida como legítima y positiva por el Vaticano II. Hoy resulta ya evidente que la «hipótesis Dios» es superflua e ilegítima a la hora de pretender explicar los fenómenos que acaecen en el mundo. Obstinarse en lo contrario es dañar la credibilidad de la fe.

Lo mismo puede decirse de nuestra *manera de leer la Biblia* y de comprender y expresar sus afirmaciones y narraciones. Piénsese, por poner un solo ejemplo, en quién puede creer, después de las teorías de la evolución, que Adán y Eva realmente anduvieron por el Paraíso, sabios, inmortales y sin defectos, aunque luego, de un modo inexplicable en esa hipótesis, cometieran el pecado más estúpido. No es que esas narraciones o afirmaciones sean falsas; lo que en ellas se quiere decir o es verdad o está en camino de la verdad definitivamente revelada en Cristo. Lo que ya no vale es el modo antiguo de comprenderlas y expresarlas. La fe que a través de esa tradición y de esos relatos se nos transmite es la de siempre, pero la *teología* mediante la cual se vehicula esa fe ya no puede ser «la de siempre». Confundir lo uno con lo otro puede ser mortal para la fe, porque, al no poder aceptar esa teología «de siempre», en la cultura actual muchas personas se ven obligadas a rechazar la fe, lo cual equivale, en expresión popular, a «arrojar al niño con el agua de la bañera».

Esta transformación, en cuanto que afecta a la interpretación de los mismos *fundamentos*, exige una preparación seria. Y ello corresponde, no exclusivamente, pero sí directa y esencialmente a la vida religiosa, en cuanto llamada a visibilizar a Dios en el mundo de hoy. Ello no quiere decir que todo religioso/a tenga que ser especialista en teología, pero sí que hoy ningún religioso/a puede desentenderse de la teología. Ello sería tan absurdo como entrar en un convento y pretender prescindir de la formación espiritual. Por eso me resulta difícil de comprender -y suicida- que religiosos/as dediquen lo mejor de su trabajo intelectual a estudiar una carrera ajena a la teología. Si la

vivencia, comprensión y testimonio de la fe es el eje y dedicación fundamental de todo religioso/ a, sus estudios también deben girar en torno a ese eje y no a otro.

2. Orar

al Dios de Jesús

La formación teológica y la contribución a la transformación actualizadora de la teología, es una dimensión importante en la vida religiosa. Pero no lo es todo. Otra dimensión muy decisiva es la de la *oración*. También ésta pide hoy su reconfiguración.

Creo que no se puede negar que hoy resulta urgente revisar nuestro modo de orar, a fin de que la oración se acomode a la nueva imagen de Dios que está exigiendo la sensibilidad actual. Sigue siendo válido aquello de «dime cómo es tu oración y te

diré cómo es tu Dios; dime cómo es tu Dios y te diré cómo es tu oración».

No es que pretendamos «acomodarnos a la figura de este mundo», sino realizar una auténtica conversión aprovechando la llamada de los signos de los tiempos. Si esto se realiza de verdad, no resultará difícil descubrir que lo más nuevo nos devuelve en realidad a lo más original y genuino de la experiencia evangélica. Por el contrario, la resistencia al cambio por querer mantener la fidelidad a la letra, corre el riesgo de convertirse en una terrible siembra de ateísmo.

Tal vez unas sencillas indicaciones pueden ayudarnos a comprender la profunda verdad que se encierra en estas afirmaciones tan fuertes. Si «Dios es amor» (I Jn 4,8.16) resulta obvio que nos ha creado -y sigue creando- para nuestra realización y felicidad. Su alegría como Padre/Madre es nuestra felicidad, su gozo es nuestra realización. A lo largo de la historia de salvación, su acción va dirigida única y exclusivamente a ayudar y salvar. En Jesús hemos comprendido finalmente que ni siquiera espera nuestra iniciativa, sino que su amor nos precede sin condiciones (Jn 6,44): «sobre buenos y malos, justos y pecadores» (cfr Mt 5,45). De ahí la llamada de Jesús a la confianza total (Lc 12,7). A un Dios así *no necesitamos* pedirle nada porque ya nos lo está dando todo. Lo que necesitamos es dejarnos ayudar y salvar, confiar que está siempre con nosotros haciendo todo lo posible para nuestro bien. Si algo falla, no es jamás por su parte, porque lo que se opone a nuestro bien se opone idénticamente a su amor en favor nuestro. Fallará la realidad que, en cuanto finita, tiene fallos inevitables. Y fallaremos nosotros que no comprenderemos, nos resistiremos o nos negaremos. Cuando algo que parece tener solución, no la recibe, es porque o en realidad no la tiene o nosotros no colaboramos con Dios. Entonces es *Dios quien nos pide a nosotros* que nos dejemos salvar, que acojamos su llamada y su impulso en bien de los hermanos necesitados.

Examinemos a la luz de lo dicho *nuestras oraciones de petición* en lo que ellas dicen *en y por sí mismas*. Tomemos, a modo de ejemplo, una entre las muchas que se escuchan cualquier domingo en nuestras iglesias: «Para que los niños de África no mueran de hambre, roguemos al Señor». Objetivamente, una petición de este tipo implica lo siguiente: 1º) que nosotros advertimos la necesidad y tomamos la iniciativa: somos buenos y tratamos de convencer a Dios para que también lo sea; 2º) que Dios está pasivo hasta que nosotros lo convenzamos, si somos capaces; 3º) que si al próximo domingo los niños africanos siguen muriendo de hambre, la consecuencia lógica es que Dios no nos ha escuchado ni ha tenido piedad; y 4º) que Dios podría, si quisiera, solucionar el problema del hambre pero, por lo que sea, no quiere hacerlo.

Así, sin pretenderlo conscientemente, pero presente en la objetividad de lo que decimos, estamos proyectando una imagen monstruosa de Dios: no sólo herimos la ternura infinita de su amor siempre dispuesto a salvar, sino que además acabamos diciendo implícitamente algo que no nos atreveríamos a decir ni del más canalla de los humanos. Soy consciente de que nadie tiene la intención de decir tal monstruosidad, pero la objetividad de las palabras está ahí.

De suyo, una vez alertados, todo esto resulta suficientemente claro. Lo que sucede es que vivimos tan inmersos en la oración de petición, que ni siquiera lo advertimos, y cuando, por primera vez, se

escuchan afirmaciones como las que he expuesto se nos disparan resistencias espontáneas que, además, encuentran apoyo en las mismas Escrituras, donde abundan recomendaciones al estilo de «pedid y se os dará» (cfr Mt 7,7; Lc 11,9).

Con todo, est os datos de las Escrituras *piden interpretación*, porque si los tomamos al pie de la letra, ¿cuántas peticiones de éstas nos son realmente otorgadas? Además, otros textos muestran una cautela de Jesús acerca de la petición: «Al orar no seáis

charlatanes...vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo » (cfr Mt 6,7-8); «todo cuanto pidáis en la oración creed que ya lo habéis recibido» (cfr Mc 11,24); o también la parábola del amigo inoportuno, en la cual no se pone el acento en el «pedir mucho o con insistencia», sino en el «confiar mucho» en la bondad y el amor de Dios que supera todo lo imaginable (cfr Lc 11,5- 13; 7,7-11).

La aplicación es obvia: si algo intenta subrayar todo lo que hasta aquí estamos diciendo es justamente la necesidad de esta confianza sin límites, de suerte que la aparente infidelidad a la letra acaba mostrándose como la más profunda fidelidad al espíritu.

Nótese que no renunciamos a ningún modo ni dimensión de la oración: todo cuanto vivimos, necesitamos y deseamos, podemos expresarlo sin recurrir a la petición. Entonces lo exponremos con toda verdad, sin herir el infinito respeto que nos merece

Dios en su amor e iniciativa absolutos. Piénsese, para seguir con el ejemplo anterior, qué otra profunda verdad y qué distinto clima resultaría de esta otra formulación: «Señor, en nuestra preocupación por el hambre de los niños de Africa, reconocemos la petición de tu amor que, compadecido de su dolor, nos llama continuamente a que, superando nuestra pasividad y egoísmo, colaboremos contigo ayudándoles con generosidad».

3. Una hermosa tarea para la vida religiosa

No resulta fácil llevar a la práctica propuestas como la anterior, porque supone romper con hábitos muy arraigados. En los primeros intentos no es rara la sensación de quedarse a la intemperie, sin palabras. Es el precio de todo cambio, la exigencia de la conversión y de la disponibilidad radical de la vida cristiana que debe estar siempre dispuesta a nacer de nuevo. Y si esto vale para toda vida cristiana, entra de lleno en la misión de la vida religiosa, llamada a configurarse en torno al «Dios del mundo» para testimoniarlo en "el mundo de Dios", y, por tanto, llamada a cuidar su relación con Él respetándolo y acogéndolo en su verdad.

De hecho, la oración ha constituido siempre una preocupación nuclear y una parte muy decisiva de la misión de la vida religiosa en la Iglesia: «Cualquiera que sea el puesto que en la "vida religiosa" ocupa la acción apostólica o el compromiso activo en las tareas de la sociedad, la tradición ha reconocido siempre que este proyecto evangélico tenía entre sus notas distintivas una atención especial a la oración».

Dada la crisis radical que la percepción de lo Divino ha sufrido con la entrada de la modernidad, no parece exagerado afirmar que por aquí pasa hoy *una* de las contribuciones importantes que puede aportar la vida religiosa. Contribución que debe hacerse tratando de reorientar el talante fundamental y los hábitos profundos, y ofreciendo a la comunidad, espacios, modos y fórmulas nuevas. Esto es urgente debido al desamparo ocasionado por el abandono de las viejas fórmulas.

Sería, sin duda, un hermoso regalo de la vida religiosa a la Iglesia y al mundo en esta hora en que tan necesario se nos hace descubrir de nuevo el rostro auténtico de Dios tal como un día brilló en la palabra y en la vida de Jesús de Nazaret.

Lo que la vida religiosa necesita claramente en este momento de abatimiento no es resignación ante la muerte, sino vida y vitalidad. Necesita un nuevo objetivo. Necesita fe para emprender nuevos caminos con entusiasmo renovado y sin temor. A fin de cuentas, ¿qué se puede perder cuando ya se ha perdido todo? En el preciso momento en que el mundo espera, e incluso requiere, su declive, la vida religiosa debe negarse a ser algo distinto de ella misma. La vida religiosa, más que prudencia, conformidad o ese conservadurismo que pretende preservar las cosas del pasado en lugar de su sabiduría, requiere audacia, y necesita miembros mayores que se resistan al envejecimiento de la vida, y jóvenes que se resistan al envejecimiento del alma.

Pertenecer a una antigua institución no es excusa para no tener ideas jóvenes y no hacer cosas nuevas. Al contrario, es precisamente la edad de la institución la que lo exige. Que nosotros seamos viejos no es excusa para estar muertos ni para permanecer a salvo, tampoco es excusa para estar tan sedados que en realidad estemos comatosos ni para sentarnos y esperar a que nos salven de nosotros mismos. «¿Quién me libraré de este cuerpo que me lleva a la muerte?», pregunta la carta a los Romanos. Y la respuesta es el silencio ensordecedor de Dios. Sólo nosotros mismos, jóvenes o viejos, podemos salvarnos de la muerte que está en nuestro interior (...).

Es la virtud de vivir hasta la muerte la que se le exige a la vida religiosa actual si queremos que el fuego vuelva a arder. Es la virtud del riesgo la que necesita de nuevo la vida religiosa: riesgo en los más viejos que creyeron que los grandes riesgos de su vida ya habían pasado; y riesgo en los nuevos miembros, que fueron lo suficientemente ingenuos como para pensar que una vida reglada de oración y servicios es una vida sin ningún riesgo en absoluto.

JOAN CHITTISTER, *El fuego en esas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy*. Santander 1998, págs 87ss.

Comunicación

«Redes sociales:
portales de verdad y de fe;
nuevos espacios para la evangelización»
-Mensaje para la XLVII Jornada de las Comunicaciones Sociales-

Benedicto XVI

Queridos hermanos y hermanas:

Ante la proximidad de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales de 2013, deseo proponeros algunas reflexiones acerca de una realidad cada vez más importante, y que tiene que ver con el modo en el que las personas se comunican hoy entre sí. Quisiera detenerme a considerar el desarrollo de las redes sociales digitales, que están contribuyendo a que surja una nueva «ágora», una plaza pública y abierta en la que las personas comparten ideas, informaciones, opiniones, y donde, además, nacen nuevas relaciones y formas de comunidad.

Estos espacios, cuando se valorizan bien y de manera equilibrada, favorecen formas de diálogo y de debate que, llevadas a cabo con respeto, salvaguarda de la intimidad, responsabilidad e interés por la verdad, pueden reforzar los lazos de unidad entre las personas y promover eficazmente la armonía de la familia humana. El intercambio de información puede convertirse en verdadera comunicación, los contactos pueden transformarse en amistad, las conexiones pueden facilitar la comunión. Si las redes sociales están llamadas a actualizar esta gran potencialidad, las personas que participan en ellas deben esforzarse por ser auténticas, porque en estos espacios no se comparten tan solo ideas e informaciones, sino que, en última instancia, son ellas mismas el objeto de la comunicación.

El desarrollo de las redes sociales requiere un compromiso: las personas se sienten implicadas cuando han de construir relaciones y encontrar amistades, cuando buscan respuestas a sus preguntas, o se divierten, pero también cuando se sienten estimuladas intelectualmente y comparten competencias y conocimientos. Las redes se convierten así, cada vez más, en parte del tejido de la sociedad, en cuanto que unen a las personas en virtud de estas necesidades fundamentales. Las redes sociales se alimentan, por tanto, de aspiraciones radicadas en el corazón del hombre.

La cultura de las redes sociales y los cambios en las formas y los estilos de la comunicación suponen todo un desafío para quienes desean hablar de verdad y de valores. A menudo, como sucede también con otros medios de comunicación social, el significado y la eficacia de las diferentes formas de expresión parecen determinados más por su popularidad que por su importancia y validez intrínsecas. La popularidad, a su vez, depende a menudo más de la fama o de estrategias persuasivas que de la lógica de la argumentación. A veces, la voz discreta de la razón se ve sofocada por el ruido de tanta información y no consigue despertar la atención, que se reserva en cambio a quienes se expresan de manera más persuasiva. Los medios de comunicación social necesitan, por tanto, del compromiso de todos aquellos que son conscientes del valor del diálogo, del debate razonado, de la argumentación lógica; de personas que tratan de cultivar formas de discurso y de expresión que apelan a las más nobles aspiraciones de quien está implicado en el proceso comunicativo. El diálogo y el debate pueden florecer y crecer asimismo cuando se conversa y se toma en serio a quienes sostienen ideas distintas de las nuestras. «Teniendo en cuenta la diversidad cultural, es preciso lograr que las personas no sólo acepten la existencia de la cultura del otro, sino que aspiren también a enriquecerse con ella y a ofrecerle lo que se tiene de bueno, de verdadero y de bello» (Discurso para el *Encuentro con el mundo de la cultura*, Belém, Lisboa, 12 mayo 2010).

Las redes sociales deben afrontar el desafío de ser verdaderamente inclusivas: de este modo, se beneficiarán de la plena participación de los creyentes que desean compartir el Mensaje de Jesús y los valores de la dignidad humana que promueven sus enseñanzas. En efecto, los creyentes advierten de modo cada vez más claro que si la Buena Noticia no se da a conocer también en el ambiente digital podría quedar fuera del ámbito de la experiencia de muchas personas para las que este espacio



existencial es importante. El ambiente digital no es un mundo paralelo o puramente virtual, sino que forma parte de la realidad cotidiana de muchos, especialmente de los más jóvenes. Las redes sociales son el fruto de la interacción humana pero, a su vez, dan nueva forma a las dinámicas de la comunicación que crea relaciones; por tanto, una comprensión atenta de este ambiente es el prerrequisito para una presencia significativa dentro del mismo.

La capacidad de utilizar los nuevos lenguajes es necesaria no tanto para estar al paso con los tiempos, sino precisamente para permitir que la infinita riqueza del Evangelio encuentre formas de expresión que puedan alcanzar las mentes y los corazones de todos. En el ambiente digital, la palabra escrita se encuentra con frecuencia acompañada de imágenes y sonidos. Una comunicación eficaz, como las parábolas de Jesús, ha de estimular la imaginación y la sensibilidad afectiva de aquéllos a quienes queremos invitar a un encuentro con el misterio del amor de Dios. Por lo demás, sabemos que la tradición cristiana ha sido siempre rica en signos y símbolos: pienso, por ejemplo, en la cruz, los iconos, el belén, las imágenes de la Virgen María, los vitrales y las pinturas de las iglesias. Una parte sustancial del patrimonio artístico de la humanidad ha sido realizada por artistas y músicos que han intentado expresar las verdades de la fe.

En las redes sociales se pone de manifiesto la autenticidad de los creyentes cuando comparten la fuente profunda de su esperanza y de su alegría: la fe en el Dios rico de misericordia y de amor, revelado en Jesucristo. Este compartir consiste no solo en la expresión explícita de la fe, sino también en el testimonio, es decir, «en el modo de comunicar preferencias, opciones y juicios que sean profundamente concordantes con el Evangelio, incluso cuando no se hable explícitamente de él». (*Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales 2011*). Una forma especialmente significativa de dar testimonio es la voluntad de donarse a los demás mediante la disponibilidad para responder pacientemente y con respeto a sus preguntas y sus dudas en el camino de búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia humana. La presencia en las redes sociales del diálogo sobre la fe y el creer confirma la relevancia de la religión en el debate público y social.

Para quienes han acogido con corazón abierto el don de la fe, la respuesta radical a las preguntas del hombre sobre el amor, la verdad y el significado de la vida —que están presentes en las redes sociales— se encuentra en la persona de Jesucristo. Es natural que quien tiene fe desee compartirla, con respeto y sensibilidad, con las personas que encuentra en el ambiente digital. Pero en definitiva los buenos frutos que el compartir el Evangelio puede dar, se deben más a la capacidad de la Palabra de Dios de tocar los corazones, que a cualquier esfuerzo nuestro. La confianza en el poder de la acción de Dios debe ser superior a la seguridad que depositemos en el uso de los medios humanos. También en el ambiente digital, en el que con facilidad se alzan voces con tonos demasiado fuertes y conflictivos, y donde a veces se corre el riesgo de que prevalezca el sensacionalismo, estamos llamados a un atento discernimiento. Y recordemos, a este respecto, que Elías reconoció la voz de Dios no en el viento fuerte e impetuoso, ni en el terremoto o en el fuego, sino en el «susurro de una brisa suave» (*1R 19,11-12*). Confiemos en que los deseos fundamentales del hombre de amar y ser amado, de encontrar significado y verdad —que Dios mismo ha colocado en el corazón del ser humano— hagan que los hombres y mujeres de nuestro tiempo estén siempre abiertos a lo que el beato cardenal Newman llamaba la «luz amable» de la fe.

Las redes sociales, además de instrumento de evangelización, pueden ser un factor de desarrollo humano. Por ejemplo, en algunos contextos geográficos y culturales en los que los cristianos se sienten aislados, las redes sociales permiten fortalecer el sentido de su efectiva unidad con la comunidad universal de los creyentes. Las redes ofrecen la posibilidad de compartir fácilmente los recursos espirituales y litúrgicos, y hacen que las personas puedan rezar con un renovado sentido de cercanía con quienes profesan su misma fe. La implicación auténtica e interactiva con las cuestiones y las dudas de quienes están lejos de la fe nos debe hacer sentir la necesidad de alimentar con la oración y la reflexión nuestra fe en la presencia de Dios, y también nuestra caridad activa: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe» (*1 Co 13,1*).

Existen redes sociales que, en el ambiente digital, ofrecen al hombre de hoy ocasiones para orar, meditar y compartir la Palabra de Dios. Pero estas redes pueden asimismo abrir las puertas a otras dimensiones de la fe. De hecho, muchas personas están descubriendo, precisamente gracias a un contacto que comenzó en la red, la importancia del encuentro directo, de la experiencia de comunidad o también de peregrinación, elementos que son importantes en el camino de fe. Tratando de hacer presente el Evangelio en el ambiente digital, podemos invitar a las personas a vivir encuentros de oración o celebraciones litúrgicas en lugares concretos como iglesias o capillas. Debe de haber coherencia y unidad en la expresión de nuestra fe y en nuestro testimonio del Evangelio dentro de la realidad en la que estamos llamados a vivir, tanto si se trata de la realidad física como de la digital. Ante los demás, estamos llamados a dar a conocer el amor de Dios, hasta los más remotos confines de la tierra.

Rezo para que el Espíritu de Dios os acompañe y os ilumine siempre, y al mismo tiempo os bendigo de corazón para que podáis ser verdaderamente mensajeros y testigos del Evangelio. «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15).

Vaticano, 24 de enero de 2013, fiesta de san Francisco de Sales.

Vocaciones

Hacia una renovada pastoral de las vocaciones al sacerdocio ministerial -Documento de la Conferencia Episcopal Española-

Introducción

La Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Madrid del 16 al 21 de agosto de 2011 fue un momento especial de gracia y amor de Dios para nuestras diócesis. El Santo Padre Benedicto XVI nos ofreció un conjunto de enseñanzas en relación a la pastoral con los jóvenes. También nos dejó orientaciones para la formación de los futuros sacerdotes, especialmente en la homilía de la santa Misa con los seminaristas celebrada en la catedral de Santa María la Real de la Almudena. Asimismo, en diferentes momentos se ha referido al tema de la vocación.

El domingo 21 de agosto mantuvo un encuentro con los voluntarios de la JMJ en el que les planteó con toda claridad la cuestión de la vocación: «Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en la misión de anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esa inquietud, dejaos llevar por el Señor y ofreceos como voluntarios al servicio de Aquel que “no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por la multitud” (Mc 10, 45)».

La noche anterior, en la vigilia de oración con los jóvenes, en el aeródromo de Cuatro Vientos, les había dicho: «En esta vigilia de oración, os invito a pedir a Dios que os ayude a descubrir vuestra vocación en la sociedad y en la Iglesia y a perseverar en ella con alegría y fidelidad. Vale la pena acoger en nuestro interior la llamada de Cristo y seguir con valentía y generosidad el camino que él nos proponga. A muchos, el Señor los llama al matrimonio (...). A otros, en cambio, Cristo los llama a seguirlo más de cerca en el sacerdocio o en la vida consagrada. Qué hermoso es saber que Jesús te busca, se fija en ti y con su voz inconfundible te dice también a ti: “¡Sígueme!” (cf. Mc 2, 14)».

Tenemos presente también que el día 4 de noviembre de 2011 se cumplieron los setenta años del motu proprio *Cum nobis*, con el que el venerable papa Pío XII instituyó la Pontificia Obra para las Vocaciones Sacerdotales. Con ocasión de este aniversario, tuvo lugar en Roma un Congreso internacional en el que se compartieron las iniciativas vocacionales más significativas y se subrayó la conveniencia de presentar con mayor claridad la figura del sacerdocio ministerial. Asimismo, la Congregación para la Educación Católica ha publicado el 25 de marzo del 2012 un documento titulado *Orientaciones pastorales para la promoción de las vocaciones al ministerio sacerdotal*.

Así pues, en continuidad con el impulso renovador que supuso el Año Sacerdotal en nuestros presbiterios, teniendo en cuenta las aportaciones de los recientes documentos y congresos sobre pastoral vocacional, a partir de la dinamización que la JMJ ha producido en la pastoral juvenil de nuestras diócesis, y con ocasión del doctorado de san Juan de Ávila, los obispos de las Iglesias que peregrinan en España ofrecen al pueblo cristiano este documento con la finalidad de propiciar la oración por las vocaciones, reflexionar sobre el trabajo de promoción vocacional, compartir tanto las dificultades como las esperanzas de quienes trabajan en el ámbito de la pastoral vocacional, y, finalmente, ofrecer algunas propuestas pastorales.

Nos mueve a ello la preocupación que causa tanto a los pastores como a las comunidades eclesiales el descenso progresivo de las vocaciones sacerdotales que tiene lugar en Occidente en las últimas décadas. Por ello, no podemos eludir algunas preguntas que están presentes en el ambiente: ¿nos hallamos en un «invierno vocacional» del todo irrecuperable en Occidente? ¿El descenso vocacional es un «signo de los tiempos»? ¿Falta coordinación con la pastoral familiar y la pastoral juvenil? ¿Nos falta pericia en la pastoral vocacional? ¿Nos falta oración y confianza en Dios?

A este respecto, evocando la parábola del sembrador, el papa Benedicto XVI afirmaba que la tierra donde se debe sembrar la semilla de la vocación es principalmente el corazón de todo hombre, pero en modo particular de los jóvenes, a los que se presta servicio de escucha y acompañamiento. El corazón de estos jóvenes, añadía el Santo Padre, es «un corazón a menudo confuso y desorientado y, sin embargo, capaz de contener en sí mismo impensables energías de donación; dispuesto a abrirse en las yemas de una vida gastada por amor a Jesús, capaz de seguirlo con la totalidad y la certeza que viene del haber encontrado el mayor tesoro de la existencia».

¿Cuáles son las causas de esta confusión o desorientación que pueden afectar a un joven de hoy? Y, al mismo tiempo, ¿cómo podemos despertar en él esas energías de donación que posee en sí mismo y la capacidad de seguir con totalidad y certeza a Jesús? Sin duda, aquí reside el núcleo de la cuestión que nos ocupa. Nuestra reflexión constará de tres partes: en primer lugar analizaremos algunos rasgos característicos del contexto socio-cultural y también consideraremos cómo se debe preparar la tierra para que pueda dar fruto; en segundo lugar, trataremos de la llamada al sacerdocio; por último, reflexionaremos sobre los lugares y ámbitos de llamada y algunas propuestas de pastoral vocacional.

I. El encuentro con Cristo

En este primer capítulo analizaremos algunas características del contexto socio-cultural; después presentaremos el objetivo fundamental de la pastoral juvenil, que no es otro que propiciar el encuentro con Cristo; seguidamente, nos centraremos en los dos grandes criterios de acción

propuestos especialmente por el Santo Padre Benedicto XVI para acercar a los jóvenes a Dios y para enseñarles la amistad con Jesucristo.

I.1. Contexto sociocultural actual

En líneas generales podemos afirmar que nos encontramos inmersos en un proceso de secularización aparentemente imparable y en un contexto cultural y social condicionado por fuertes corrientes de pensamiento laicista que pretenden excluir a Dios de la vida de las personas y de los pueblos, e intentan que la fe y la práctica de la religión se consideren como un hecho meramente privado, sin relevancia alguna en la vida social. Por otra parte, en nuestra sociedad no pocas personas tienen una idea de Dios equivocada y confusa, y una concepción incompleta sobre el ser humano y su relación con Dios. La consecuencia es que se pueden acabar imponiendo planteamientos desviados y falsos sobre la verdadera naturaleza de la vocación, que dificultan enormemente su acogida y su comprensión.

Dicho proceso de secularización, unido al fenómeno de la globalización, ha producido una serie de cambios profundos en los diversos campos de nuestra sociedad. Actualmente constatamos una crisis en la transmisión de cultura, tradiciones, valores, etc., y también en la transmisión de la fe. Esta crisis va asociada a los cambios que se han producido en la institución familiar. La aparición de una cultura consumista, secularizada y materialista, que erosiona los cimientos tradicionales de la familia y desprecia muchos de los valores que hasta ahora habían sostenido las relaciones entre los pueblos y las sociedades. La familia, institución que ayuda al sujeto en su correcto proceso de inserción en la sociedad, se encuentra hoy con serias dificultades para mantener vivo uno de sus roles principales: la transmisión de valores y tradiciones.

El presente cambio cultural va logrando que se desvanezca la concepción integral del ser humano, es decir, su relación con el mundo, con los demás seres humanos y con Dios. El resultado es «un hombre débil, sin fuerza de voluntad para comprometerse, celoso de su independencia, pero que considera difíciles las relaciones humanas básicas como la amistad, la confianza, la fidelidad a los vínculos personales». Un hombre falto de consistencia, fragmentado y «líquido». En este sentido, somos testigos de la primacía de la subjetividad y del individualismo, que desembocan frecuentemente en la despreocupación por el bien común para dar paso a la realización inmediata de los deseos de los individuos, a la creación de nuevos y, muchas veces, arbitrarios derechos individuales.

En consecuencia, podemos decir que la capacidad de corresponder a la llamada de Dios queda en cierta medida debilitada por ciertas corrientes de la cultura actual que propugnan la libertad sin compromiso, el afecto sin amor y la autonomía sin responsabilidad. De esta forma, los jóvenes pueden vivir eternamente indecisos ante la disparidad de ofertas y quedar sumidos en la indiferencia ante la cantidad de informaciones que les llegan, sin una formación adecuada para que puedan ser procesadas. Son los verdaderos espejismos de nuestra sociedad que reducen la felicidad al instinto, las virtudes a habilidades, los valores a estrategias, y que dificultan enormemente escuchar la voz de Dios.

Nuevas oportunidades

Pero no todo es negativo. También podemos reseñar aspectos positivos de la sociedad en general y del mundo juvenil en particular. Por encima de todo, es preciso que sepamos descubrir los puntos de encuentro con los jóvenes actuales, detectar sus aspiraciones más profundas para poder aprovechar todas las oportunidades, todas las posibilidades de activar la generosidad de sus corazones. Se pueden enumerar algunos elementos que servirán de ayuda para revitalizar nuestra pastoral juvenil y vocacional.

Como punto de partida, se debe tener muy presente que la juventud «es la edad en la que la vida se desvela a la persona con toda la riqueza y plenitud de sus potencialidades, impulsando la búsqueda de metas más altas que den sentido a la misma». Es la riqueza de contener el proyecto completo de la

vida futura, de descubrir, de programar, de elegir, de prever y de tomar las primeras decisiones, que tendrán importancia para el futuro tanto en lo personal como en la dimensión social. Esa riqueza inherente a la juventud no tiene por qué alejar al hombre de Cristo. Al contrario, debe conducir al joven hasta Jesús para formularle las preguntas fundamentales sobre la vida y su sentido, sobre el proyecto de vida y la vida eterna, como hace el joven rico del Evangelio (cf. Lc 18, 18-23). La juventud es una riqueza que se manifiesta en estas preguntas que se hace todo ser humano, sobre todo en su etapa de juventud.

En segundo lugar, podemos afirmar que en la actualidad se da un mayor respeto a la persona humana y a su dignidad, y en líneas generales tiene lugar una mayor sensibilidad por la promoción de los derechos humanos, aunque se den dolorosas excepciones en temas fundamentales que afectan a la vida y a la familia. Este hecho permite nuevas posibilidades de evangelización porque facilita una propuesta antropológica, teológica y espiritual que la Iglesia está llamada a poner al servicio de nuestra sociedad y de la cultura, y, más en concreto, al servicio de nuestra pastoral con los jóvenes. La Iglesia propone unos principios que se fundamentan en el amor a Dios y el respeto absoluto a la persona y a la vida humana. Este respeto incondicional a la persona se convierte en un testimonio nuevo y eficaz, que es capaz de crear una cultura de la vida. Este camino, a su vez, nos permite entrar en el diálogo sobre la cuestión de la conciencia y de la experiencia del ser humano, de su búsqueda del sentido de la vida y de su capacidad de abrirse a la trascendencia.

Otra oportunidad que podemos señalar es el deseo de libertad personal propio de la condición juvenil. Los jóvenes tienen como un sentido innato de la verdad, y la verdad debe servir para la libertad. A la vez, los jóvenes tienen también un espontáneo anhelo de libertad. Pero es preciso recordarles que ser verdaderamente libres es saber usar la propia libertad en la verdad. Ser verdaderamente libres no significa hacer todo aquello que me gusta o tengo ganas de hacer, porque la libertad contiene en sí el criterio de la verdad, más aún, la disciplina de la verdad. Ser verdaderamente libres, en definitiva, significa usar la propia libertad para lo que es un bien verdadero. El mensaje del Evangelio, la Palabra de Dios, posee una fuerza infinita de liberación porque es portador de la verdad.

En cuarto lugar, reparemos en el valor que los jóvenes dan a la coherencia de vida, al testimonio, componente esencial en la auténtica vivencia de la fe. Aquí encontramos posibilidades de incidir en una sociedad que está saturada de mensajes, pero a la vez está ávida de testimonios creíbles. Las doctrinas se transmiten a través de mensajes que expresan verdades, pero el testimonio de vida es el mejor medio para transmitir formas de conducta, valores y actitudes. Un testimonio de vida personal y también comunitario auténticamente cristiano será el camino mejor para tender puentes con los jóvenes de hoy, que valoran especialmente la autenticidad y la sinceridad.

Por último, vale la pena tener en cuenta también la experiencia del voluntariado, tan extendida hoy entre el mundo juvenil, que se manifiesta en múltiples campañas de ayuda al Tercer y Cuarto Mundo. También se va generalizando en los jóvenes la participación en iniciativas de defensa de la naturaleza y el medio ambiente. Crece entre ellos la conciencia de que la sostenibilidad es responsabilidad de todos y que la conservación del planeta se convierte en una cuestión cada vez más urgente. El mismo papa Benedicto XVI ha valorado de forma muy positiva el fenómeno del voluntariado como camino de un compromiso asumido según los criterios de una ética cristiana. Según él, es «una escuela de vida para los jóvenes, que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no solo algo, sino a sí mismos. De este modo, frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que (...) se manifiesta como cultura de la vida».

I.2. Llamados al encuentro con Cristo

Según el relato del Génesis, «al principio creó Dios el cielo y la tierra» (Gén 1, 1), llamando a las criaturas para que del no-ser, vinieran a la existencia. También el hombre fue creado de esta manera: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gén 1, 26). Por tanto, podemos afirmar que la primera vocación es la llamada a la existencia, a la vida. Ahora bien, el ser humano será objeto de una

vocación especial: dialogar con el Creador, colaborar con él, poner nombre a las cosas creadas, vivir en una profunda y amistosa relación con Dios. En definitiva, es llamado a vivir en comunión con Dios.

El deseo natural de Dios está inscrito en el corazón del hombre por la sencilla razón de que este ha sido creado por Dios y para Dios. Por eso, solo en Dios puede apagar su sed de trascendencia, solo en Dios puede encontrar la verdad, el bien, la felicidad y el sosiego que anhela su corazón. La constitución pastoral *Gaudium et spes* del concilio Vaticano II lo expresa bellamente: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y solo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador».

Esta referencia, este deseo, se halla en lo profundo del corazón humano. Dios crea por amor y el sentido de la vida del ser humano consiste en ser amado por Dios y por los demás, y en corresponder a ese amor amando a Dios y a los demás. Esta es la gran verdad de la vida, la que llena de sentido, de felicidad y plenitud toda existencia. De ahí la inquietud de buscar a Dios, el anhelo interior que conduce hasta el encuentro del Señor. De ahí que solo en el Señor se pueda hallar el descanso y la paz. San Agustín resumirá magistralmente ese camino de búsqueda y encuentro, de inquietud y de hallazgo: «Nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en ti».

El amor de Dios ha sido manifestado a lo largo de la Historia de la Salvación, y al llegar la plenitud de los tiempos, Dios envía a su Hijo porque quiere salvar a todos los hombres y hacerlos hijos suyos por adopción (cf. Gál 4, 4-5). El Hijo eterno del Padre se ha encarnado, ha asumido la naturaleza humana haciéndose en todo igual a nosotros, excepto en el pecado. El ser humano es elevado a la dignidad de hijo de Dios por Cristo y en Cristo. Él es el centro del cosmos y de la historia, el Redentor del hombre y del mundo, de todo el género humano y de cada persona. Cada persona es objeto de la entrega y del amor de Cristo, a todos los ha reconciliado con el Padre.

El comienzo de la vida cristiana

La persona de Jesucristo es el centro de la vida y de la misión de la Iglesia, es la esencia del cristianismo. La vida cristiana comienza después de un encuentro personal con Él. El papa Benedicto XVI, en la introducción de su encíclica *Dios es amor*, lo resume magistralmente: «No se empieza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». Cristo sale al encuentro de todo ser humano para presentarse como Camino, Verdad y Vida, para saciar su sed de felicidad, para llenar de sentido su existencia.

Los destinatarios de la pastoral juvenil son los jóvenes concretos en su situación concreta, y la finalidad de dicha pastoral es que lleguen a vivir la vida nueva en Cristo. Por eso hemos de propiciar el encuentro con Cristo que les cambie el corazón, la experiencia profunda de fe que renueve radicalmente sus vidas y les lleve a un compromiso de totalidad. Este, en definitiva, es el plan de Dios para todos sus hijos, aunque aquí nos referimos más concretamente al ámbito de los jóvenes.

Para poder evangelizar al joven de hoy es preciso conocer su realidad personal y la situación en que se encuentra en relación a la fe y la religión. Actualmente nos encontramos con una gran diversidad de personas y de situaciones que exige a su vez una gran variedad de itinerarios y de pedagogía. Solo así podremos ofrecer una propuesta personalizada y con sentido. Entre el punto de partida y el de llegada está el acompañamiento personal para discernir en cada momento según los ritmos de maduración y los procesos concretos, conscientes de que todos son llamados a vivir la madurez de la fe y a la participación en la comunidad cristiana. También es necesario conocer la realidad de la sociedad en que vive el joven y cómo condiciona su vida. Es lo que hemos intentado hacer en el apartado precedente.

I.3. Alentar la esperanza en los jóvenes

La cuestión de la esperanza es un elemento antropológico fundamental de la pastoral juvenil y vocacional porque está en el centro de la vida humana y porque en la actualidad ha adquirido una particular relevancia. Sin duda constituye uno de los ejes doctrinales y pastorales del pontificado de Benedicto XVI. Su segunda encíclica, *Spe salvi*, está dedicada al tema de la esperanza, apuntando a lo esencial del corazón humano, en una época marcada entre otras cosas por una manifiesta crisis de esperanza debido a las dificultades acuciantes del momento presente, y después de constatar que no se han cumplido las expectativas forjadas a partir de los avances de la ciencia y de la técnica o de las grandes revoluciones de la historia reciente.

Estos tiempos de desesperanza afectan particularmente a la edad juvenil. Un importante número de jóvenes vive en la sospecha y desconfianza ante los que rigen la sociedad y sus instituciones y a la vez en la desesperanza respecto a los cambios que necesita la sociedad, sumergida en crisis políticas, económicas, financieras, y también de valores. En algunos casos el descontento se canaliza a través de protestas no exentas de violencia. En otros casos cabe el peligro de desembocar en una especie de letargo colectivo, de que se instalen en la evasión consumista al comprobar que las expectativas de futuro se desvanecen por la imposibilidad de encontrar un empleo estable, de formar una familia, de llevar a término proyectos personales, etc. En ambos casos se renunciaría a la insatisfacción e inconformismo creativos tan propios de la condición juvenil y que mantienen la tensión de los más altos ideales.

En esta tesitura, el Mensaje que el Santo Padre ofreció a los jóvenes del mundo con ocasión de la XXIV Jornada Mundial de la Juventud, el año 2009, recordando el encuentro de Sydney y en camino hacia el de Madrid, está centrado en el tema de la esperanza y contiene unas pistas muy iluminadoras a partir de una cita de la primera carta de san Pablo a Timoteo: «Hemos puesto la esperanza en el Dios vivo» (I Tim 4, 10). Podemos señalar cuatro jalones de un itinerario para reavivar la esperanza en los jóvenes. Como punto de partida, la consideración de que la juventud es tiempo de esperanza; seguidamente, la búsqueda y encuentro de una gran esperanza que llene la vida: Cristo; en tercer lugar, el aprendizaje, el ejercicio y el crecimiento de la esperanza; por último, la llamada a ser testigos de esperanza en el mundo.

En primer lugar, por tanto, la cuestión de la esperanza está en el centro de la vida humana. El ser humano tiene necesidad de esperanza, pero no de cualquier esperanza pasajera, sino de una esperanza creíble y duradera, que resista el embate de las dificultades. La juventud es tiempo de esperanzas, porque mira hacia el futuro con expectativas y porque tiene toda una vida por delante. La juventud es el tiempo en que se formulan las grandes preguntas sobre el sentido de la vida; es el tiempo en el que se van fraguando y se toman las decisiones que serán determinantes para el resto de la vida. Ahora bien, ¿dónde encontrar la llama de la esperanza y cómo mantenerla viva en el corazón?

El ser humano, en busca de esperanza

El ser humano busca constantemente la esperanza y se pregunta dónde la podrá hallar, quién se la puede ofrecer. Según el Santo Padre, la ciencia, la técnica, la política, la economía o cualquier otro recurso material por sí solos no son capaces de ofrecer la gran esperanza a la que todo ser humano aspira. Por otra parte, la experiencia humana en general nos enseña que muchas esperanzas que se conciben a lo largo de la vida, cuando llega el momento de verse cumplidas, no acaban de saciar la sed de sentido y de felicidad del corazón. Eso sucede porque la gran esperanza solo puede estar en Dios. La gran esperanza no es una idea, o un sentimiento o un valor, es una persona viva: Jesucristo.

La vida cristiana es un camino, una peregrinación y también una escuela de aprendizaje y de ejercitación de la esperanza. La oración, el encuentro con Dios, el diálogo con Él, la conciencia de que Él siempre escucha, siempre comprende, siempre ayuda, es la primera fuente de esperanza. También la esperanza se nutre de la Palabra de Dios y de la participación frecuente en los sacramentos. El actuar y el sufrir son asimismo lugares de aprendizaje. Porque la esperanza cristiana es activa,

transformadora del mundo, bajo la mirada amorosa de Dios. Y lo mismo el sufrir, el aceptar la realidad de la vida en lo que tiene de doloroso. La esperanza se nutre del saber sufrir y del sufrir por los demás.

La consecuencia lógica de la vida en Cristo que va aprendiendo, ejercitando y creciendo en la esperanza, es que el joven se convierte en un testigo de esperanza en medio del mundo. Si el Señor Jesús se ha convertido en el fundamento de su existencia, si ha colmado sus expectativas vitales, no es extraño que proponga «con coraje y humildad el valor universal de Cristo, como salvador de todos los hombres y fuente de esperanza para nuestra vida», tal como el Papa señalaba a los jóvenes en la memorable vigilia de oración en el aeródromo de Cuatro Vientos.

Por tanto, para reavivar la esperanza de los jóvenes, es preciso que la pastoral juvenil y vocacional se dirija a todos ellos, a los más próximos y a los que están alejados, y se oriente a devolverles el entusiasmo por encontrar el verdadero sentido de su vida, por desarrollar todas sus potencialidades, por mirar hacia el futuro y trabajar con un proyecto de vida centrado en Cristo. De esta forma podrán llegar a fructificar las inmensas energías de donación que sin duda están presentes en lo profundo de sus corazones.

Reanimar la esperanza en los jóvenes significa también abrirles a un futuro lleno de promesas y posibilidades y especialmente ayudarles a superar el miedo a las decisiones definitivas. El futuro se comienza a construir mediante las elecciones que se hacen en el presente. Es preciso que elijan aquellas promesas y opciones que abren realmente al futuro, incluso cuando estas acarreen renunciaciones. Si el camino que lleva hacia el futuro se hace sin Dios, lleva a la oscuridad, al gran vacío existencial. Por eso, la opción fundamental del joven debe construirse sobre el fundamento firme que es nuestro Señor Jesucristo.

La fuerza del Espíritu que Dios ha puesto en cada persona, en cada joven, proyecta hacia el futuro y ayuda a vencer el miedo a tomar grandes decisiones. El Dios que nos ha amado y nos sigue amando es la gran esperanza, la gran fuerza del hombre, que resiste a pesar de todas las desilusiones. Es muy importante que se sepa presentar a las nuevas generaciones la certeza de esta promesa como algo por lo que vale la pena gastar la propia vida. Nuestro acompañamiento y nuestro testimonio vivo de esperanza serán los instrumentos que les ayuden a ver que la Iglesia no les deja solos ante los desafíos de la vida, ni ante sus decisiones absolutas.

1.4. Educar a los jóvenes en la fe

La segunda propuesta de acción del papa Benedicto XVI para la pastoral juvenil se relaciona con la educación en la fe. Es una cuestión que le preocupa vivamente, hasta el punto de hablar de «emergencia educativa» o de calificar dicha educación como una tarea cada vez más difícil. Ahora bien, se trata de una prioridad pastoral de la Iglesia y además es un elemento imprescindible para conocer a Dios, conocerse a sí mismo, conocer el ambiente que rodea al joven, profundizar en la fe para poder dar razón de la propia fe y de la esperanza. Esta formación ha de estar en conexión con el joven y con su compromiso apostólico y en ella han de estar presentes los elementos más genuinos de la fe y de la tradición cristiana.

Es una tarea particularmente difícil en la actualidad por diferentes razones, todas ellas consecuencia de las corrientes de pensamiento laicista que transcurren en nuestra cultura secularizada. Desde el agnosticismo, que se propone apagar el sentido religioso inscrito en lo profundo del ser humano, hasta el relativismo, que erosiona las certezas más hondas. Las dificultades son un desafío y un estímulo para los jóvenes, que han de aplicarse en una formación amplia y profunda que les sirva para respuesta a las interpelaciones que reciban. Por otra parte, la educación en la fe tiene una finalidad en sí misma: crecer en conocimiento y amor de Cristo. No se puede amar, no se puede entrar en amistad con alguien a quien no se conoce.

El joven está llamado a construir la propia vida sobre Cristo, como recordaba el lema de la JMJ de Madrid, a edificar la vida sobre el cimiento firme que es Cristo. Él es el Redentor de todo el género humano y de cada persona concreta de la historia. En Él y por Él Dios se ha revelado plenamente a la humanidad; por Él y en Él hemos sido elevados a la dignidad de hijos de Dios. Él ha abierto para nosotros el camino hacia Dios, para que podamos alcanzar la vida plena. Cristo es la roca firme sobre la que edificar la vida. Al edificar la vida sobre Cristo, se proyecta su luz sobre la humanidad, porque la vida se fundamenta en la verdad.

La cuestión de la verdad ha de ocupar un lugar central en la tarea de educación de la fe de los jóvenes. Como señalaba el beato Juan Pablo II, «la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo». Actualmente, no pocos jóvenes encuentran dificultades para discernir la verdad. Hoy día se repite con frecuencia la pregunta del escéptico Pilato: «¿Qué es la verdad?» (Jn 18, 38). Pues bien, en definitiva, la verdad no es un misterio inescrutable, la verdad es una persona: Jesucristo.

Cristo es el Señor de la creación y de la historia, todo fue creado por Él y para Él y todo se mantiene en Él (cf. Col 1, 16-17). Por eso, si el diálogo entre la fe y la razón se realiza con rigor y honestidad, brinda la posibilidad de percibir el carácter razonable de la fe en Dios y de descubrir que la realización de las aspiraciones humanas se encuentra en Cristo. En consecuencia, en la tarea de educación en la fe no se debe tener miedo de confrontar la fe con los avances del conocimiento humano, al contrario, es preciso promover una «pastoral de la inteligencia», de la cultura, de la persona, que responda a todos los interrogantes. Los jóvenes, por su parte, han de avanzar con decisión y confianza en su camino de búsqueda de la verdad.

Fundamentos de la educación en la fe

La formación de los jóvenes requiere una sólida base doctrinal y espiritual para crecer auténticamente en el conocimiento de la Verdad-Cristo y en la coherencia de la fe. Se fundamenta en el contacto vivo con la Palabra de Dios y en las indicaciones de la Iglesia, que orienta en el discernimiento de la verdad de Cristo, por medio de la Tradición viva y el Magisterio. La importancia de esta educación en la fe se hace cada vez más urgente en una época marcada por un horizonte relativista, caracterizado por la orfandad de referencias, en el que se hace cada vez más difícil hablar de convicciones y certezas. En esta situación, hay que mantener como objetivos generales en la educación: la búsqueda de la verdad y el bien, del sentido de las cosas y de la vida, así como la aspiración a la excelencia.

La educación en la fe no consiste en un simple adoctrinamiento intelectual. En este sentido, no puede prescindir ni de la vida espiritual, ni tampoco sería completa sin la acción apostólica. La vida espiritual busca la unión con Cristo a través de la oración, como encuentro y diálogo personal en la fe con Dios; a la luz de la meditación de la Palabra de Dios, que ilumina, interpela y transforma. La Iglesia vive y celebra el encuentro entre Cristo resucitado y los hombres a través de los sacramentos, que son acontecimientos en los que la gracia llega al corazón de la persona y a la historia por medio de palabras y gestos realizados según dispuso el Señor. Los siete sacramentos acompañan la vida humana desde el inicio hasta el tránsito a la vida eterna. En este camino, la Eucaristía es fuente y culminación de toda la vida cristiana y de toda la vida de la Iglesia.

La educación en la fe comporta también la acción apostólica, que es consecuencia del Bautismo y la Confirmación, consecuencia del envío misionero de Jesús. Una acción que ha de estar orientada a colaborar en la construcción del Reino de Dios y a ser fermento evangélico en los diferentes ambientes reconociendo y sirviendo al Señor en los pobres y enfermos, en toda persona necesitada. Una acción que se lleva a cabo a través del testimonio de una palabra convencida y convincente y de una vida coherente que convierte al joven en un testigo fiel, en un mensajero de la Buena Nueva que manifiesta, en toda su existencia, una vivencia gozosa y esperanzada.

El Santo Padre Benedicto XVI en la carta apostólica *Porta fidei* invita a los creyentes de todas las edades a reflexionar sobre la fe, a redescubrir sus contenidos, a vivirla como experiencia de un amor que se recibe y se comunica, a transmitirla mediante un testimonio coherente. Es un proceso de vida cristiana en el que el joven va madurando en la formación, la vivencia de la fe y el testimonio de vida. A la vez, en ese proceso de crecimiento de la vida de fe, ha de ir descubriendo y viviendo la propia vocación y misión. Uno de los objetivos de la formación de los jóvenes es ayudarles a descubrir la propia vocación desde una actitud de disponibilidad y también ayudarles a realizar la misión encomendada.

2. La llamada al sacerdocio

Como decíamos en el capítulo anterior, el objetivo fundamental de la pastoral de juventud consiste en propiciar en el joven un encuentro con Cristo que transforme su vida, que le haga descubrir en Cristo la plenitud de sentido de su existencia. Por otra parte, la pastoral de juventud tiene que ayudar a cada joven a plantear la vida como vocación, a descubrir su vocación concreta y a responder a la llamada de Dios con generosidad. En este capítulo trataremos de la universal y común vocación a la santidad y al apostolado que brotan del Bautismo y de la Confirmación. Después, sin olvidar que dicha vocación se especifica en diversas vocaciones laicales y de especial consagración, nos centraremos en la llamada al ministerio sacerdotal.

2.1. La llamada a la vida en Cristo

La llamada a la vida en Cristo es personal y está inscrita en un proyecto que Dios tiene para cada ser humano. Todo comienza con una iniciativa y una llamada de Cristo a la puerta del corazón del hombre: «Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Ap 3, 20). Es la manifestación en el tiempo de un designio eterno. Es una llamada a realizar la propia vida en comunión con el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo, y, en consecuencia, la suprema realización personal y comunitaria del ser humano. La mediación ordinaria de esta llamada es el Bautismo.

La vida cristiana comienza en el sacramento del Bautismo. Por el Bautismo somos incorporados al Pueblo de Dios, somos constituidos hijos del Padre, miembros del Cuerpo de Cristo, templos del Espíritu Santo: miembros de la Iglesia «congregada en virtud de la unidad del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo». El Bautismo produce en nosotros una nueva vida y nos hace partícipes de la misión del Señor. La vocación que el cristiano recibe en el Bautismo consiste en vivir plenamente su condición de hijo de Dios y en ser testigo de Jesucristo. Todas las vocaciones específicas a las que el Señor llama tienen su origen en esta vocación bautismal.

El concilio Vaticano II, al recordar al Pueblo de Dios la universal vocación a la santidad, la fundamenta en la consagración bautismal: «Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el Bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron».

El beato Juan Pablo II afirma en la exhortación postsinodal *Christifideles laici* que «la vocación a la santidad hunde sus raíces en el Bautismo y se pone de nuevo ante nuestros ojos en los demás sacramentos, principalmente en la Eucaristía», y destaca, además, que la vocación a la santidad «constituye un componente esencial e inseparable de la nueva vida bautismal».

Mediante los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, el fiel es ungido, consagrado, constituido en templo espiritual y puede repetir de alguna manera las palabras de Jesús: «El Espíritu del Señor está

sobre mí; por lo cual me ha unguido para evangelizar a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos, y a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2). Desde el momento del Bautismo se empieza a participar de la misión del Pueblo de Dios. Esta dimensión apostólica del Bautismo se manifiesta de manera más plena en la Confirmación, por la cual los cristianos «se comprometen mucho más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras».

Todos los miembros del Pueblo de Dios están llamados a la santidad y al apostolado: los sacerdotes, los diáconos, los miembros de la vida consagrada y los fieles laicos; a su vez, todos participan en la misión de la Iglesia con carismas y ministerios diversos y complementarios. Los diferentes estados de vida están relacionados entre sí y ordenados mutuamente. El sacerdocio ministerial representa la garantía de la presencia sacramental de Cristo Redentor a lo largo de la historia. El diaconado hace presente a Cristo como el servidor de la comunidad de los creyentes. Los miembros de la vida consagrada testifican en el mundo la índole escatológica de la Iglesia y ponen de manifiesto la primacía de Dios y de los valores evangélicos. Los laicos contribuyen a la transformación del mundo desde dentro, como el fermento, mediante el ejercicio de sus propias tareas, manifestando a Cristo con su palabra y testimonio. El matrimonio es la vocación del mayor número de fieles laicos, que están llamados a ser testigos del amor de Cristo en el mundo.

De esta forma, el cristianismo aparece como la comunicación del amor que viene de Dios a los hombres y mujeres de este mundo. No en vano Jesús, después del discurso de despedida a los Apóstoles, concluyó así su oración por los suyos: «Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté en ellos, y yo en ellos» (Jn 17, 26).

Dimensión eclesial y comunitaria

La llamada de Dios es personal. Dios llama a cada uno por su nombre, pero quiere salvar y santificar a todos y cada uno no de forma aislada, sino constituyendo una comunidad de llamados, un pueblo. La Iglesia es el pueblo que Dios reúne en el mundo entero. La Iglesia de Dios existe y se realiza en las comunidades locales como asamblea litúrgica, sobre todo en la celebración de la Eucaristía. Su origen no está en la voluntad humana, sino en un designio nacido en el corazón del Padre.

La Iglesia es preparada en la Antigua Alianza e instituida por Cristo Jesús y manifestada por el Espíritu Santo. Al Hijo es a quien corresponde realizar el plan de salvación del Padre, en la plenitud de los tiempos. Para cumplir la voluntad del Padre, Cristo inauguró el Reino de los cielos en la tierra. El germen y el comienzo del Reino son el «pequeño rebaño» que Jesús convoca en torno suyo. El Señor la dotará de una estructura con la elección de los Doce y de Pedro como su Primado. Ellos y los demás discípulos participan en la misión de Cristo.

La Iglesia es santa, y todos sus miembros están llamados a la santidad. En el marco de esa llamada universal, el Señor elige luego a personas que a través del ministerio sacerdotal cuiden de su pueblo y que ejerzan una función paterna, cuya raíz está en la paternidad misma de Dios. Toda vocación nace, se alimenta y se desarrolla en la Iglesia y a ella está vinculada también por el destino y la misión. La pastoral juvenil tiene como finalidad última ayudar a que los jóvenes entren por el camino de la vida de oración y del diálogo personal y profundo con el Señor que les ha de ayudar a escuchar su llamada y a tomar decisiones en las que queda afectada toda la existencia. La dimensión vocacional es parte integrante de la pastoral juvenil, más aún, podemos decir que el espacio natural y vital de la pastoral vocacional es la pastoral juvenil, y que la pastoral juvenil solo es completa si incorpora en su proyecto la pastoral vocacional.

Por esta razón las comunidades diocesanas y parroquiales están llamadas a reforzar el compromiso en favor de las vocaciones al sacerdocio ministerial. Solo las comunidades cristianas vivas saben acoger con prontitud las vocaciones y después acompañarlas en su desarrollo. En definitiva, «la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde esta a la

parroquia y a todos los estamentos del Pueblo de Dios». La comunidad cristiana será el ámbito que facilitará el encuentro del joven con Jesús, que acompañará el proceso educativo de su respuesta, que le ayudará a corresponder a la llamada de Dios. La parroquia tradicionalmente es el lugar por excelencia de experiencia comunitaria y de anuncio del evangelio de la vocación. También los diferentes movimientos y nuevas realidades eclesiales constituyen un ámbito privilegiado para la experiencia de comunidad cristiana.

2.2. La vocación sacerdotal

La vocación al sacerdocio ministerial comienza por un encuentro con el Señor, que llama a dejarlo todo y a seguirle, que quiere que su llamada se prolongue en una vida de amistad con él y una participación en su misión que compromete toda la existencia. La vocación es un misterio que afecta a la vida de todo cristiano, pero que se manifiesta con mayor relieve en los que Cristo invita a dejarlo todo para seguirle compartiendo vida y misión. Como expresaba el Santo Padre Benedicto XVI, «la vocación no es fruto de ningún proyecto humano o de una hábil estrategia organizativa. En su realidad más honda, es un don de Dios, una iniciativa misteriosa e inefable del Señor, que entra en la vida de una persona cautivándola con la belleza de su amor, y suscitando consiguientemente una entrega total y definitiva a ese amor divino (cf. Jn 15, 9.16)».

El significado de la vocación lo encontramos en la respuesta que Jesús da a Juan y Andrés, discípulos de Juan el Bautista, cuando le preguntan dónde vivía. «Venid y veréis» (Jn 1, 39), les responde el Maestro. Dios es quien tiene la iniciativa, quien llama; y toda vocación cristiana es un don suyo que tiene lugar en la Iglesia y mediante la Iglesia, que es el lugar en que las vocaciones se generan y educan. La vocación cristiana en todas sus formas es un don destinado al crecimiento del Reino de Dios en el mundo, a la edificación de la Iglesia. La vocación sacerdotal se ordena a estos fines de un modo específico, a través del sacramento del Orden, con una configuración peculiar con Jesucristo.

La historia de toda vocación sacerdotal comienza con un diálogo en el que la iniciativa parte de Dios y la respuesta corresponde al hombre. El don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre son los dos elementos fundamentales de la vocación. Así lo encontramos siempre en las escenas vocacionales descritas en la Sagrada Escritura. Y así continúa a lo largo de la historia de la Iglesia en todas las vocaciones. Las palabras de Jesús a los Apóstoles, «no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido» (Jn 15, 16), reflejan esa primacía de la gracia de la vocación, de la elección eterna en Cristo (cf. Ef 1, 4-5).

Es imposible describir las fases y los episodios de cada vocación, porque la vocación es personal, diversa e intransferible en cada persona. Dios llama a cada uno según su voluntad de amor y con un gran respeto por la libertad que tiene el sujeto para abrir la puerta al Señor a fin de que se adentre en el interior del que es llamado. Los caminos del Señor pueden tomar la forma de descabalgarse súbitamente a Pablo del caballo que le conducía por la vida, o tomar la forma de una suave y persistente inclinación en el ánimo que experimenta el llamado desde su infancia. En todo caso, las biografías de los sacerdotes santos pueden ilustrarnos acerca de los momentos decisivos de su vocación.

Lo que sí podemos es fijar nuestra mirada en las vocaciones de los apóstoles narradas por los evangelios. Según narra el evangelio de san Marcos (3, 13-15), «Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios». San Lucas, por su parte, subraya la oración previa de Jesús: «En aquellos días, Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró Apóstoles» (Lc 6, 12-13).

El papa Benedicto XVI, en su libro Jesús de Nazaret, subraya que «la elección de los discípulos es un acontecimiento de oración; ellos son, por así decirlo, engendrados en la oración, en la familiaridad con el Padre. Así, la llamada de los Doce tiene, muy por encima de cualquier otro aspecto funcional, un

profundo sentido teológico: su elección nace del diálogo del Hijo con el Padre y está anclada en él. También se debe partir de ahí para entender las palabras de Jesús: «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (Mt9, 38): a quienes trabajan en la cosecha de Dios no se les puede escoger simplemente como un patrón busca a sus obreros; siempre deben ser pedidos a Dios y elegidos por Él mismo para este servicio».

Jesús les llama a estar con Él, a ser sus compañeros, a formar con Él una comunidad de vida. Estar con Jesús equivale a seguirle ya que Él tiene palabras de Vida eterna; escucharle en todas y cada una de sus palabras; imitarle, con la inspiración y la interpretación que da el Espíritu al seguimiento de la Palabra que es Jesús mismo. Estar con Él para que lo puedan conocer, para que puedan penetrar el misterio de su vida, de su unión con el Padre. Por eso les procura una formación más amplia y profunda que al resto de los discípulos, comparte con ellos la vida diaria y están siempre presentes en los momentos más trascendentales, les enseña a rezar, responde a sus interrogantes, y los va preparando para que sean partícipes de su misión.

El objetivo de la llamada es doble: la comunión con Él y la participación en su misión. Por eso los enviará a predicar con poder para arrojar los demonios «y curar toda enfermedad y toda dolencia» (Mt 10, 1). Los envía a anunciar el Evangelio, a llevar su mensaje por todo el mundo, a ser testigos suyos ante los hombres. No son meros repetidores de una doctrina aprendida, sino comunicadores de su palabra, de los misterios del Reino, de Cristo mismo. Los envía para que den testimonio ante los hombres de lo que han visto y oído, de lo que han experimentado. Los envía a llevar la salvación a los confines de la tierra.

Tal como relata san Marcos, Jesús «llamó a los que quiso». La llamada es una decisión del Señor. Se trata ante todo de un don, de una gracia de Dios. No es un derecho del hombre, ni el resultado de un proyecto personal. Por eso no cabe ningún tipo de manipulaciones que pudieran inclinar la balanza de la decisión en una dirección concreta. También debe quedar excluido todo planteamiento del sacerdocio como posible camino de promoción social o de modus vivendi. El sacerdocio es un don de Dios que ha de producir una respuesta de gratitud y confianza por parte de la persona llamada, y una esperanza firme en la fidelidad de Dios.

La gracia de la llamada y la libertad en la respuesta no se oponen ni se contradicen. No se podría considerar una respuesta positiva como válida si no se da desde la libertad, que es una condición esencial para la vocación. Vemos en los relatos evangélicos que hay ocasiones en que se da una respuesta negativa a la llamada de Jesús, como en el caso significativo del joven rico, debido a las exigencias que comporta el seguimiento (cf. Mt 19, 16-26). En este caso es debido a las ataduras de la riqueza. En otros casos puede ser debido a condicionamientos sociales y culturales.

También puede darse el caso de personas que tienen buena voluntad y quieren seguir ese camino, pero no es esa la voluntad de Dios, que tiene dispuesto un camino diferente para ellas. En el Evangelio encontramos un caso típico de esta situación en el endemoniado que es curado por Jesús en el territorio de los gerasenos (cf. Mt 5, 1-20). Pide al Maestro formar parte de aquel grupo de los que estaban más próximos a Él, pero Jesús le encomienda una misión diferente: volver a casa con los suyos y anunciarles que el Señor ha tenido misericordia de él y le ha curado.

Cuando entran en conjunción las dos voluntades se realiza el ideal. La voluntad de Dios que llama y la del hombre que responde positivamente desde su libertad. Este es el modelo, el ejemplo que encontramos en la llamada de los cuatro primeros discípulos (cf. Mt 4, 18-21). La respuesta de Pedro, Andrés, Santiago y Juan será inmediata: dejando redes, barcas y familia, siguen a Jesús. Esa es la respuesta que antes dieron los profetas y todos los llamados a alguna misión en el Antiguo Testamento, después los apóstoles y discípulos en el Nuevo Testamento y también es la respuesta que se da en el tiempo de la historia de la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

2.3. El camino de las mediaciones

La vocación sacerdotal es una relación que se establece entre Dios y el hombre en lo interior de la conciencia, en lo profundo del corazón, a partir de una llamada que provoca una respuesta. Es un misterio inefable que se realiza en la Iglesia, que está presente y operante en toda vocación. El camino habitual en toda vocación es que el Señor se sirva de la mediación de la Iglesia a través de personas que suscitan, acompañan en el proceso y ayudan al candidato en el discernimiento.

El beato Juan Pablo II nos ofrece en Pastores dabo vobis un criterio orientador al poner como ejemplo a Andrés, uno de los dos primeros discípulos que siguieron a Jesús, que después de encontrarse con el Maestro explica a su hermano Simón lo que le había sucedido y más tarde lo lleva junto a Jesús. Posteriormente el Señor llamará a Simón diciéndole: «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce Pedro)» (Jn I, 42). La iniciativa de la llamada es de Jesús, que llama a Simón e incluso le da un nuevo nombre. Ahora bien, Andrés ha aportado su colaboración, ha propiciado el encuentro de su hermano con el Maestro.

El núcleo de la pastoral vocacional de la Iglesia, la clave, el método a seguir, encuentra su inspiración en esta acción que lleva a cabo Andrés con su hermano Pedro de «llevarlo a Jesús». Esta es la forma con la que la Iglesia cuida del nacimiento y crecimiento de las vocaciones ejerciendo las responsabilidades propias de su ministerio. La Iglesia tiene el derecho y el deber de promover el nacimiento de las vocaciones sacerdotales y de discernir la autenticidad de las mismas, y después, de acompañarlas en el proceso de maduración a través de la oración y la vida sacramental; a través del anuncio de la Palabra y la educación en la fe, con la guía y el testimonio de la caridad.

En la tarea de la pastoral vocacional todos somos responsables. La responsabilidad recae en la comunidad eclesial, en todos los estamentos y ámbitos del Pueblo de Dios. El primer responsable es el obispo, que está llamado a promover y coordinar las iniciativas pertinentes. Los presbíteros han de colaborar con entrega, con un testimonio explícito de su sacerdocio y con celo evangelizador. Los miembros de la vida consagrada aportarán un testimonio de vida que pone de manifiesto la primacía de Dios a través de la vivencia de los consejos evangélicos. Los fieles laicos tienen una gran importancia, especialmente los catequistas, los profesores, los educadores, los animadores de la pastoral juvenil. También hay que implicar a los numerosos grupos, movimientos y asociaciones de fieles laicos. Por último, es preciso promover grupos vocacionales cuyos miembros ofrezcan la oración y la cruz de cada día, así como el apoyo moral y los recursos materiales.

La familia cristiana tiene confiada una responsabilidad particular, puesto que constituye como un «primer Seminario». Actualmente la institución familiar atraviesa no pocas dificultades, pero la Iglesia sigue confiando en su capacidad educativa y de transmitir aquellos valores que capacitan al sujeto para plantear su existencia desde la relación con Dios. El futuro de las vocaciones se forja, en primer lugar, en la familia. Para ello es una condición imprescindible que la familia cristiana esté abierta a la vida, cumpliendo generosamente el servicio a la vida que le corresponde y aplicándose con dedicación y esmero en la tarea de educar a los hijos en la fe. La presencia y cercanía del sacerdote en este proceso será de gran ayuda y a la vez será un referente en el ámbito vocacional.

El discernimiento vocacional

El discernimiento es necesario para descubrir la voluntad de Dios a través de los signos presentes en el camino de la vida. Hay que analizarlos a partir de la oración y la reflexión compartida, en un contexto comunitario-eclesial, desde la plena libertad personal, y desde la recta intención por parte de todos. Para que esta mediación sea realmente eficaz se debe superar la posible tentación de presionar a la persona para que siga nuestra voluntad en lugar de ayudarlo a descubrir la voluntad de Dios. A la vez, es preciso evitar el peligro del extremo opuesto, el de excluir cualquier tipo de propuesta vocacional por miedo a condicionar su libertad.

A lo largo del proceso de discernimiento no hay que esperar manifestaciones extraordinarias o acontecimientos espectaculares, más bien hay que estar atentos a los signos de vocación que tienen lugar en medio de la vida cotidiana para percibir el designio divino. La voz del Señor se suele expresar de dos modos, uno interior y otro exterior. El modo interior es el de la gracia, el del Espíritu Santo, el del Señor que llama en la profundidad insondable del alma humana, que atrae en lo más hondo del corazón. El modo exterior es el visible, el comunitario, el eclesial, el de las mediaciones humanas que el Señor ha querido y ha instituido en la Iglesia.

3. Lugares de llamada y propuestas para la acción pastoral

En la Vigilia de oración con los sacerdotes, durante los actos de clausura del Año Sacerdotal, el papa Benedicto XVI afirmaba: «En el mundo de hoy casi parece excluido que madure una vocación sacerdotal; los jóvenes necesitan ambientes en los que se viva la fe, en los que se muestre la belleza de la fe, en los que se vea que este es un modelo de vida, ‘el’ modelo de vida y, por tanto, ayudarles a encontrar movimientos, o la parroquia u otros contextos, donde realmente estén rodeados de fe, de amor a Dios, y así puedan estar abiertos a fin de que la vocación de Dios llegue y les ayude». Ciertamente, la situación es muy difícil, pero el Espíritu sopla donde quiere y no se puede apagar su voz. Nuestra tarea consistirá en colaborar humildemente a través de la promoción y del acompañamiento de las vocaciones. En este capítulo presentaremos en primer lugar algunos lugares de llamada y después también concretaremos diferentes propuestas de pastoral vocacional. Finalmente, subrayaremos la fuerza y la importancia del testimonio sacerdotal.

3.1. Lugares y ambientes propicios para la llamada

En primer lugar enumeraremos algunos lugares y ambientes que tradicionalmente se han considerado fundamentales para la promoción de las vocaciones. A la vez, será preciso hacer gala de creatividad evangélica para descubrir nuevas posibilidades que nos permitan propuestas nuevas en un tema tan vital para la vida de la Iglesia.

3.1.1. Parroquia y comunidades cristianas

La celebración litúrgica y la vida de oración

La celebración litúrgica tiene una función muy importante en la pastoral vocacional. Es la fuente de donde mana toda la fuerza de la Iglesia y la cumbre a la cual tiende toda su actividad. Impulsa a los fieles a vivir con intensidad su fe, a actuar con la caridad de Cristo y a buscar su voluntad. Por eso es una gran escuela de la respuesta a la llamada de Dios. Las celebraciones litúrgicas, especialmente las eucarísticas, sitúan al creyente en comunicación con el misterio de la Pascua, descubren el verdadero rostro de Dios, y también manifiestan el rostro de la Iglesia. La grandeza del misterio celebrado, su fuerza y su capacidad transformadora, son lugar de encuentro y de llamada. Por eso es tan importante celebrar con dignidad y esmero, y ayudar a los jóvenes a vivir las celebraciones con profundidad en el seno de la comunidad cristiana.

La oración personal, en especial la meditación de la Palabra de Dios, constituye asimismo un espacio privilegiado para que el joven pueda descubrir el sentido profundo de su vida, la verdad de su ser y la voluntad de Dios. «Por eso es necesario educar, especialmente a los muchachos y a los jóvenes, para que sean fieles a la oración y meditación de la Palabra de Dios. En el silencio y en la escucha podrán percibir la llamada del Señor al sacerdocio y seguirla con prontitud y generosidad». Por otra parte, la primera y fundamental actividad de pastoral vocacional es justamente la oración por las vocaciones. De ahí que toda la Iglesia diocesana ha de rezar incesantemente por las vocaciones, particularmente las comunidades de vida contemplativa y los enfermos.

La predicación y la enseñanza

La Iglesia debe llevar a cabo un anuncio claro y directo sobre el misterio de la vocación en general, fomentando una cultura de la vocación, de modo que todos los jóvenes lleguen a plantearse la propia vida como una vocación. También le corresponde anunciar la grandeza y la belleza del sacerdocio ministerial, su necesidad para el Pueblo de Dios y para el mundo de hoy, así como para el futuro de la nueva evangelización. Por eso se hace necesaria en el ámbito del ejercicio de su misión profética y de educación de la fe una presentación de la importancia del ministerio sacerdotal explícita y sin ambigüedades.

Si se silencia el evangelio de la vocación, no se anuncia la Buena Nueva completa, porque la vocación forma parte del contenido de la evangelización. La invitación al seguimiento y el envío misionero son parte integrante de la Palabra de Dios que es dirigida a los hombres. Y en este sentido, además de la Palabra anunciada a todos, entra en juego la palabra dirigida a cada uno en particular. Jesús llamó a todos a la conversión y a la salvación, y también llamó a algunos a un seguimiento en radicalidad y totalidad. Es, pues, necesario el anuncio expreso, personal y comunitario, de la Palabra, de la que forma parte el evangelio de la vocación.

Si la fe nace de la escucha de la Palabra de Dios (cf. Rom 10, 17), lo mismo se puede decir de la vocación. Por eso, las personas que intervienen a lo largo del proceso educativo, especialmente los sacerdotes, han de proponer con toda normalidad la vocación al presbiterado a aquellos jóvenes en los que se aprecian los dones y las cualidades necesarias. Ha de ser una propuesta clara y concreta, que si se hace con la palabra adecuada y en el momento oportuno, puede llegar a ser determinante, y a provocar en ellos una respuesta generosa y comprometida. También es muy importante que la propuesta vaya acompañada por un testimonio sacerdotal de gozo y entrega, capaz de generar interrogantes y de conducir a decisiones definitivas.

La acción caritativa y social

La Iglesia es una comunidad de amor, de caridad. La caridad de la Iglesia es una manifestación del amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. El amor hacia los necesitados y las acciones consecuentes para remediar sus males constituyen una tarea esencial para la Iglesia, forman parte de su naturaleza más profunda, porque la actividad de la Iglesia en todos sus miembros ha de ser expresión del amor de Dios. Un amor recibido, compartido, que busca el bien propio y el de la comunidad cristiana y que se proyecta buscando el bien de todo ser humano necesitado. Este ámbito de la acción caritativa y social de la Iglesia es, ciertamente, un lugar propicio para el encuentro con el Señor, para escuchar su llamada y para que florezcan auténticas vocaciones.

En esta dimensión esencial de la pastoral de la Iglesia, encontramos un punto de convergencia con el mundo del voluntariado. Como ya hemos dicho previamente, al hablar de las posibilidades que el contexto actual presenta a la pastoral vocacional, los jóvenes de hoy muestran una particular sensibilidad respecto a las personas que padecen cualquier tipo de necesidad y pobreza en los países del Tercer Mundo, así como en las diferentes exclusiones y pobrezas que se padecen también en el Cuarto Mundo. Muchos de ellos se comprometen en tareas de servicio a través de diferentes voluntariados.

En una sociedad que se caracteriza por el materialismo y el consumismo, en la que casi todo se puede conseguir con dinero, el hecho de que los jóvenes entren por la vía del servicio desinteresado, que vivan la pedagogía de la gratuidad, es un motivo de esperanza y un camino adecuado para el encuentro con Cristo a través de los pobres, de los necesitados, de los que sufren. Muchos jóvenes han encontrado por este camino sentido a sus vidas, y se han encontrado consigo mismos, con los demás y con Dios. El servicio desinteresado a través del voluntariado, motivado evangélicamente y alimentado

desde la oración, ofrece enormes posibilidades para que el joven descubra el servicio de la caridad y se abra a un compromiso de especial consagración.

Grupos, asociaciones y movimientos

Dirigiéndose a los seminaristas, el papa Benedicto XVI les decía que la vocación sacerdotal «a menudo surge en las comunidades, especialmente en los movimientos, que propician un encuentro comunitario con Cristo y con su Iglesia, una experiencia espiritual y la alegría en el servicio de la fe». El Papa no duda en afirmar, por ello, que «los movimientos son una cosa magnífica». Al mismo tiempo, siempre en relación a ellos, continúa diciendo que «se han de valorar según su apertura a la común realidad católica, a la vida de la única y común Iglesia de Cristo, que en su diversidad es, en definitiva, una sola».

De las palabras del Santo Padre es fácil entender el aprecio y el interés que la pastoral vocacional ha de tener hacia las diversas asociaciones y movimientos de la Iglesia, por ser «un campo particularmente fértil para el nacimiento de vocaciones consagradas y ambientes propicios de oferta y crecimiento espiritual». Ellos han ejercido una influencia decisiva en la opción vocacional de muchos jóvenes y, por tanto, «deben ser sentidos y vividos como un regalo del espíritu que anima la institución eclesial y está a su servicio».

Este último punto es del todo imprescindible. Los agentes de la pastoral vocacional deben contar con todas las asociaciones y movimientos juveniles de la Iglesia, sin ningún tipo de restricciones. No sería lícito cerrar las puertas de un proceso vocacional a un joven por la única razón de pertenecer a uno de estos movimientos o asociaciones, ni tampoco apartarlos o invitarles a cortar con «el ambiente que ha contribuido a su decisión vocacional». Aunque sí que es necesario advertir que tales asociaciones y movimientos deben trabajar en común respeto y colaboración sincera al servicio de la Iglesia universal y diocesana, y confiar en los cauces que ofrecen las diócesis para el fomento de las vocaciones y la formación de los futuros sacerdotes.

La dirección espiritual

La dirección o acompañamiento espiritual ocupa un «lugar» indispensable en la pastoral vocacional. Se trata, ante todo, de un diálogo en la fe, un diálogo espiritual, en el seno de la Iglesia, para descubrir la voluntad de Dios y seguirla, y para crecer incesantemente en el proceso de santificación personal. También es muy importante para descubrir la vocación específica. Por eso es necesario seguir recuperando la gran tradición del acompañamiento espiritual individual por parte de los sacerdotes, en el ámbito de la pastoral juvenil y vocacional. Una tarea nada fácil pero que ha dado siempre frutos preciosos en la vida de la Iglesia, y que es especialmente importante en el campo vocacional.

En este camino de acompañamiento tiene lugar una relación interpersonal de las dos personas que intervienen en el proceso, más la relación de ambas con Dios, que ilumina y está presente a lo largo de todo el camino. Se trata de ayudar al sujeto a eliminar los obstáculos, facilitar la vivencia de su relación de fe en Dios y ayudarle a descubrir su vocación específica. Como destacaba el cardenal Montini, «es medio pedagógico muy delicado, pero de grandísimo valor; es arte pedagógico y psicológico de grave responsabilidad en quien la ejerce; es ejercicio espiritual de humildad y de confianza en quien la recibe».

Recientemente el Santo Padre Benedicto XVI ha vuelto a recordar la importancia de esta práctica para todo cristiano, y especialmente para los que han recibido la llamada a una especial consagración. La dirección espiritual es un ámbito propicio y una ayuda conveniente para llevar a cabo la tarea de discernimiento que con tanta frecuencia se debe realizar a lo largo de la vida, en primer lugar, para tomar decisiones menores en la vida corriente, y especialmente para las grandes decisiones en el camino de la vida cristiana y de la vocación personal específica.

3.1.2. La familia

Es necesario cuidar el ámbito familiar del joven, con el fin de recuperarlo como su primer lugar de educación en la fe. El trabajo por las familias y con las familias favorece el nacimiento y la consolidación de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. En este sentido, el papa Benedicto XVI explicaba cómo los padres pueden ser generadores de vocaciones: «cuando se dedican generosamente a la educación de los hijos, guiándoles y orientándoles en el descubrimiento del plan de amor de Dios, preparan ese fértil terreno espiritual en el que florecen y maduran las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada».

Actualmente nos encontramos con unas dificultades nuevas que están presentes en el interior mismo de las familias cristianas. No es fácil que broten vocaciones al sacerdocio en un ambiente de secularización y consumismo como el nuestro. Por eso, la primera tarea consiste en ayudar a los padres a superar los condicionamientos y presiones de la cultura dominante. En una sociedad que ha perdido en buena parte el sentido religioso, resulta un tanto extraño el hecho de la vocación sacerdotal, que implica la realidad de un Dios que llama y de una persona que responde con un compromiso definitivo. La influencia negativa de la secularización afecta a la misma concepción del matrimonio y de la familia. Si la vocación matrimonial se resiente, también lo hace la familia como lugar de educación vocacional.

Una característica de nuestro tiempo es el descenso alarmante de la natalidad, que amenaza el futuro mismo de nuestras sociedades europeas y que influye lógicamente en el descenso de vocaciones. También se ha de tener en cuenta que la valoración social del ministerio sacerdotal no es la misma que en otras épocas, y este factor no deja de influir en las mismas familias y en el apoyo que estas han de ofrecer a los candidatos, que queda bastante debilitado. Ahora bien, estas dificultades han de ser asumidas con realismo y esperanza, de tal modo que se conviertan en oportunidades para el trabajo de pastoral vocacional, y, sin duda, servirán para también purificar la intención de los candidatos y asegurar una mayor autenticidad.

La familia es el ámbito primero y natural de la pastoral vocacional. La llamada de un hijo al sacerdocio es signo de la fecundidad espiritual con que Dios bendice la familia cristiana. Es preciso potenciar la cultura de la vida y la cultura de la vocación para que vayan impregnando el ámbito familiar, para que los matrimonios acojan generosamente el don de la vida y valoren la vocación sacerdotal de un hijo como el mayor regalo de Dios. Así sucede cuando la familia mantiene su identidad, es ella misma, es auténticamente una Iglesia doméstica. Los padres están llamados a educar a sus hijos en la fe y en la disponibilidad y seguimiento de la llamada de Dios. De esta forma, la familia se convierte en el primer seminario donde pueden germinar las semillas de vocación.

3.1.3. Instituciones de educación y ámbitos formativos

El seminario mayor

El seminario mayor es una comunidad educativa, un ámbito espiritual que favorece y asegura un proceso formativo, de manera que los candidatos puedan llegar a ser, con el sacramento del Orden, una imagen viva de Jesucristo. Su identidad profunda y su sentido es continuar en la Iglesia la experiencia de formación que el Señor realizó con los doce Apóstoles. La vida en el seminario es una escuela de seguimiento de Cristo, un tiempo privilegiado para dejarse educar por Él con la finalidad de aprender a dar la vida por Dios y por los hermanos. En dicha comunidad ha de reinar la amistad, el clima de familia, la caridad que alimenta el sentido de comunión con el obispo y con la Iglesia.

El significado original y específico de la formación de los candidatos al sacerdocio es vivir en el seguimiento de Cristo, dejarse educar por Él para el servicio del Padre y de los hombres, bajo la guía del Espíritu Santo; dejarse configurar con Cristo, Buen Pastor. En definitiva, formarse para el sacerdocio es aprender a dar una respuesta que compromete toda la existencia a la pregunta de

Cristo: «¿Me amas?» (Jn 21, 15). Una respuesta que no es otra que la entrega total de la vida. El fundamento de la vocación sacerdotal es el diálogo de amor, la mirada de amor que tiene lugar entre el Señor y la persona que recibe su llamada.

Los seminaristas tienen un lugar muy importante en la promoción vocacional por la fuerza que tiene su testimonio de seguimiento de la llamada del Señor ante los otros jóvenes. El seminario ha de convertirse en el corazón de la pastoral vocacional mediante contactos, invitaciones, cursillos, días de puertas abiertas u otras actividades en las que puedan participar los candidatos y aquellos que manifiesten inquietud vocacional. De este modo, se convierte en un verdadero estímulo y ofrece la oportunidad de un conocimiento más cercano del mundo vocacional a la juventud, de manera que pueda ofrecer un testimonio significativo en el ámbito de la pastoral juvenil, y una colaboración eficaz en la pastoral vocacional.

El seminario menor y otras formas de acompañamiento

La primera manifestación de la vocación nace normalmente en la pre-adolescencia o en los primeros años de la juventud. A través del seminario menor, la Iglesia toma bajo su cuidado los primeros brotes de vocación sacerdotal sembrados en los corazones de los niños y adolescentes. Actualmente estos seminarios continúan desarrollando una preciosa labor educativa en muchas diócesis, favoreciendo su formación humana y espiritual y acompañando su proceso vocacional hasta el seminario mayor. En este sentido, es necesario que se conceda al seminario menor la importancia que merece en la vida de la diócesis, en la que debe estar insertado vitalmente.

El concilio Vaticano II, en el Decreto conciliar *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal señala que: «En los seminarios menores, erigidos para cultivar los gérmenes de la vocación, los alumnos se han de preparar por una formación religiosa peculiar, sobre todo por una dirección espiritual conveniente, para seguir a Cristo Redentor con generosidad de alma y pureza de corazón. Su género de vida, bajo la dirección paternal de los superiores con la oportuna cooperación de los padres, sea la que conviene a la edad, espíritu y evolución de los adolescentes y conforme en su totalidad a las normas de la sana psicología, sin olvidar la adecuada experiencia segura de las cosas humanas y la relación con la propia familia».

Donde no cabe posibilidad de establecer el seminario menor en sentido estricto se pueden contemplar otras posibilidades para el acompañamiento de los primeros brotes de vocación sacerdotal a través de grupos vocacionales, que pueden ofrecer un ambiente comunitario y una guía sistemática en el crecimiento y maduración de la vocación.

Los colegios diocesanos y las escuelas católicas

Los colegios diocesanos y las escuelas católicas constituyen otro de los ambientes en donde puede crecer la semilla vocacional.

Es de gran importancia que los proyectos educativos sean equilibrados y completos y que los educadores cristianos sepan valorar el crecimiento espiritual, integrar la fe en la vida y orientar a los niños y los jóvenes en su opción de vida. Los educadores, además de competencia y preparación, deben tener un firme sentido de pertenencia eclesial. El cuidado especial de las clases de religión y de otras actividades de carácter religioso, así como un programa de actividades extraescolares, en donde se promueva la dimensión vocacional, pueden ser momentos verdaderamente oportunos y fecundos.

Es muy importante la presencia del sacerdote en los colegios, con la clase de religión, en las actividades lúdicas de los jóvenes, etc. Es necesario que cada escuela católica tenga al menos un director espiritual, y asimismo sería de gran valor incorporar la figura del promotor vocacional. Su función debería estar coordinada con los sacerdotes de las parroquias cercanas, o con los delegados de la pastoral vocacional diocesana.

Otros ambientes

Finalmente, vemos la necesidad de mencionar otros ambientes donde la pastoral vocacional puede encontrar un buen terreno para la siembra del evangelio de la vocación. Clubes infantiles y juveniles donde desarrollar actividades lúdicas y deportivas en conexión con aquellas más formativas en la fe y en la vocación. Se trata de ambientes que suponen un auténtico desafío para el trabajo vocacional y que se deben abordar con audacia y convicción. En todos ellos ha estado siempre muy presente la acción pastoral y evangelizadora de la Iglesia.

Nos referimos también al ámbito universitario y al mundo de la cultura. La evangelización de la cultura y la inculturación de la fe implican un diálogo de búsqueda de la verdad. El beato Juan Pablo II señalaba que «la síntesis entre cultura y fe no es solo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe que no es plenamente acogida, completamente pensada o fielmente vivida». En el encuentro del papa Benedicto XVI con profesores universitarios jóvenes les recordó que «la Universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana». Este es el mejor camino para una pastoral universitaria seria e integral, en una clave que se conecta muy fácilmente con la pastoral vocacional.

3.1.4. Eventos diocesanos, nacionales e internacionales

Las múltiples actividades pastorales que tienen como protagonista principal el mundo de los jóvenes se pueden convertir en una excelente oportunidad para sembrar la semilla de la vocación.

Desde los eventos organizados a nivel diocesano, como son las peregrinaciones, campamentos y encuentros, hasta aquellos de mayor magnitud, como pueden ser las Jornadas Mundiales de la Juventud, son momentos que suscitan en el joven una apertura sincera a los valores trascendentes, crece en ellos el deseo de una relación intensa con el Señor y también el sentido de pertenencia a la Iglesia. Se experimenta, comunitaria y personalmente, la alegría de ser discípulo de Cristo y miembro de su Cuerpo, la Iglesia. La celebración de la reciente JMJ en Madrid lo ha vuelto a poner de manifiesto.

La existencia de una revista vocacional, o de una publicación periódica que informe a toda la diócesis sobre la vida del seminario, podría ser un buen instrumento, no solo para que la vocación al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada estuviera presente en el resto de pastorales de la diócesis – ofreciendo, por ejemplo, algunos materiales para trabajar en los diversos campos de la pastoral –, sino también para que sean conocidas las actividades específicas y aquellos eventos más importantes relacionados con la pastoral de las vocaciones.

3.2. Algunas propuestas pastorales

Aunque hemos ido ofreciendo diferentes pautas pastorales al hablar de los ambientes y lugares propicios para sembrar la semilla de la vocación, nos proponemos ahora enumerar algunos consejos prácticos y líneas de acción que, a la luz de cuanto hemos ido exponiendo, pueden ayudar a renovar nuestra pastoral juvenil y vocacional.

Oración

La principal actividad de la pastoral vocacional de la Iglesia es la oración, que reconoce que las vocaciones son don de Dios y como tal se lo pide. La Iglesia pide al Dueño de la mies que envíe obreros a los sembrados. Cuando en 1963 el papa Pablo VI instituyó la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, y no simplemente la «Jornada de las Vocaciones», subrayó, precisamente, que la Iglesia no es la fuente de las vocaciones, sino que su tarea fundamental es orar por las vocaciones,

como don de Dios que son. En la oración se manifiesta fundamentalmente la solicitud del Pueblo de Dios por las vocaciones. Se ha de alentar a los fieles a tener la humildad, la confianza, la valentía de rezar con insistencia por las vocaciones, de llamar al corazón de Dios para que nos dé sacerdotes.

Tiene especial importancia la celebración del Día del Seminario, en la fiesta de San José o en una fecha próxima a esta fiesta. Esta celebración tiene una gran importancia en orden a la sensibilización vocacional de cada diócesis. Es recomendable que el obispo pueda, en una carta o en una comunicación pastoral, exponer a su comunidad diocesana la realidad y las necesidades vocacionales, de su seminario, etc. También son recomendables iniciativas que acerquen la comunidad diocesana al seminario. En este sentido, diversas iniciativas pueden concretar esta solicitud:

- ✓ Jueves vocacionales en las parroquias.
- ✓ Grupos de oración por las vocaciones.
- ✓ Introducir una petición vocacional en las preces parroquiales cada domingo.
- ✓ Cadena de oración por las vocaciones.
- ✓ Actividades varias y encuentros de oración en el seminario abiertos a los alumnos de las escuelas católicas: Vísperas y exposición del Santísimo los domingos, etc.
- ✓ Vigilias mensuales, semanas vocacionales, festival de la canción vocacional, promoción del mensaje del Santo Padre con ocasión de la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, convivencias, Día del Buen Pastor...

Palabra de Dios

En el marco de la pastoral vocacional, desde el diálogo con Dios, que ha tenido a bien revelarse por Cristo, Palabra hecha carne, resulta imprescindible el recurso frecuente a la Palabra de Dios, ya que «mediante la fuerza y la eficacia de la Palabra [Dios] genera un camino de esperanza hacia la plenitud de la vida [...]; puede trazar una senda que pasa por Jesús, “camino” y “puerta”, a través de su cruz, que es plenitud de amor». En este punto podría ser muy válido para la pastoral juvenil y vocacional la elaboración de materiales que presenten pasajes y personajes bíblicos en clave vocacional.

En la exhortación apostólica *Verbum Domini* el Santo Padre destaca que Cristo, Palabra de Dios entre nosotros, «llama a cada uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación en relación con Dios. Esto quiere decir que, cuanto más ahondemos en nuestra relación personal con el Señor Jesús, tanto más nos daremos cuenta de que Él nos llama a la santidad mediante opciones definitivas, con las cuales nuestra vida corresponde a su amor, asumiendo tareas y ministerios para edificar la Iglesia. En esta perspectiva, se entiende la invitación del Sínodo a todos los cristianos para que profundicen su relación con la Palabra de Dios en cuanto bautizados, pero también en cuanto llamados a vivir según los diversos estados de vida».

Vida sacramental

La participación activa en la vida sacramental, como verdadero baño de gracia que recibe el cristiano, es otro de los pilares para una adecuada pastoral juvenil y vocacional.

Los sacramentos alimentan la vida de fe en sus diferentes etapas, pues a través de ellos Cristo Salvador se hace presente de manera eficaz en todos los momentos y situaciones de nuestra vida. Los sacramentos fortalecen la fe, la esperanza y el amor, están ordenados a la santificación de las personas y a la edificación de la Iglesia. Los siete sacramentos acompañan la vida humana desde el inicio hasta el tránsito final. En este camino, la Eucaristía es fuente y culminación de toda la vida cristiana y de toda la vida de la Iglesia.

Resulta significativo comprobar la importancia que tanto Juan Pablo II como Benedicto XVI han otorgado al sacramento de la Reconciliación entre los jóvenes. Lo plantean en estrecha conexión con la necesidad de la conversión, para renovar los corazones y las conciencias, si se quiere vivir la vida en Cristo. Esto implica la presencia de sacerdotes preparados y disponibles para esta tarea, como pedía

Juan Pablo II: «Ante la pérdida tan extendida del sentido del pecado y la creciente mentalidad caracterizada por el relativismo y el subjetivismo en campo moral, es preciso que en cada comunidad eclesial se imparta una seria formación de las conciencias».

Catequesis

Debemos subrayar la importancia de la catequesis y del camino de los mandamientos, para recibir el bien y seguir el impulso interior de la gracia. En este punto se aprecia la necesaria colaboración que debe existir entre la pastoral catequética, la pastoral infantil y juvenil y la pastoral vocacional. Es preciso introducir y desarrollar la cuestión de la vocación en los temarios de las catequesis de las distintas edades, particularmente en la catequesis de Confirmación. Podemos afirmar que, en cierto modo, la pastoral vocacional o es mistagógica o no es tal pastoral. Ha de tener la capacidad de mostrar y ofrecer la «mística» que acompaña y alumbró el vivir cotidiano de la fe, en ese dinamismo que es propio del verdadero camino de perfección.

Por otro lado, el ritmo de la catequesis sacramental ayuda a madurar en la relación con Cristo y a crecer en amistad con Él de acuerdo a la edad. Es preciso iniciar a los niños y adolescentes en la vida de oración, en la relación personal con el Señor, a través de elementos mistagógicos, con la pedagogía apropiada para cada edad. En el itinerario catequético es muy importante la presencia del sacerdote, el acompañamiento que ofrece en el proceso de maduración de la fe, su contacto con las familias y los niños, su testimonio personal.

En el ámbito educativo, además de intensificar la pastoral vocacional, resulta conveniente definir cada vez mejor la propuesta formativa general, de modo que se garantice una preparación humana, intelectual y espiritual que esté a la altura de los nuevos desafíos que la situación actual plantea a la Iglesia, en general, y a la respuesta de cada sujeto a la llamada de Dios, en particular. Esta propuesta formativa ha de ser llevada a cabo desde la comunión eclesial y desde una efectiva coordinación que propicie en las personas y en los ambientes una nueva cultura vocacional.

Perspectiva de la pastoral con jóvenes: llamada a la santidad

La llamada a la santidad debe ser el punto de partida y el objetivo prioritario de toda pastoral con los jóvenes. Los jóvenes necesitan un ideal de altura que comprometa toda su existencia. No hay que tener miedo a los planteamientos de exigencia en la vida espiritual, en la formación y en el compromiso. Con ese objetivo se debe trabajar la oración personal, lugar donde se expresa continuamente por parte de Dios esta llamada y su concreción en la vocación particular, la contemplación y el silencio. Sobre todo, se recomienda enseñar la forma común de oración de la Iglesia, es decir, la liturgia. Hemos de buscar que nuestras comunidades se conviertan en «escuelas de oración», con presencia y participación activa de los jóvenes.

En esta misma línea, destacamos la importancia de presentar el testimonio histórico de los santos como estímulo para identificarse con unos valores que no coinciden con los «héroes» ni los «triunfadores» de la cultura dominante. Los santos son un testimonio real de que es posible vivir centrado solo en Cristo, y que Cristo es capaz de dar sentido y fundamento radical a nuestra vida.

Ellos son la verdadera interpretación de la Escritura, ya que han verificado, en la experiencia de la vida, la verdad del Evangelio.

Plantear la vida como vocación

La pastoral vocacional es un elemento unificador de la pastoral en general, en el sentido de que ayuda a cada persona a descubrir la llamada de Dios, a dar una respuesta, y, en consecuencia, a encontrar su lugar en la Iglesia y en el mundo. En consecuencia, debe estar en relación con todas las demás dimensiones de la pastoral, sobre todo con la pastoral de la infancia y juventud y con la familiar. Por

eso es necesaria una fecunda colaboración pastoral con el ámbito juvenil y con las familias, de tal manera que los padres sean los primeros educadores vocacionales. Es necesario implicar a todas las realidades de la diócesis: parroquias, comunidades, delegaciones, grupos, movimientos y todos los miembros de la comunidad diocesana.

Para llevar a cabo todo este apasionante trabajo de sembrar en los jóvenes la pasión por la persona de Jesucristo y por los grandes ideales del Evangelio es de vital importancia la asistencia de sacerdotes que promuevan la formación espiritual y el apostolado entre los jóvenes. A la vez, es necesario que se acompañe personalmente y en grupos vocacionales a los niños y jóvenes que muestren brotes de vocación. Preseminarios que ofrezcan reflexión, formación, convivencia, que sean un espacio y un tiempo adecuado para el discernimiento.

Es necesario también trabajar a fondo el sentido de pertenencia cordial a la Iglesia y el amor a la Iglesia, que es la familia de Cristo. No pueden surgir vocaciones allí donde no se vive un espíritu auténticamente eclesial. De esta forma, se debe intentar integrar a los jóvenes en la parroquia, en los movimientos y en la vida de la diócesis, promoviendo todo tipo de actividades de apostolado juvenil y asociaciones de jóvenes.

Monaguillos

Una auténtica pastoral vocacional no puede prescindir del trabajo con los monaguillos. Por ello, en colaboración con el seminario, se recomienda la organización de encuentros y jornadas de convivencia en las que se vaya preparando el terreno para la posible respuesta vocacional. Los niños que se dedican al servicio del altar ya están mostrando de hecho una inclinación a las cosas sagradas y al servicio del templo. Es preciso ayudarles a superar el peligro de caer en la rutina, en la superficialidad. Es importante ayudarles a entrar en el misterio, a familiarizarse con las cosas santas, a vivir las celebraciones con recogimiento y devoción, a avanzar por el camino de una auténtica amistad con el Señor.

El beato Juan Pablo II, en la carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo del año 2004, ofrece unas recomendaciones que apuntan a lo esencial: «El grupo de acólitos, atendidos por vosotros dentro de la comunidad parroquial, puede seguir un itinerario valioso de crecimiento cristiano, formando como una especie de pre-seminario (...). Vuestro testimonio cuenta más que cualquier otro medio o subsidio. En la regularidad de las celebraciones dominicales y diarias, los acólitos se encuentran con vosotros, en vuestras manos ven “realizarse” la Eucaristía, en vuestro rostro leen el reflejo del Misterio, en vuestro corazón intuyen la llamada de un amor más grande. Sed para ellos padres, maestros y testigos de piedad eucarística y santidad de vida».

Actividades lúdico-deportivas

La organización de actividades de orden lúdico-deportivas que estimulen las relaciones sanas, la convivencia, el respeto mutuo, el sacrificio, etc., en armonía con momentos de reflexión sobre las cuestiones de la fe y la vida espiritual, pueden dar origen a momentos propicios para la siembra vocacional.

En este mismo orden, pueden ser sugerentes aquellas actividades que a través del mundo de la cultura (cine-fóruns, visitas a museos, conciertos de música, literatura, conferencias, etc...) buscan despertar la sensibilidad por la belleza y educan a no medir la realidad según criterios utilitaristas.

Delegación de pastoral vocacional

El primer responsable de la pastoral vocacional en la diócesis es el obispo, que habitualmente nombra un delegado para que atienda más directamente este ámbito pastoral. Ahora bien, si, como hemos visto, la pastoral vocacional es un elemento transversal de toda la pastoral, si viene a ser como un

elemento unificador de la misma, no puede quedar relegada a una tarea de interés menor, o en la que reparamos cuando somos acuciados por las urgencias del momento. Es preciso que se le otorgue la relevancia que le corresponde por sí misma, que se dediquen los recursos humanos y materiales necesarios, que impliquemos en ella a toda la comunidad diocesana, y sobre todo, que ocupe un lugar preferente de interés por parte de los Pastores.

A la delegación de pastoral vocacional le corresponde promover la oración personal y comunitaria por las vocaciones, concienciar a todos los fieles y comunidades, potenciar las acciones pastorales, formar agentes de pastoral vocacional, elaborar materiales formativos, coordinarse con otras delegaciones diocesanas, así como con los responsables de la pastoral vocacional de los Institutos de vida religiosa, consagrada y misionera, presentes en la diócesis. También ha de promover la dimensión vocacional y la cultura vocacional en las familias, parroquias y comunidades, movimientos y asociaciones de Iglesia, a través de encuentros, retiros, y todo tipo de actividades. Todo ello desde la vivencia de una profunda comunión eclesial.

Plan Diocesano de pastoral vocacional

En cada diócesis se debe elaborar y aplicar un Plan Diocesano de pastoral vocacional (PDPV) que promueva las vocaciones sacerdotales y religiosas a todos los niveles: en la diócesis, en la parroquia, en la familia, en las escuelas católicas y demás organizaciones de la Iglesia, como pueden ser las universidades católicas y otros centros formativos. No se trata únicamente de que cada creyente descubra y asuma su propia responsabilidad en la Iglesia, sino también de que hay algunos que dedican su vida a la Iglesia. En efecto, dicho PDVD deberá mostrar a las familias y a las comunidades cristianas la belleza de una vida totalmente dedicada a Cristo y a la Iglesia.

El PDPV ha de reflejar la realidad sociocultural de cada momento y los desafíos que presenta; los principios de la teología de la vocación como marco y fundamento doctrinal; los campos de acción, las acciones pastorales, la organización, los objetivos y los medios para alcanzarlos, las líneas de acción y la estrategia. Por otra parte, ha de definir con claridad quiénes son los agentes de animación vocacional y sus cometidos, así como los itinerarios formativos y el acompañamiento necesario de los candidatos. También ha de servir para difundir la cultura de la vocación y para la organización de eventos vocacionales y la participación en eventos de otros ámbitos pastorales.

Centro Diocesano de pastoral vocacional

El Centro Diocesano de pastoral vocacional (CDPV) es el espacio propio de dinamización de la pastoral vocacional en cada diócesis, integrado normalmente en la delegación diocesana de pastoral vocacional. Anima, coordina y promueve las actividades de orientación vocacional bajo la guía y responsabilidad del obispo. Ha de ser un organismo de comunión y coordinación, y en consecuencia, alberga en su interior todas las especificidades vocacionales: ministerios ordenados, vida consagrada, laicado, laicos consagrados y nuevas formas de vida religiosa. Asimismo, en su estructura y funcionamiento es conveniente que integre una representación de los diferentes ámbitos diocesanos territoriales y sectoriales y que mantenga con ellos una fluida colaboración.

Entre sus principales objetivos cabe señalar: la orientación vocacional en general, que consta de acogida de los candidatos, acompañamiento en los procesos y discernimiento para la elección; también debe ofrecer encuentros de oración, de reflexión y de formación; por otra parte, ha de trabajar para que la pastoral vocacional vaya convirtiéndose en la perspectiva unitaria de la pastoral en general; del mismo modo, le corresponde fomentar la cultura vocacional y difundirla a través de publicaciones y de los diferentes medios posibles; finalmente, debe atender la formación de los agentes de pastoral vocacional, proveerlos de los convenientes instrumentos de trabajo y coordinar su tarea.

Centro Nacional de pastoral vocacional

Es muy importante y conveniente la creación de un Centro Nacional de pastoral vocacional, un lugar específico de servicio de la Conferencia Episcopal Española a la animación de la pastoral de las vocaciones sacerdotales y de especial consagración. Podría llegar a ser un lugar privilegiado de estudio y reflexión sobre la teología de la vocación, sobre los documentos específicos del Magisterio y las aplicaciones pastorales correspondientes. También sería un espacio de reflexión sobre la situación sociocultural de cada momento y sobre los «signos de los tiempos», de forma que se convirtiera en un auténtico «laboratorio de la vocación» en que se pusieran en común las aportaciones y experiencias más fructíferas de las distintas diócesis y ámbitos. A la vez, sería el organismo principal para coordinar los centros diocesanos vocacionales, y otras organizaciones vocacionales, ya sean de las congregaciones religiosas, institutos seculares y misioneros, u otras instituciones eclesiales.

3.3. La fuerza del testimonio

Jesús resucitado encargó a los Apóstoles «predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos» (Hch 10, 42). Los Apóstoles aparecen en el libro de los Hechos como los testigos de la vida, Pasión, muerte y Resurrección de Jesucristo. Este anuncio, realizado por testigos, consiste en proclamar la salvación de Dios, que penetra y renueva el corazón, que transforma la historia personal y la historia de la humanidad. Una proclamación que se lleva a cabo a través de un testimonio de palabra y de vida.

Importancia del testimonio en el anuncio del Evangelio

El siervo de Dios Pablo VI destacará con rotundidad la importancia del testimonio de vida en la evangelización: «Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites». En la Audiencia General del miércoles dos de octubre de 1974 ya avanzó una idea que mantiene toda su vigencia: «El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los testigos que a los maestros; o si escucha a los maestros, es por lo que tienen de testigos».

El beato Juan Pablo II reforzará la misma idea al señalar que el testimonio es la primera forma de evangelización. La vida misma del evangelizador, del sacerdote, del consagrado, de la familia cristiana, de la comunidad cristiana, a través de la sencillez, de la coherencia, de la caridad con los que sufren, con los más pobres y necesitados, desde el seguimiento y la imitación de Cristo, se convierte en la mayor acción evangelizadora y en el mensaje más directo. Porque el hombre de hoy cree mucho más en los hechos de vida que en las teorías, y entiende mejor las experiencias que las doctrinas.

La pastoral vocacional es responsabilidad de todos y todos nos hemos de aplicar en el descubrimiento de los lugares y ambientes propicios para la llamada, así como en la eficacia de las propuestas y en la creatividad para abrir nuevos caminos. Ahora bien, es preciso subrayar la importancia de la figura del sacerdote como un elemento transversal en este trabajo vocacional. No en vano el Santo Padre Benedicto XVI quiso dedicar el Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones del año 2010 al tema del testimonio, en el marco de la celebración del Año Sacerdotal y subrayando que la fecundidad de la pastoral vocacional depende fundamentalmente de la gracia de Dios, pero también es de gran valor el testimonio de vida de los sacerdotes.

El valor del testimonio en el evangelio de la vocación

Para llevar a cabo una renovada pastoral de las vocaciones sacerdotales es fundamental que los sacerdotes vivan con radicalidad su ministerio, ofreciendo un testimonio que exprese las actitudes profundas de quien vive configurado con Cristo y que también se haga visible a través de aquellos

signos que manifiestan su identidad. De esta manera podrán suscitar en los jóvenes el deseo de entregar su vida al Señor y a los hermanos.

1. Sacerdotes enamorados de Jesucristo, que viven la configuración con él como el centro que unifica todo su ministerio y toda su existencia. Hombres de Dios, oyentes de la Palabra, que se entregan a la oración y que son maestros de oración. Que viven la centralidad de la Eucaristía en su vida y en su acción pastoral. Que en la celebración eucarística expresan su unión con Cristo e intensifican dicha unión, ofrecen su vida al Padre y reciben la gracia para renovar e impulsar su ministerio, se encuentran con los hermanos y alimentan su caridad pastoral para entregarse a todos, especialmente a los más pobres y pequeños, a los más desfavorecidos.

2. Sacerdotes fieles a su misión. Conscientes de la predilección que el Señor ha mostrado con ellos. Que han respondido generosamente a su llamada, han seguido su voz y han empeñado su vida en el sagrado ministerio, en ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre y de la cual les ha hecho partícipes. Sacerdotes que son un «grano de trigo», que renuncian a sí mismos para hacer la voluntad del Padre, que saben vivir ocultos entre el clamor y el ruido, que renuncian a la búsqueda de aquella visibilidad y grandeza de imagen que a menudo se convierten en criterio e incluso en objetivo de vida de tantas personas del mundo de hoy y que fascinan a muchos jóvenes.

3. Sacerdotes que hacen de su existencia una ofrenda agradable al Padre, un don total de sí mismos a Dios y a los hermanos, siguiendo el ejemplo de Jesús, que cumple la voluntad del Padre dando su vida en la cruz para la salvación del mundo, que «no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por la multitud» (Mc 10, 45). Los sacerdotes viven en medio de la sociedad haciendo del servicio a Dios y a los demás el eje central de su existencia, viven la actitud de servicio aceptando la voluntad de Dios, ofreciendo su vida en totalidad, gastándose y desgastándose por los hermanos, especialmente por los más pobres y pequeños.

4. Sacerdotes que sean verdaderos hombres de comunión, que vivan el misterio de la unión con Dios y con los hermanos como un don divino, fruto del misterio pascual, desde la diversidad de carismas que supone un enriquecimiento y una complementariedad dentro de una unidad en la que todos los dones del Espíritu son importantes para la vitalidad de la Iglesia; pero asimismo desde el convencimiento de que la unidad es la condición indispensable para ser creíbles en la presentación del mensaje cristiano, en el anuncio del Evangelio de Jesucristo. Por eso procuran curar las heridas, tender puentes de diálogo, promover el perdón en las relaciones humanas, hacer de cada parroquia, de cada comunidad cristiana, una casa y escuela de comunión.

5. Sacerdotes llenos de celo por la evangelización del mundo. Celo por la gloria de Dios y por la salvación de las personas que les han sido encomendadas, que impregne toda su existencia hasta llegar a olvidarse de sí mismos. Que estrenan cada día el don de su sacerdocio y fundamentan su trabajo pastoral en la fe y en la esperanza como único planteamiento válido y realista de verdad, más allá de las dificultades constatadas o de la cruda realidad. Que vivan una actitud de insatisfacción sincera, de inconformismo esperanzado, que no se abandonan jamás a la inercia o a la rutina, convencidos de que la sacudida de la gracia es capaz de transformar la existencia de sus coetáneos.

6. Sacerdotes que vivan en radicalidad evangélica, como apóstoles de Cristo y servidores de los hombres y en relación amorosa con el tiempo, el lugar y las personas a las que han sido enviados. Conscientes de que es preciso vivir el momento presente, sin nostalgias de pasado o de futuro, porque Dios da en cada tiempo la gracia para superar las dificultades y para poder cumplir la misión encomendada. Conscientes asimismo de que están llamados a dar un fruto abundante y duradero desde una vida configurada a la cruz del Señor.

7. Sacerdotes que contemplan con temor y temblor y a la vez experimenten confiadamente la grandeza y la belleza del ministerio sacerdotal. Conscientes de que no detentan un oficio más, sino que, a pesar de ser vasijas de barro, son portadores del ministerio más grande: cambiar la situación de la vida de las personas pronunciando en nombre de Cristo las palabras de la absolución; hacer presente al Señor mismo al pronunciar sus palabras de acción de gracias sobre las ofrendas del pan y

el vino; imitar al Señor en su amor para con todos hasta el extremo, desde la verdad y el bien, en disponibilidad, austeridad y obediencia, como la expresión más grande del amor a Jesucristo, como la forma más bella de realizar la vida humana.

8. Sacerdotes que sean hombres de alegría y esperanza, que transmiten el gozo de una vida plena, la felicidad del servicio a Dios y a los hermanos. La historia de cada vocación suele ir unida al testimonio de un sacerdote que vive con alegría su vocación y es capaz con su palabra y su ejemplo de despertar interrogantes y suscitar decisiones que se convertirán en compromisos definitivos. Un sacerdocio que ocupa las veinticuatro horas del día, que llena todos los espacios vitales, y que desde la profunda vivencia interior se manifiesta también externamente a través de los signos que la Iglesia propone. Así lo vivieron el santo Cura de Ars y san Juan de Ávila, y tantos otros sacerdotes santos que cambiaron el corazón de la gente no tanto por sus dotes humanas, ni por una estrategia de su voluntad, sino por el contagio, por la comunicación, por el testimonio de su amistad con Cristo, de un amor apasionado que llenaba totalmente sus vidas.

Final: una llamada a la esperanza

Jesús llamó a los Doce «para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3, 14-15). A lo largo de la historia sigue llamando a hombres concretos para que participen de su sagrada misión. Él es el Señor de la mies y el Señor de las vocaciones. En la tarea de pastoral vocacional será preciso reavivar el don del sacerdocio que hemos recibido, renovar la gracia de la llamada del Señor, la fascinación por su palabra, por sus gestos, por su persona. Nuestra aspiración será colaborar con Jesús en la difusión del Reino de Dios, llevar al mundo el mensaje del Evangelio, administrar los misterios de la salvación como humildes servidores que buscan el bien del Pueblo de Dios.

Nos hallamos en un tiempo apasionante para vivir el sacerdocio y para trabajar en la promoción de las vocaciones sacerdotales. Para ello es necesario mantener clara y manifiesta la identidad sacerdotal y ofrecer a nuestros contemporáneos el testimonio de que somos hombres de Dios, amigos del Señor Jesús, que aman a la Iglesia, que se entregan hasta dar la vida por la salvación de los hombres. Maestros de oración que dan respuesta a los interrogantes del hombre de hoy, aspirando siempre a la santidad y ofreciendo un testimonio de una alegría incesante.

Constatamos que en buena parte de nuestra sociedad se ha perdido el sentido de Dios y tiene lugar una especie de sequía vocacional progresiva y aparentemente irremediable. Pero más allá de las apariencias tenemos una certeza clara: la iniciativa es de Dios, que continúa llamando, y la Iglesia tiene capacidad de suscitar, acompañar y ayudar a discernir en la respuesta. En nuestras Iglesias locales, «especialmente en nuestro tiempo en el que la voz del Señor parece ahogada por “otras voces” y la propuesta de seguirlo, entregando la propia vida, puede parecer demasiado difícil, toda comunidad cristiana, todo fiel, debería de asumir conscientemente el compromiso de promover las vocaciones».

Para ello hay que salir al encuentro de los niños y de los jóvenes, responder a sus expectativas, a sus problemas e inseguridades, dialogar con ellos proponiéndoles un ideal de altura que comprometa toda la existencia, una elección que comprometa toda su vida. Nuestra tarea consistirá en sembrar, en anunciar el evangelio de la vocación. Una siembra oportuna y confiada, abonada con la oración personal y con la oración de toda la Iglesia. Después vendrá el acompañamiento lleno de paciencia y de respeto. Por último, ayudar a discernir, a descubrir la voluntad de Dios en la vida de la persona concreta, de tal manera que dé una respuesta positiva a la llamada de Dios.

Es la hora de la fe, la hora de la confianza en el Señor que nos envía mar adentro a seguir echando las redes en la tarea ineludible de la pastoral vocacional. Pidamos que los jóvenes estén abiertos al proyecto que Dios tiene para ellos y sean receptivos a su llamada. María, Madre de gracia, de amor y de misericordia, Madre de los sacerdotes, nos guiará en el camino. Ella será siempre consuelo, esperanza y causa de nuestra alegría. A su intercesión maternal nos acogemos.

La solana

Iconos bíblicos para una mística de ojos abiertos

En este momento quiero presentar algunos encuentros con Dios que sin duda son encuentros místicos en el Antiguo y Nuevo Testamento y que creo pueden ser para nosotros, la vida religiosa de hoy iconos de ojos abiertos y actitud vigilante, y pistas para vivir nuestra misión, nuestro compromiso público a favor de un mundo más humano, con mayor hondura desde una mística que nos abre los ojos.

Lo primero que quiero decir es que no voy a tratarlos ni por orden cronológico ni tampoco por el orden de composición de dichos libros que corresponde a las etapas de la historia de Israel, Son iconos de diferentes aspectos y significados que puede tener para nosotros la mística de ojos abiertos.

JEREMÍAS

el que se atreve a florecer en invierno porque ve la primavera

Reconozco que Jeremías es un profeta que me cae especialmente simpático, porque tiene una vida nada fácil. Pertenece a una familia sacerdotal y le toca vivir los últimos años del reino de Judá, con muchas crisis hasta que llega la deportación a Babilonia. Toda su obra son diversas denuncias y oráculos sobre los profetas, sobre el rey, sobre el pueblo y también mensajes de esperanza y promesas de una nueva alianza que supone un hombre nuevo y una nueva forma de acercarse a Dios.

El momento que quiero analizar de este profeta corresponde al capítulo primero donde narra su vocación y a continuación la misión que se Yahveh le encomienda.

Jer 1,11-19: “Y se me dirigió la palabra de Yahveh para decir ¿qué ves, Jeremías?” “Una vara de almendro veo” contesté. Y me dijo Yahveh “Bien has visto; pues estoy vigilante sobre mi palabra para cumplirla”.

(...) **Ahora pues, te ceñirás los lomos, te levantarás y les hablarás todo cuanto yo te mande. No te espantes frente a ellos, no sea que yo te cause espanto. Pues he aquí que Yo te erijo hoy en ciudad fortificada y en columna de hierro y muralla de bronce frente a todo el país. Y guerrearán contra ti, mas no te podrán, pues contigo estoy para librarte”-oráculo de Yahveh.**

Recuerdo que en un momento difícil de mi vida de mucha oscuridad y de muy poca esperanza una amiga, hermanita de la Asunción me regalo una foto de un almendro con un pié de foto que decía: SE HA ATREVIDO A FLORECER EN INVIERNO, y me ayudó mucho. Ya antes había descubierto el símbolo del almendro como una de las actitudes vitales de la vida religiosa.

El texto de Jeremías necesita de una pequeña aclaración del hebreo para poder entenderlo bien; la palabra almendro se traduce como **saqued** y la palabra vigilante como **soqued**, que es la misma raíz porque sabemos que las vocales en hebreo a menudo no se escriben. Tiene mucho sentido que estos dos términos tengan el mismo significado ya que el almendro es el primer árbol que florece y el que anuncia la llegada de la primavera. A veces florece con un poco de sol y agua al final del invierno y tiene que aguantar aún algunas heladas. Sin embargo las flores rosadas del almendro nos avisan de que la estación está a punto de cambiar de que el calor de la primavera está ya cerca o de hecho ya se ha producido algunos días de forma que le ha permitido florecer. Una mujer y un hombre de Dios deberíamos ser siempre como el almendro, no sólo capaces de florecer en invierno sino sobre todo de anunciar que el sol y el cambio de estación están cerca. Esa es nuestra misión, la misma de Jesús: ser capaces de descubrir posibilidades nuevas y ver los signos del reino en la vida cotidiana, en las historias y rostros de los hermanos y hermanas con los que vamos haciendo camino. Jesús en la sinagoga de Nazaret, de su propio pueblo pudo decir:

“Hoy se ha cumplido esta Escritura ante vuestro auditorio” (Lc 4,21) esa es nuestra misión, ser capaces de decir lo mismo ante nuestros auditorios: que hoy también se cumple la buena noticia. Pero para poder decirlo tenemos que de verdad haberlo visto, tenemos que vivir desde dentro, con los ojos abiertos y el corazón enraizado en el encuentro místico con Dios que es el que nos descubre el reino y su presencia en la vida cotidiana y aparentemente gris. Si no tenemos la visión no podemos ofrecer el anuncio de la buena noticia. Y si no somos como el almendro a menudo nos convertimos no en profetas de la buena noticia del reino sino en uno más de la corriente catastrofista que nos invade desde los telediarios de cada día. Lo que creo que sí está claro es que la vida religiosa no puede renunciar a su vocación profética porque ese es un rasgo esencial de nuestro origen y hacerlo supondría estar siendo infieles a nuestra raíz. El monacato que surge en el siglo IV tiene una gran carga de denuncia profética. La vida religiosa desde su comienzo ha sido denuncia crítica de la cultura dominante, aunque también en muchos momentos nos hemos acomodado a aquellos que tiene más poder. **El no renunciar a nuestra vocación crítica supone tener una visión distinta. No podemos sólo denuncia porque el anuncio de una alternativa distinta de vida es esencial.** Y para ello tenemos que vivir cotidianamente el encuentro con Dios y la experiencia personal con Dios que nos va dando lucidez y nos va regalando esa visión.

Yo doy gracias a menudo a Dios y aún creo que se las doy poco, porque he tenido la suerte de encontrar en mi vida algún Jeremías. Uno de ellos es un sacerdote amigo y muy querido, que celebro mis votos perpetuos; Un hombre de Dios, con la sabiduría que da la vida y el sufrimiento, y siempre atento y despierto para leer los signos, para descubrir a Dios en la realidad, en las situaciones difíciles, proponiendo alternativas que sólo nacen de las personas que tienen el corazón en Dios... No es tan difícil encontrar personas que sí ven el almendro, que se atreven a florecer, y cuando tenemos la

suerte de encontrar a una de ellas debemos pedirles sin falta que nos acompañen a ir haciendo el camino, a vivir nuestra misión siendo místicos de ojos abiertos.

REBECA,

la que puede transformar los planes humanos porque ha visto los planes de Dios

De todos los datos de la historia de Isaac y Rebeca uno me parece esencial Y clave del relato del Génesis: **Dios revela el cumplimiento de su promesa a las mujeres antes que a los hombres, que sin embargo son los que transmiten la alianza por la descendencia masculina.** Ocurrió con Abraham y Sara y después ocurre con Isaac y Rebeca. ¿Quién es Rebeca? en el Génesis capítulo del 24 al 27 se nos cuenta su historia. La mujer de Jacob, algunos detalles fundamentales de su vida están descritos en Génesis 25 con gran brevedad: **“Cuarenta años contaba Isaac cuando tomó por esposa a Rebeca, hija de Betuel, el arameo de Paddán, y hermana de Labán el Arameo. Ahora bien, Isaac imploró a Yahvé por su esposa, pues era estéril. Atendióle Yahvé y Rebeca, su esposa, concibió. Pero como los niños entrecuchasen en su seno, ella exclamó: “Si así ha de ser ¿para qué estoy aquí?” Y se fue a consultar con Yahveh. Yahveh le dijo: Dos pueblos hay en tu vientre, y dos naciones de tus entrañas se han de separar; y una nación será más fuerte que la otra, y la mayor servirá a la menor.”**(Gn 25,20-23)

Desde el comienzo de la historia la Palabra nos dice que es a Rebeca a quien Yahveh le revela que la descendencia y la alianza tendría dos líneas, como había ocurrido en la generación anterior con Sara y Agar, Isaac e Ismael. (Gen 21, 12-13). Dios revela la mediación de su alianza a Rebeca antes que a Isaac. ¿Por qué? La Palabra no nos lo dice y sin embargo nos ofrece algunos datos muy interesantes. En toda la Biblia no aparece nunca una mujer ciega, sin embargo Isaac se queda ciego. La ceguera es siempre en la Palabra símbolo de incompreensión de los actos que suceden a nuestro alrededor, de poca lucidez. Rebeca no es ciega mientras que Isaac si lo es. Isaac quiere a Esaú por ser el primogénito, pero Rebeca ha visto y ha escuchado desde el comienzo, desde el seno materno, que Yahvé cumplirá la promesa de su alianza su alianza con el más pequeño, es decir con Jacob. Rebeca tiene la visión y la lucidez de saber por dónde va a ir la alianza y por ello impide que Esaú sea bendecido por su padre, y lo hace disfrazando a Jacob con la piel de animal, para que su padre lo confunda con su hijo mayor. A menudo nos han pintado el papel de Rebeca y de la mujer en el Antiguo Testamento, como la seductora que engaña, pero nunca nos han dicho que ella cambia los planes humanos para conseguir que se cumplan los planes de Dios que le han sido revelados. Rebeca es la mujer de la visión y esa capacidad de ver quién será el sujeto de la promesa de Dios le ha sido revelada por Yahveh en el encuentro con él, en la experiencia personal de querer comprender lo que le ocurre. Rebeca vive con los ojos y los oídos abiertos a la realidad, a su propia vida a entenderse y escuchar su propio cuerpo, el eco de lo que le ocurre por dentro. Y eso le lleva a vivir abierta a Dios a buscar su presencia, sus signos, su voluntad. La apertura a la vida le acerca a vivir abierta a Yahveh y la apertura a Yahveh le revela su presencia y sus signos, el cumplimiento de su promesa en la vida a través de las personas. El encuentro de ojos abiertos con Dios le lleva a vivir con ojos abiertos en la vida y viceversa. Y lo más importante, esa visión femenina de Rebeca no es para dejarla pasar sino para contribuir desde el ámbito familiar que es en el que se mueve al cumplimiento de la promesa de Yahveh. Ella cambia los planes de su marido Isaac a favor de las preferencias y los planes que Yahveh le ha revelado. Con ello se convierte en una de sus grandes aliadas y discípulas, pero siempre desde la sombra y la discreción, e incluso a veces la mala interpretación, como a menudo les sucede a las mujeres en la Biblia. Sólo le que ve puede actuar y transformar las cosas y sólo el místico de ojos abiertos puede hacer cumplir la promesa de Yahveh.

Muchas de nosotras seguramente conocemos a más de una Rebeca. Mujeres de gran visión y lucidez que son capaces de descubrir la presencia y los signos de Dios en situaciones complejas y de transformar esas situaciones y luchar porque se vaya haciendo realidad la promesa y la visión de Dios. Mujeres de una honda vida espiritual que saben transmitir y comprometerse con la mirada de Dios y que saben abrir los ojos de los demás. Yo creo que todas tenemos algunas Hermanas así en nuestras

comunidades, en nuestras congregaciones, o madres o abuelas ya jubiladas trabajando sencillamente en muchos servicios parroquiales a veces; estas mujeres a menudo no son de grandes palabras, ni saben transmitir profundos discursos pero en la sencillez de su experiencia honda de Dios saben, como digo, dirigir su mirada y vivir con los ojos abiertos. Ojalá todas podamos aprender de ellas y con ellas a vivir con los ojos abiertos a la vida para buscar con los ojos de Dios y con su visión, cómo ir transformado nuestros planes, y nuestro mundo para que sean los que Dios quiere.

LA MUJER CANANEA, la que ve más allá de las fronteras

Otro icono femenino en el Nuevo Testamento, es la mujer cananea de las costas de la ciudad de Tiro, donde habitaban filisteos y fenicios, que no eran ni judíos, es decir paganos. El evangelio nos describe someramente la situación de esta mujer:

“Y levantándose marchó de allí hacia el territorio de Tiro. Habiendo entrando en una casa, no quería que lo supiera nadie, pero no pudo pasar inadvertido, sino que en seguida una mujer cuya hija tenía un espíritu impuro, en cuanto oyó hablar de él, llegó se postro a sus pies; la mujer era griega, sirofenicia de nacimiento y le rogaba que expulsara de su hija al demonio.” (Mc 7,24-30)

Un primer dato importante es que Jesús quiere pasar desapercibido; lo dice Marcos que no es un evangelista profuso en detalles sino al contrario más bien escueto. Por tanto, si lo dice es porque es significativo. Jesús quiere pasar desapercibido, es decir que nos es tan fácil encontrarlo, pero la mujer sin embargo en cuanto oye hablar de él, en seguida busca el modo de conseguir la curación de su hija. Esta mujer **está muy atenta** a aquello que puede curar a su hija. ¿Qué madre no lo haría? Nos parece algo normal, pero eso supone vivir despierta y atenta. Y supone también ser valiente y estar en una situación límite, porque si no quizá no lo hubiera intentado. Se exponía a muchos rechazos, el primero el del mismo Jesús, que era un judío: **“No está bien coger el pan de los hijos y tirarlo a los perros”**. La mujer sabía a qué se exponía y estaba preparada. Contesta con humildad, sin sentirse herida, sin indignarse. A menudo los pobres tienen una paciencia infinita porque lo tienen todo perdido y ya no tienen nada que perder. Además esta mujer no está pensando en ella, sino en su hija. Esta es la mirada despierta y atenta de la mujer. Esto es vivir la mística de ojos abiertos: tener los ojos tan centrados en la necesidad de otro que incluso los desprecios y los reproches que nos hacen a nosotros no cuentan, porque estamos mirando hacia otro lado, hacia donde otro necesita algo. Por eso la osadía de esta mujer nos sorprende aún más.

“Pero también los perros debajo de la mesa, comen las migajas de los hijos”. Jesús era judío y veía como natural que su misión de hacer llegar el reino fuese dirigida a los judíos, al pueblo elegido por Yahveh. Pero Jesús vivió siempre con los ojos abiertos y descubrió pronto que no hay fronteras para Dios y su misericordia. Esta mujer con su osadía fue capaz de cambiar sus esquemas o al menos sus planes. De hacerle caer en la cuenta de que para la fe no cuentan esas barreras que nosotros hemos puesto políticas o territoriales. También antes le había pasado lo mismo a Jesús con otra mujer en Caná de Galilea. Va abriéndose a su misión y al reino paulatinamente y en este caso es una mujer en una situación difícil la que es capaz de empujarle a ir más allá de fronteras religiosas y culturales.

A menudo el contacto con situaciones límite y con la pobreza y la exclusión social de cualquier tipo nos ayudan a abrir los ojos. Se nos caen las escamas y nos damos cuenta que esas fronteras sociales que tan justas creíamos excluyen a mucha gente de los derechos básicos de toda persona. Y sólo cuando hacemos nuestras las situaciones de necesidad de los demás o cuando aceptamos compartir o

estar al menos cerca en los límites, despiertos y atentos a ellos, entonces comprendemos y luchamos por derribar fronteras culturales injustas. Pero esto sólo ocurre si de verdad dejamos que la vulnerabilidad nos envuelva, si aceptamos sufrir con el otro el dolor, pisar el mismo barro. Si nuestros pies no cambian de lugar, es muy difícil que nuestros ojos vean otra cosa, que cambie nuestra mirada. Este es otro ámbito que nos ayuda a mantener la mística de ojos abiertos que nos lleva de la mirada de Dios a los ojos de los más pobres y excluidos, a los extranjeros a los que están detrás de una etiqueta de cualquier barrera cultural o religiosa y viceversa, desde ellos a la mirada de Dios. La cananea nos dice que cuando vivimos atentos a las necesidades y a las situaciones límite de otros, entonces despertamos y podemos saltar por encima de esas barreras. La osadía nos la da la mirada, la visión de esas situaciones de dolor, de soledad, de enfermedad de vida en la calle... Como nos dice también el teólogo Metz² *“La primera mirada de Jesús no se dirige al pecado, sino al sufrimiento de los otros. (...) Y así el cristianismo se originó como comunidad de recuerdo y narración comprometida en el seguimiento de Jesús, cuya primera mirada se dirigía al sufrimiento ajeno. (...) La palabra que puede expresar mejor la sensibilidad hacia ese sufrimiento ajeno es la **compasión: la disposición a asumir un cambio de perspectiva, a mirarnos y evaluarnos a nosotros mismos con los ojos de otros, sobre todo con los ojos de los que sufren y están amenazados. Allí donde prospera esta compasión comienza lo que con una palabra tan exigente como turbadora se denomina mística. La mística de la compasión es la mística de ojos abiertos. (...) En este espíritu de la compasión se manifiesta la fuerza que posee el cristianismo para conmover e impregnar el mundo. Un cristianismo que envía a los cristianos a la primera línea de los conflictos políticos, sociales y culturales del mundo actual”***.

Así pues la cananea es la mujer extranjera que nos ayuda a despertar la visión, que está atenta y en una situación de sufrimiento y necesidad y es capaz de mover el corazón de Jesús y el nuestro a una mística de compasión y ojos abiertos que se expresa en el compromiso por transformar las estructuras y normas que son injustas y excluyentes. Ojalá sepamos escuchar y acercarnos a tantas personas, especialmente a tantos extranjeros como la mujer cananea, que desde su sufrimiento y su confianza nos ayudan como despertadores y van cambiando nuestra mirada y nuestros pasos de posición.

EL CIEGO DE BETSAIDA, las condiciones para recuperar la vista

Es de nuevo Marcos el que nos dibuja someramente la figura de este ciego en el capítulo 8, 22-26; En este caso es Jesús el que directamente abre los ojos del ciego; Y lo hace en varios momentos, todos importantes: a) primero lo saca fuera de la aldea; b) le toca los ojos con saliva y le impone las manos y c) le pone por segunda vez las manos sobre los ojos, cada uno de estos momentos es significativo en la nueva visión del ciego.

En las inmediaciones de Betsaida de Galilea, cuna de Felipe, Pedro y Andrés, Jesús multiplicó los panes y los peces (Lc 9,10-17). Pero también es una de las ciudades que Él denunció por falta de fe en su ministerio (Mt 11,21). Estos datos nos dicen que Betsaida era una ciudad galilea y como tal no muy bien vista por los ortodoxos judíos de Jerusalén; En Galilea las tradiciones y las supersticiones se mezclaban un poco y los impuros convivían con los puros de forma habitual. No es extraño que en este contexto Jesús se fije en la ceguera no sólo material sino también vital.

El encuentro del ciego con Jesús no sabemos si es voluntario, porque Marcos nos dice que lo llevan a Jesús para que lo toque. Seguramente sus familiares o amigos, aquellos que lo llevan tienen más fe que el ciego. Lo primero que hace Jesús para poder devolverle la vista es sacarlo fuera de la ciudad. Esa es la primera condición para poder abrir los ojos y ver. Hay contextos que nos hacen inmensamente difícil ver otra cosa, y como decíamos antes en la mujer cananea si nuestros pies no cambian de lugar es difícil que veamos otra perspectiva. Jesús lo sabe porque lo ha vivido y por ello seguramente quiere

² J. B. METZ, *Memoria Passionis*, Sal Terrae, Santander 2007, 164-168

ofrecerle la posibilidad al ciego de poder ver otra cosa desde otra perspectiva. A veces, a menudo tenemos que salir de “nuestros círculos” para comenzar a ver de otra manera, para dejarnos sorprender y permitir que otros nos abran los ojos. Y entonces es cuando ya podemos regresar a nuestros ámbitos, a nuestra realidad con la mirada abierta, siendo capaces de descubrir a Dios en lo que antes nos parecía imposible.

Jesús después de sacar al ciego de la aldea le toca los ojos con saliva y le impone las manos, pero el ciego aún no ve con claridad: “Alzo los ojos y dijo Veo los hombres, porque los veo caminar, como árboles” (Mc 8,24). El proceso de comenzar a vivir esta mística de ojos abiertos, este encuentro con Dios y con el hermano en sus necesidades, en su sufrimiento, es un camino largo y lento. Hay que aprender a ver de verdad desde la mirada de Dios y de la vida. Hay que irse acostumbrando a discernir los signos de Dios, y su estilo, discreto, sencillo, hondo... hay que acostumbrarse a quitarse etiquetas y escamas de los ojos para ver la realidad y a los demás como habitados por Dios, como destinatarios del Reino que ya ha llegado. Y eso también le cuesta trabajo al ciego. No ve al principio sino hombres como árboles que se mueven. No son auténticamente hombres aunque les ve caminar. Por eso Jesús insiste en ponerle sus manos sobre los ojos. La experiencia de Dios, el contacto personal con Jesús que hemos llamado experiencia mística tiene que ser honda y no es espontánea. Supone entrenamiento y esfuerzo, supone vencer los sentimientos de gana y desgana, de prisa, de superficialidad en los que habitualmente nos vemos envueltos en la vida cotidiana, sin darnos apenas cuenta. Teresa de Jesús dice que en el camino de la oración hay que tener una gran determinación *de pelear hasta llegar a la meta*-dice ella. No es fácil desaprender nuestra forma habitual de mirar y pensar y necesitamos entrenarnos cada día una y otra vez haciendo lecturas creyentes de nuestra vida cotidiana y compartiendo en nuestras comunidades esas miradas hondas, místicas, capaces de generar alternativas, de ser proféticas. A esas miradas vamos llegando sólo ayudadas por el contacto con las manos de Jesús cuando dejamos que se apoyen en nosotros, por las manos de los pobres que nos sacan fuera de nuestros contextos y nos abren los ojos, y por las manos de nuestras comunidades cristianas, religiosas y laicas que nos empujan y nos permiten también descansar.

En este caso, en el icono del ciego de Betsaida no vamos a buscar a nadie con quien compararlo sino con nosotras mismas. Nosotras, las que estamos aquí, como muestra de la vida religiosa de hoy en España, queremos pasar por la vida con los ojos abiertos por Dios para ver a Cristo en los más oprimidos y en los que carecen de importancia para la sociedad. Creemos para poder ver, no para cerrar nuestros ojos al mundo. Creemos para poder ver y soportar y asumir lo que vemos. Queremos estar atentas para no confundir a los hombres con árboles, para vivir despiertas y en discernimiento, para hacer lo debido en el momento debido.

Hoy desde nuestros grandes místicos, y desde los iconos de Jeremías, de Rebeca y la mujer cananea y del ciego de Betsaida os invito a vivir siendo místicas de ojos abiertos, **mesiánicamente, con los ojos abiertos al futuro de Dios en el mundo**, es decir, tensando nuestra atención para descubrir la presencia de Dios en nuestra vida, en nuestra sociedad y en nuestra tierra. Ojalá fuéramos capaces de ser discípulas de Jesús así de esta forma.

El anaquel

Los acontecimientos de la vida, ¿nos evangelizan?³

Bonifacio Fernández, cmf

La vida de las personas en el tiempo está hecha de continuidad y discontinuidad, de repetición y novedad. En la cultura actual se acentúa que la vida acontece. Estamos hechos de cambio y de permanencia. Aprendemos y desaprendemos. Los pensamientos, los sentimientos, las sensaciones físicas son mutables. La vida está entrelazada de acontecimientos, que pueden ser personales o sociales, simples o complejos. En el contexto social de muchos de religiosos y religiosas está aconteciendo una gran crisis económica y social. Muchos no ven futuro y luchan por sobrevivir. Hay indignación y decepción. Existe mucho dolor y desesperanza. ¿Cómo nos afectan estos acontecimientos de la vida actual a los cristianos? ¿Qué nos enseñan a los religiosos y religiosas? ¿Cómo nos evangelizan?

Para elaborar los acontecimientos es conveniente tener en cuenta estos siete pasos:

I. Dan que sentir. Es éste un primer nivel en el que las personas se ven afectadas por la realidad de los acontecimientos. Los sentimientos son muy personales; pero también se socializan. Perder el trabajo es fuente de mucha angustia; ser desahuciado de la vivienda produce desesperación. Hay muchas personas irritadas, indignadas. Necesitan expresar y desahogar su descontento haciéndolo visible. Es importante la toma de conciencia al hilo de la preguntas como estas: ¿Cómo me llega ese clamor de las personas más afectadas? ¿Siento

³ En *Vida Religiosa*, Diciembre 2012.

empatía con esos sentimientos sociales o me aílo para no sufrir? ¿Me dejo afectar o me protejo del sufrimiento? ¿Conozco ese sufrimiento de primera mano?

2. Dan que pensar. Los acontecimientos que afectan la vida de muchos millones de personas son un aldabonazo al pensamiento. ¿Cómo es posible esto? ¿Qué está pasando? Preguntas y preguntas. El pensamiento busca explicaciones para encontrar soluciones. Las busca en la economía, en la política, en la moral. Necesita saber y entender qué es lo que está pasando. ¿Por qué razones ha surgido esta crisis económica y social? ¿Quién la ha provocado? ¿Quién se beneficia de ella? ¿Quién maneja el gran ídolo de “los mercados”? ¿Por qué siempre toca sufrir las consecuencias más fuertes a los más débiles? Los hechos dan qué pensar. Es difícil aclararse. En las comunidades y grupos cristianos hay distintas interpretaciones. Pero no se puede renunciar a pensar críticamente.

3. Dan que hacer. Y hay actores visibles en el manejo de la crisis. Toman las decisiones que les parecen acertadas. Se someten a las críticas y los desgastes del descontento. Pero los problemas colectivos requieren soluciones colectivas. Todos estamos llamados a hacer algo para aliviar el sufrimiento. La solidaridad tiene muchas formas. Y todas importantes. Pero eso no es suficiente. La situación de crisis es la oportunidad de una catarsis colectiva. Se necesita una verdadera conversión. Necesitamos todos ser más responsables y honestos en el trabajo, más eficientes y justos. Vivir a costa de los demás es una gran inmoralidad. Es claro que todo el mundo quiere vivir mejor. Pero la verdadera cuestión es: Ese vivir mejor, ¿nos va a hacer más felices? ¿Nos está haciendo más humanos?

4. Dan que decir. Son momentos para las palabras moralmente autorizadas: pero también para las pequeñas palabras de la opinión publicada. Hay quien está echando mucho de menos una palabra de orientación por parte del magisterio eclesial. La verdad es que resulta muy difícil decir una palabra no solo de crítica sino también de orientación y de esperanza. Parece necesario insistir en que la responsabilidad es colectiva, aunque en desigual medida. No ayuda mucho demonizar a los otros. En cambio, ayuda y nos ayuda hablar con hechos de amor cristiano. ¿No tenemos los religiosos más recursos para ponerlos al servicio de los que pasan necesidad? ¿Nos sentimos llamados a compartir nuestros bienes, tiempo, recursos con los más necesitados? La crisis está gritando a todos el valor de la honestidad, de la austeridad, de la responsabilidad. ¿Lograremos aprender aunque sea a regañadientes? La verdad es que la crisis actual es una potente e insistente llamada a la conversión personal y pastoral.

5. Dan que soñar. Dan que soñar un mundo distinto. Se necesita un cambio. Es posible. No podemos seguir así. Se ha llegado a ese punto de la crisis por causas y acciones u omisiones que son constatables. No es el efecto del destino. De poco sirve echar las culpas a algunos y convertirlos en chivos expiatorios. Es preferible la mirada hacia adelante. Buscar la salida; vislumbrarla y empezar a trabajar en esa dirección. Frecuentar la esperanza y la confianza es siempre un factor de vida y de futuro. No se trata de huir hacia adelante, sino de levantar la cabeza.

6. Dan que recordar. Recuerdan que se puede vivir de otra manera; que los deseos son insaciables; y que la ambición de tener más y vivir mejor puede convertirse en un espejismo que no deja ver la realidad como es. Hay muchas cosas que son prescindibles. La mayoría de la humanidad vive sin ellas. Y no está demostrado que no se puede ser feliz con menos. Las comunidades religiosas están llamadas a ser la memoria viviente de esto. Y siendo memoria viva, personal y colectiva, pueden mostrar su vigencia en el presente. Hace ya unos años en el Congreso de la Vida Consagrada tenido en Roma se popularizó, como expresión de la vida consagrada en el momento actual, el icono del samaritano y la samaritana. Se nos proponía una forma de vida apasionada por Dios y compasiva con la humanidad herida. No nos imaginábamos entonces hasta qué punto la humanidad puede estar herida incluso allí donde parecía que ya había curado grandes males. Tal vez nunca la parábola del samaritano tuvo tanta actualidad. La cuestión es cómo están reaccionando las comunidades de vida evangélica, como el sacerdote, como el levita, como el samaritano de la parábola evangélica.

7. Dan que proyectar. Aprender de los acontecimientos de la vida es proyectar el futuro, de suerte que no se repitan los sufrimientos vividos. Los hechos negativos de la vida llevan a una mejor previsión. Podemos aprender de ellos. Están llamados a ser grandes maestros en la construcción de una nueva cultura. El proyecto colectivo de vida tiene que moverse por otros valores morales y espirituales. La entrada en el futuro no puede estar guiada por la ambición y el despilfarro. Los valores evangélicos y el ejemplo de Jesucristo siguen siendo, sin duda, buenos acompañantes hacia un futuro más humano de toda la humanidad.

Antropología pneumática

Víctor Codina

La antropología teológica se ha elaborado en los últimos años fundamentalmente desde la cristología. El presente texto ofrece algunos elementos para completar esta visión cristológica de la antropología con la perspectiva de la pneumatología, mostrando la dimensión humanizadora del Espíritu.

I. Antropología teológica

Una antropología teológica implica elaborar un pensamiento antropológico no simplemente filosófico o científico, sino desde la Palabra de Dios, la fe, la revelación y la tradición de la Iglesia. Este era el objeto del clásico tratado de *Deo creante et elevante (de gratia)*, que ahora se llama *Antropología teológica*.

Teóricamente, una antropología teológica se puede desarrollar desde una triple clave teológica: desde el Dios creador, desde Cristo y desde el Espíritu. Veamos lo que implica cada una de estas perspectivas teológicas.

Desde el Dios creador

Muchas veces, en la teología anterior al Vaticano II, la antropología se inscribía en el marco de la creación de la nada (*ex nihilo*) y aparecía como obra del Dios Padre todopoderoso y omnipotente, pero ordinariamente reconociendo al Creador atributos más filosóficos que teológicos: el Dios uno, todopoderoso, que crea como causa primera incausada, el acto puro. De todo ello se deduce la contingencia humana y la dependencia del Creador, con una religación causal y permanente.

La imagen de la creación de Adán de la Capilla Sixtina puede simbolizar esta mentalidad filosófico-teológica: un hombre joven, desnudo, tendido en la tierra, recién amanecido a la vida, gracias al dedo de un Dios todopoderoso y fuerte que se aleja de él y le deja solo y abandonado a su propia suerte. Este Dios parece ser una mónada solitaria, poderosa y lejana, que muchas veces produce en la criatura

una sensación de impotencia que incluso puede desembocar en un rechazo y una autodivinización narcisista.

La antropología teológica actual es mucho más bíblica, y en ella el ser humano -hombre y mujer- aparece creado a imagen y semejanza de Dios y cobra vida bajo el soplo del aliento divino, de la *ruah*. Y ahí radica su dignidad humana. Esto ha llevado a desarrollar una teología de la imagen y semejanza, en sintonía con la patrística oriental, pero que quizás es todavía poco trinitaria, pues aparece más ligada al poder omnipotente del Dios Creador que al amor del Padre, que en el Hijo y el Espíritu comunica su vida y busca la comunión.

En Cristo

Por esto, la visión creacional clásica necesita ser completada con una visión más cristológica. Cristo es la verdadera imagen del Padre, hemos sido creados en Cristo, a imagen de Cristo, el verdadero *pantokrátor* que nos abraza en su amor omprehensivo, somos imagen de la imagen, desde Cristo conocemos al hombre. Cristo es el hombre en plenitud (*iecce homo!*). Antropología y cristología están estrechamente unidas, la antropología es una cristología deficiente y la cristología es origen fontanal y término de la antropología, el hombre es esbozo de Cristo, “el hombre es lo no-Dios que puede ser auto-exteriorización de Dios y posible hermano de Cristo”, es “el otro modo de ser Dios mismo” (K. Rahner).

De ahí se sigue el ideal de asemejarse a Cristo, de la imitación de Cristo (Kempis), del seguimiento de Jesús (Ejercicios Espirituales ignacianos), con el riesgo de un cierto moralismo voluntarista si no se completa pneumatológicamente. ¿Por qué seguimos a Jesús? Si no queremos caer en un jesuanismo corto, como dice K. Rahner, hemos de reconocer que seguimos a Jesús porque él nos comunica la vida divina, el Espíritu. Sin pneumatología, no hay cristología, ni vida cristiana, ni seguimiento de Jesús. Toda cristología debe ser pneumatológica.

Hoy día se pide la elaboración de una cristología que relacione a Cristo con el Espíritu. La vida cristiana, como afirma Benedicto XVI en *Deus caritas est*, nace del encuentro con una Persona, que nos da un nuevo horizonte y una orientación decisiva en la vida. Este encuentro con Cristo es el comienzo de una vida nueva en Cristo, por el Espíritu.

En el Espíritu

La misteriosa *ruah* que aparece desde Gn 1,2, juntamente con la Palabra creada, aleteando y dando vida en medio del caos inicial, está también presente en la creación del hombre en el segundo relato yahvista de la creación (Gn 2,3). Aliento vital y Palabra están estrechamente unidos. La *ruah* significa aliento, viento, vitalidad, energía vital, ánimo, capacidad, que se manifiesta en respirar, a veces en jadear, en respirar fogosamente como en el parto. Su género femenino en hebreo posiblemente esté ligado a la capacidad de engendrar vida (la Iglesia sirio-armenia desarrolla esta dimensión femenina del Logos), mientras que cuando significa un viento huracanado destructor, es del género masculino.

La *ruah*, con el tiempo, se interpretará como el Espíritu de Yahvé y el credo niceno-constantinopolitano, a partir de la doxología litúrgica eclesial, definirá el Espíritu como Señor, Kyrios (es decir, Espíritu de Dios, inmanipulable: 2Cor 3,17; dador de vida, vivificador: Jn 6,63), que habló por los profetas (dimensión histórica del Espíritu: 2 Pe 1,21) y que es glorificado juntamente con el Padre y el Hijo (doxología, aspecto de comunión, homotimia). Este Espíritu es el que suscitó en Israel personajes carismáticos y salvadores del pueblo. La salvación que Jesús nos trae se define como fruto del Espíritu y por esto, desde la pneumatología, el seguimiento de Jesús se convierte en una “vida en Cristo”, una vida “en y según el Espíritu”, una nueva criatura nacida del Espíritu, que vive la filiación y puede llamar a Dios Abba-Padre. Este Espíritu es la forma de actuar del Señor exaltado, es distinto de Cristo, permanece en comunión trinitaria con el Padre y el Hijo. Este Espíritu solo es experimentable

por sus dones y frutos. Se ha dicho que no es “sustantivo”, sino “verbo”, es decir, dinamismo, vida, acción.

II. Diferentes pneumatologías configuran diferentes antropologías

Antes de intentar diseñar las líneas de una antropología pneumática o espiritual, hemos de clarificar las diferentes visiones teológicas sobre el Espíritu Santo existentes en la Iglesia.

Filioquista

En la postura típica de Juan, que la Iglesia latina ha desarrollado preferentemente, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Este es el origen bíblico del clásico *Filioque*, que fue añadido al credo niceno-constantinopolitano por la Iglesia latina, lo cual produjo una reacción contraria en la Iglesia de Oriente, porque creía que el Espíritu quedaba postergado y excesivamente supeditado al Hijo, mientras que la paternidad del Padre quedaba disminuida, porque se afirmaba que el Espíritu procedía del Padre y del Hijo como de un único principio.

En esta visión pneumatológica, la Palabra precede al Espíritu, el Espíritu es el don pascual del Resucitado (Jn 20), pues antes de su glorificación no había Espíritu (Jn 7, 39), el Hijo viene al mundo y se encarna para darnos el Espíritu, Jesús da el Espíritu sin medida (Jn 3, 34), este Espíritu será el otro Paráclito (Jn 14,16), que enseñará y recordará el mensaje de Jesús (Jn 14,26), dará testimonio de él (Jn 15,26), convencerá al mundo de la culpa (Jn 16,7-11), llevará a los suyos a la verdad plena y glorificará al Hijo (Jn 16,13-15). Según Juan, el espíritu que Jesús emite al morir en la cruz significa mucho más que la entrega de su aliento vital en la muerte (Jn 19,30), representa el don del Espíritu pascual a la humanidad, que acontece cuando Jesús es elevado y exaltado en la cruz.

Esta dimensión histórico-salvífica de Cristo como donador del Espíritu manifiesta claramente, en su expresión de la Trinidad “*ad extra*” (la llamada Trinidad económica), la dimensión de la Trinidad “*ad intra*” (o Trinidad inmanente): en la Trinidad inmanente, el Espíritu procede del Padre y del Hijo, es el lazo de comunión que une a ambos, es el amor trinitario, es la caridad, el don, la *communio*.

Esta visión, teológicamente correcta y plenamente ortodoxa, forma parte de la fe y de la tradición de la Iglesia y ha sido desarrollada ampliamente por Agustín, para quien el Hijo nace del Padre por el conocimiento, mientras que el Espíritu es el amor que une al Hijo con el Padre. Pero esta concepción teológica tiene el riesgo de desembocar en un encubierto *crismomonismo* (usando la expresión acuñada por Nikos Nissiotis) si no se complementa con otras visiones del Espíritu.

No es casual que Tomás de Aquino llegue a afirmar que es igual error negar el *filioque* que cuestionar la autoridad del Vicario de Cristo sobre la Iglesia universal, pues en ambos casos el Espíritu está ligado al poder divino de Cristo, y el Vicario de Cristo es causa instrumental de la donación del Espíritu en la Iglesia. Esto conduce a un cierto eclesiocentrismo: la Iglesia, sobre todo la jerárquica que representa a Cristo, es la que posee el Espíritu y lo comunica a los fieles por la Palabra y los sacramentos. De ahí nace también una antropología teológica descendente, que ilumina la realidad humana desde Cristo, desde la fe se entiende al hombre, una antropología más bien estática, que parte de la luz de la fe para juzgar la realidad, sin antes haber agotado su conocimiento, que puede llevar a una visión poco respetuosa de la autonomía de la realidad.

Una pneumatología sesgadamente filioquista puede generar una antropología más centrada en la sumisión a la jerarquía que abierta al profetismo del Espíritu, más obediente que creativa y libre, más sumisa y discente que sujeto activo que, por la unción del Espíritu y su profundo sentido de la fe, acoge personalmente, intuye, es capaz de innovar y de ser un lugar teológico verdadero, junto a la Escritura y a la Tradición, en la línea del *sensus fidelium* de LG 12.

Lo positivo de este enfoque joaneo-paulino es reconocer la dimensión cristológica, eclesial y sacramental de la gracia y del Espíritu, frente a toda tentación espiritualista, iluminista, entusiasta,

subjetiva e intimista de la salvación. En lenguaje de Ireneo: la mano del Espíritu es inseparable de la mano del Hijo, ya que ambas manos crean al hombre y lo conducen a la *koinonía*.

Esta postura filioquista recalca la dimensión encarnatoria, mediada, nazarena de la salvación, de la humanidad de Dios, como fruto de la presencia del Espíritu, pero parece limitar otras dimensiones carismáticas y no institucionales de la Iglesia: el Espíritu llena el universo, desborda la Iglesia visible, actúa misteriosamente en quienes no son cristianos (GS 22).

Spirituque

Esta expresión afirma que no solo el Espíritu procede del Padre y del Hijo, sino que el Hijo nace del Padre en el Espíritu, *Spirituque*, el Espíritu está al comienzo y al final de la vida trinitaria, no es solo el tercero y último. Siguiendo a Basilio, para quien el Espíritu es el Aliento de la boca de Dios (Sal 33,6) que procede del Padre, se afirma que el Espíritu acompaña a la Palabra, descansa en la Palabra, manifiesta la Palabra.

Esta es la línea seguida por los sinópticos y en especial por Lucas en su Evangelio y en los Hechos. El Espíritu es precursor de Cristo. Si Cristo resucitado puede comunicar el Espíritu, es porque él mismo ha sido generado y constituido pneumatológicamente en su concepción en el seno de María, en el bautismo, durante toda su vida y finalmente en su resurrección. Si Jesús es la mediación del Espíritu, es porque él mismo ha sido ungido por el Espíritu en el bautismo y por eso comienza a predicar la buena nueva a los pobres (Lc 4,14-21).

El Espíritu transformará la cruz en fuente de vida. Esta presencia y acción del Espíritu en Jesús es claramente afirmada por los padres de la Iglesia oriental, concretamente por Basilio: “La venida de Cristo: el Espíritu le precede. La encarnación: de ella es inseparable el Espíritu. Las acciones milagrosas, los carismas de curación: se dan por medio del Espíritu. El diablo es rechazado, ante la presencia del Espíritu. La redención de los pecados se da en la gracia del Espíritu”.

El Espíritu convierte a Jesús en un ser relacional, en comunión con el Padre y con la humanidad, con los suyos, con su Iglesia, cuyo corazón es la eucaristía. Por el Espíritu, Jesús asume una personalidad corporativa y lo introduce también en comunión con el cosmos, ya que él es alfa y omega de la creación, primogénito de la vida nueva de los resucitados. El Espíritu es quien hará nacer la Iglesia en Pentecostés, el que guía la historia de la humanidad, el que produce en el ser humano la apertura al misterio, a la trascendencia, el llamado “existencial sobrenatural” es la huella del Espíritu en el ser humano. Podemos afirmar que expresiones como salvación, Reino de Dios, la autocomunicación de Dios, la gracia, el amor, el nuevo nacimiento, la filiación, la liberación del pecado y de la muerte, la comunión (*koinonía*), la divinización, no son más que formas diversas para expresar la presencia viva del Espíritu en nuestras vidas y en la historia.

Si conocemos la Trinidad inmanente a partir de la Trinidad económica, entonces es claro que la presencia del Espíritu, tanto en la encarnación como en el bautismo y en la resurrección de Jesús, nos está revelando que en el misterio intratrinitario de Dios el Hijo es generado no solo por el Padre, sino por el Padre y el Espíritu, *Spirituque*. En esta concepción, el Espíritu se halla presente junto al Padre en la misma filiación eterna del Hijo, en la generación del Hijo, la cual no es únicamente fruto del conocimiento del Padre, sino del amor, del Espíritu. El aliento divino, la *ruah*, no solo está al término, sino al comienzo. Por el Espíritu, el Padre engendra al Hijo por el amor y lo resucita por el amor, es decir, en el Espíritu.

El Padre habla, el Hijo es la Palabra, pero el Espíritu es el aliento vital, el soplo que hace audible la Palabra. Así se puede dar una perfecta interrelación y *pericoreosis* entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, sin relegar al Espíritu a un tercer lugar, sino mostrando que ambos, las dos manos del Padre, en él tienen su origen, tienen igual dignidad divina en medio de la diferencia personal de cada uno. En esta visión teológica el Espíritu es fuente de la cristología. En este sentido, toda cristología es pneumatológica, pues Jesús de Nazaret es el ungido por el Espíritu, constituido así Mesías y Cristo.

Esta pneumatología que precede a la cristología nos lleva a una antropología ascendente, abierta, dinámica, que parte de la realidad de abajo, humana e histórica, que está movida e inspirada por el Espíritu, anteriormente al acceso a la Palabra. Es una perspectiva más misionera, más aristotélica que platónica, que respeta la autonomía de la creación en la que la razón se abre a la fe, una visión ligada a GS que concede una cierta prioridad a la comunidad o Iglesia local sobre la universal.

Pero el riesgo de esta postura es caer en un espiritualismo desencarnado olvidando que el Espíritu tiene una estructura cristológica como origen y fin. Por esto, ambas perspectivas, la sinóptica y la joaneo-paulina, la del *Filioque* y la lucana del *Spirituque*, deben complementarse dialécticamente: el Padre engendra al Hijo en el Espíritu

y el Hijo en comunión amorosa con el Padre emite el Espíritu. Hay *pericoreisis*, comunión, inter-compenetración, *circumincisión*. Así el Espíritu siempre será el Espíritu de Jesús, las dos manos del Padre son inseparables, filiación y procesión coexisten eternamente, en igualdad y reciprocidad mutua de comunión, la fuente última es el Padre, cuya esencia paternal es engendrar infinitamente al Hijo infinito, en el Espíritu.

La antropología descendente filioquista se debe complementar con la antropología ascendente spirituquista e integrarse en una comunión pericorética de amor y de vida.

III. Rasgos de una antropología pneumática

En la creación de Adán de la Capilla Sixtina no aparece la presencia vivificadora del Espíritu, a no ser que este “dedo de Dios” que se acerca a Adán significara el Espíritu.

La antropología teológica solo puede desarrollarse coherentemente desde una cristología que asuma la pneumatología, que no prescinde de la realidad antropológica humana, sino que la presupone y parte de ella, pues la gracia presupone la naturaleza, en expresión tomista. Invita a una actitud responsable y libre de las personas que acogen el don del Espíritu de forma creativa. Pero una antropología teológica tiene elementos que claramente provienen de la fe en la Iglesia y que iluminan el ser y el actuar humano.

Para clarificar, resumiremos lo insinuado en unas diez tesis fundamentales.

El Espíritu es el Espíritu creador de nuestra vida humana

El himno medieval *Veni Creator Spiritus* presupone algo que reconocen la teología y la ciencia de hoy: la hominización es fruto de un largo proceso cósmico, de una lenta y millonaria evolución de la vida. Para la tradición judeocristiana, al comienzo de esta lentísima explosión de vida en nuestro cosmos está la *ruah*.

Pero la Escritura no solo habla de la *ruah* que aletea sobre al caos primitivo, sino que, mientras en el primer relato de la creación se dice que Yahvé crea al hombre a su imagen, varón y mujer, en el segundo relato se concreta diciendo que Yahvé sopla sobre el Adán formado de la tierra y le confiere vida en comunión varón-mujer, de modo que en la creación humana actúa el Espíritu, que es el dador de toda vida. El Espíritu es Espíritu de la alteridad y pide respetar todas las diferencias entre el varón y la mujer. El alejamiento actual de la Iglesia por parte de muchas mujeres cristianas está ligado a esta antropología patriarcal y a sus consecuencias teológicas, eclesiales, morales, espirituales, etc. Y, al revés, una lectura de la realidad antropológica y teológica “con ojos de mujer” nos está abriendo la mirada a realidades nuevas.

El Espíritu integra el dualismo cuerpo/alma

El Espíritu une al ser humano, superando todo dualismo (cuerpo/alma, corporal/espiritual), de modo que tanto la dimensión de *basar* (que le une a la realidad de su pueblo y a los demás seres humanos) como el *nefes* (su dimensión de apertura y tendencial) están trascendidas y unificadas por la *ruah*.

En la Iglesia ha predominado a lo largo de los siglos una visión muy pesimista sobre el cuerpo, la sexualidad, el matrimonio, con muchas consecuencias negativas, tanto espirituales como morales. Podemos preguntarnos si el haber ligado obligatoriamente el celibato al ministerio sacerdotal en la Iglesia latina no está influenciado por un cierto dualismo antropológico que une la sexualidad con impureza y alejamiento de Dios. Para muchos cristianos la visión helénica de la inmortalidad del alma prevalece sobre la idea bíblica de la resurrección de la carne, que nace de la Pascua de Jesús y que el credo une estrechamente a la fe en el Espíritu Santo: “Creo en la resurrección de la carne”. La dimensión del cuerpo espiritual de Jesús resucitado se ha olvidado con frecuencia, lo cual no ayuda a una espiritualidad que intente anticipar ya ahora una transfiguración, aunque sea parcial, del cuerpo y de los sentidos, y una espiritualización de la corporalidad humana.

El Espíritu nos hace personas

El Espíritu es quien nos hace personas y nos introduce en la comunión, nos hace seres en relación, nos abre a una posibilidad de comunión divina, humana y cósmica. No somos simplemente individuos que participamos de una misma naturaleza humana destinada a la muerte, somos personas, a imagen de la Trinidad, por el Espíritu de comunión. La persona no se concibe a sí misma como autoexistencia, sino como apertura extática a la comunión.

Por eso mismo el ser humano es una persona misteriosa, apofática, cuyo núcleo último ontológico de dignidad, libertad y creatividad lo hace sujeto de derechos humanos, alguien invulnerable y respetable, nunca manipulable, no es una máscara, sino una persona que participa y refleja, aunque sea analógica y débilmente, el misterio personal de la Trinidad que los primeros concilios definieron.

El Espíritu, además, nos hace personas diferentes. En un mundo en donde la diversidad cultural, racial y religiosa se ha convertido en oposición, conflicto y motivo de violencia, una antropología del Espíritu, nos ayuda a ver la diversidad como riqueza y complementariedad, reflejo de la pluralidad en la Trinidad.

El Espíritu nos hace libres

El Espíritu está estrechamente ligado a la libertad antropológica fundamental. La persona actúa según su propia conciencia y libre elección, por convicción interna y personal, no bajo coacción de un ciego impulso interior o exterior (GS 17).

De ahí nace la grandeza y tragedia humana, porque somos capaces de obrar el bien y de apartarnos de él. De aquí emana la posibilidad de la santidad y del pecado. Es el Espíritu el que nos hace libres y nos impulsa desde dentro a que actuemos según el proyecto de Dios, refuerza nuestra débil voluntad, nos inspira, anima, ilumina. Los clásicos 7 dones del Espíritu que la teología espiritual ha desarrollado a partir de Is 11 no son más que ayudas del Espíritu a nuestra libertad. La tradicional doctrina de la discreción de espíritus es una invitación a que sepamos actuar según el Espíritu y no nos dejemos engañar por todo lo que lleva a la muerte (Gal 5,18-25).

El Espíritu es Espíritu de libertad no solo para elegir cosas sino para configurarse con Cristo, vivir en Él y revestirse de Él, ser su imagen viva y testimonial en el mundo.

El Espíritu nos abre a la comunión humana

El Espíritu nos capacita para amar, nos abre a la fraternidad, a la solidaridad. Cuando Pablo VI reconoció que el ideal de la Revolución francesa, “libertad, igualdad y fraternidad”, a pesar de todas sus ambigüedades y excesos cometidos, era profundamente evangélico; en el fondo, reconocía que el Espíritu estaba impulsando aquellos ideales profundamente humanos. La acción del Espíritu es personalizadora, relacional y comunitaria.

El Espíritu nos abre a la comunión con toda la creación

La creación humana se inscribe al final de un proceso cósmico de millones de años que culmina con la aparición del ser humano. Una interpretación sesgada y errónea de Gn 1,28 ha llevado a la conclusión que el ser humano puede dominar y enseñorearse de la tierra, lo que ha conducido al abuso y explotación del universo y al desastre ecológico que padecemos actualmente. Una recta exégesis del texto bíblico (*kabash*) nos ofrece una versión diferente: a la persona humana le corresponde habitar la tierra, guardarla y cultivarla, respetarla, hacerla habitable. La tierra es de Dios. Ha sido el individualismo moderno e ilustrado de occidente, la ideología del progreso material indefinido y de la explotación mercantilista de la tierra con fines de lucro, lo que ha corrompido y pervertido esta visión primigenia de la tierra como sacramento de Dios, con la cual hemos de estar en relación de comunión, no de explotación.

El Espíritu nos posibilita nacer de nuevo

El ser humano no solo es débil, frágil, contingente, abocado a la muerte, precario, capaz de pecar, de apartarse de la comunión y de idolatrar a otros seres creados que finalmente se convierten en dioses asesinos que llevan a la muerte, sino que también es capaz de convertirse, ser recreado y nacer de nuevo por el Espíritu.

Esta misteriosa apertura al Espíritu acontece sacramentalmente en el bautismo cristiano, donde se revela por la fe lo que sucede en todo ser humano que se abre al Espíritu de Dios. El bautismo nos hace pasar sacramentalmente del ser biológico individual, destinado a la muerte, al ser personal, con identidad comunitaria, y todo ello por el Pneuma; nuestra vida pasa de *bios* a *zoé*. Por esto, el bautismo es un nuevo nacimiento, porque el Espíritu nos inserta en el Hijo de Dios y nos hace entrar en comunión con los hermanos en la Iglesia y la historia. La existencia humana por el bautismo se vuelve “ser eclesial”, se convierte en persona escatológica y orientada a la eucaristía, a la *koinonía*. La unción de Jesús por el Espíritu nos posibilita llamar a Dios “Abba”.

El Espíritu nos abre a la comunión eclesial

La persona bautizada es un ser eclesial en relación con la comunidad nacida de la fe y del bautismo, una comunidad que nació en Pentecostés y que prosigue en la historia el camino de Jesús de Nazaret, su anuncio del Reino, su Evangelio, su poder de perdonar y de liberar del mal, su esperanza de una vida sin fin, en comunión con la vida del Espíritu de Jesús. La existencia humana se vuelve hipóstasis eclesial orientada a la escatología a través de la eucaristía, que es fármaco de inmortalidad (Ignacio de Antioquia).

El centro de la Iglesia es un acontecimiento de comunión, la eucaristía, fruto de la invocación del Espíritu en memoria de la Pascua de Jesús. Dentro de esta apertura del Espíritu a la comunidad eclesial debería colocarse la cuestión de la renovación carismática católica y del pentecostalismo evangélico.

Se trata de un fenómeno amplio, nuevo y complejo, que hay que discernir, pues si por una parte puede derivar en alienación y sentimentalismo afectivo y no oblativo, en show y

psicología de masas que busca una compensación individual a un mundo materialista y cruel, por otra parte, puede ser expresión de la fe de los pobres, de las mujeres, de los marginados, que recuperan su palabra en la Iglesia y que experimentan positivamente la acción del Espíritu en su conversión a una vida nueva.

El Espíritu nos abre a la comunión con la historia

El Espíritu que ungió a Jesús en el bautismo es el mismo que impele a la persona a configurarse con Cristo. Es una llamada a construir la comunidad humana en un mundo justo y fraterno, que respete la tierra y toda la creación como obra del Espíritu creador. Es necesario un discernimiento de los signos de los tiempos en la historia reconociendo que el Espíritu actúa desde abajo, muchas veces en medio de la opacidad del pecado. Querer ver una acción pura del Espíritu en la historia (y en la Iglesia) es ilusión, pues el Espíritu, a diferencia del Hijo, no se encarna en nadie. Habrá que ver si estos signos históricos están en sintonía con la vida de Jesús de Nazaret: anonadamiento (*kénosis*), servicio (*diakonía*), comunión (*koinonía*). Necesitamos invocar al Espíritu continuamente y discernirlo. Según algunos códices antiguos, en el Padre nuestro, en vez de “venga a nosotros tu Reino” se decía “venga a nosotros tu Espíritu”.

En un mundo abocado al caos y la muerte, el Espíritu es fuente de vida y esperanza

Todo lo anterior podría resultar excesivamente idealista si dejamos de lado las dimensiones negativas de nuestra libertad y de la misma creación. Hay pecado personal y social, violaciones, violencia, guerras, injusticias. Existen terremotos, tsunamis, huracanes y sequías. Estamos abocados al caos y a la muerte. Frente a esta realidad, el Espíritu de vida se convierte en un principio humanizador y esperanzador en cuanto nos ofrece perdón y reconciliación en Cristo, nos abre a una esperanza de una vida que vence a la muerte por la gracia de la resurrección de Jesús y del Espíritu pascual que es capaz de hacer pasar del pecado a la reconciliación, de la muerte a la vida en comunión con el Señor. Si Cristo nos salva de algo, es de la muerte, entendida esta como la vuelta al no-ser.

Poseer el Espíritu significa comenzar a gozar de la plenitud humana escatológica, comenzar a vivir ya ahora la resurrección de modo simbólico-sacramental, pero real. No es casual que la resurrección de la carne y la vida eterna se sitúen en el tercer artículo del credo, en nuestra fe en el Espíritu.

El signo más claro de la presencia del Espíritu en nosotros es ver si nos asemeja a la vida y opciones de Jesús de Nazaret. En Jesús, en su misterio de cruz y resurrección se disciernen los espíritus.

IV. A modo de conclusión

Vivimos en un mundo profundamente polarizado y convulsionado social, políticamente y a nivel de pensamiento, de humanismos y de ideologías. En muchos cristianos se ha ido pasando del “Cristo sí, Iglesia no” al “Dios sí, Cristo no”, para luego seguir afirmando “religión sí, Dios no”. Y, finalmente, “religión no, espiritualidad sí” (J. B. Metz). Existe una polarización entre una espiritualidad íntima, más o menos vaga y esotérica, y una fe cristiana histórica, vivida en comunidad eclesial. Hay también tensión entre divinización y humanización, entre una antropología pneumática y una antropología cristológica.

Sin Espíritu la vida humana está destinada a la muerte, la historia solo produce cadáveres, la creación se destruye y se consume lentamente. La misma vida cristiana sin Espíritu deviene moralismo, legalismo y autoritarismo en una Iglesia que no va más allá de ser una institución más. Si somos seres humanos y la vida tiene un sentido, si hemos sido creados en Cristo, si la vida cristiana es no solo imitación, sino seguimiento de Cristo, si los sacramentos nos configuran con Cristo en la Iglesia, si existe perdón de los pecados y liberación del poder del maligno, si por Cristo llegamos al Padre, si esperamos la resurrección de la carne y una tierra nueva, si tenemos vida divina y esperanza futura, todo ello es por el Espíritu, con el Espíritu y en el Espíritu. Espíritu que es el Espíritu de Jesús y del Padre. Es Jesús, el que ha nacido por obra del Espíritu y ha sido resucitado por el Espíritu, el que se ha convertido en nuevo Adán vivificante, dador de vida, modelo de auténtica humanidad, el que a través del don del Espíritu nos humaniza verdaderamente al hacernos hermanos suyos e hijos del Padre. Entre divinización y humanización no hay contradicción. Precisamente por Cristo y por el Espíritu somos verdaderamente humanos. La gloria de Dios se manifiesta en la vida humana, pero esta vida no se agota en las coordenadas espacio-temporales de nuestra historia, sino que, gracias al Espíritu de Jesús, se abre al misterio eterno de la comunión trinitaria (GS 22). Tampoco debería haber contradicción entre Cristo e Iglesia, porque la Iglesia es la comunidad y el cuerpo de Cristo, aunque en realidad tengamos la experiencia de una Iglesia pecadora y muchas veces infiel al Señor. En América Latina, la irrupción de los pobres, de los indígenas y afros, de las mujeres y los jóvenes en la sociedad y en la Iglesia, Medellín, las CEB, los obispos defensores de los pobres y verdaderos Santos Padres de la Iglesia latinoamericana, el diaconado permanente, la inserción de la vida religiosa entre los pobres, las teologías (de la liberación e india), la teología feminista y la ecológica, los mártires, la fe del pueblo sencillo son un signo claro de la presencia del Espíritu del Señor en nuestro continente y una llamada a defender la vida amenazada. Como afirma Teresa de Lisieux: todo es gracia, es decir, todo es don y presencia del Espíritu vivificante, que con el Padre y el Hijo es juntamente adorado y glorificado.

¿Es el papa Francisco una paradoja?

Hans Küng

Jorge Bergoglio ha despertado la esperanza de que otra Iglesia católica es posible. Su estilo al asumir el pontificado, su lenguaje y su decisión de hacerse llamar Francisco remiten a la pobreza, humildad y sencillez que predicaba Francisco de Asís.

¿Quién lo iba a pensar? Cuando tomé la pronta decisión de renunciar a mis cargos honoríficos en mi 85° cumpleaños, supuse que el sueño que llevaba albergando durante décadas de volver a presenciar un cambio profundo en nuestra Iglesia como con Juan XXIII nunca llegaría a cumplirse en lo que me quedaba de vida.

Y, mira por dónde, he visto cómo mi antiguo compañero teológico Joseph Ratzinger —ambos tenemos ahora 85 años— dimitía de pronto de su cargo papal, y precisamente el 19 de marzo de 2013, el día de su santo y mi cumpleaños, pasó a ocupar su puesto un nuevo Papa con el sorprendente nombre de Francisco.

¿Habrá reflexionado Jorge Mario Bergoglio acerca de por qué ningún papa se había atrevido hasta ahora a elegir el nombre de Francisco? En cualquier caso, el argentino era consciente de que con el nombre de Francisco se estaba vinculando con Francisco de Asís, el universalmente conocido disidente del siglo XIII, el otrora vivaracho y mundano vástago de un rico comerciante textil de Asís que, a la edad de 24 años, renunció a su familia, a la riqueza y a su carrera e incluso devolvió a su padre sus lujosos ropajes.

Resulta sorprendente que el papa Francisco haya optado por un nuevo estilo desde el momento en el que asumió el cargo: a diferencia de su predecesor, no quiso ni la mitra con oro y piedras preciosas, ni la muceta púrpura orlada con armiño, ni los zapatos y el sombrero rojos a medida ni el pomposo trono con la tiara. Igual de sorprendente resulta que el nuevo Papa rehúya conscientemente los gestos patéticos y la retórica pretenciosa y que hable en la lengua del pueblo, tal y como pueden practicar su profesión los predicadores laicos, prohibidos por los papas tanto por aquel entonces como actualmente. Y, por último, resulta sorprendente que el nuevo Papa haga hincapié en su humanidad: solicita el ruego del pueblo antes de que él mismo lo bendiga; paga la cuenta de su hotel como cualquier persona; confraterniza con los cardenales en el autobús, en la residencia común, en su

despedida oficial; y lava los pies a jóvenes reclusos (también a mujeres, e incluso a una musulmana). Es un Papa que demuestra que, como ser humano, tiene los pies en la tierra.

Todo eso habría alegrado a Francisco de Asís y es lo contrario de lo que representaba en su época el papa Inocencio III (1198-1216). En 1209, Francisco fue a visitar al papa a Roma junto con 11 hermanos menores (*fratres minores*) para presentarle sus escuetas normas compuestas únicamente de citas de la Biblia y recibir la aprobación papal de su modo de vida “de acuerdo con el sagrado Evangelio”, basado en la pobreza real y en la predicación laica. Inocencio III, conde de Segni, nombrado papa a la edad de 37 años, era un soberano nato: teólogo educado en París, sagaz jurista, diestro orador, inteligente administrador y refinado diplomático. Nunca antes ni después tuvo un papa tanto poder como él. La revolución desde arriba (Reforma gregoriana) iniciada por Gregorio VII en el siglo XI alcanzó su objetivo con él. En lugar del título de “vicario de Pedro”, él prefería para cada obispo o sacerdote el título utilizado hasta el siglo XII de “vicario de Cristo” (Inocencio IV lo convirtió incluso en “vicario de Dios”). A diferencia del siglo I y sin lograr nunca el reconocimiento de la Iglesia apostólica oriental, el papa se comportó desde ese momento como un monarca, legislador y juez absoluto de la cristiandad... hasta ahora.

Pero el triunfal pontificado de Inocencio III no solo terminó siendo una culminación, sino también un punto de inflexión. Ya en su época se manifestaron los primeros síntomas de decadencia que, en parte, han llegado hasta nuestros días como las señas de identidad del sistema de la curia romana: el nepotismo, la avidez extrema, la corrupción y los negocios financieros dudosos. Pero ya en los años setenta y ochenta del siglo XII surgieron poderosos movimientos inconformistas de penitencia y pobreza (los cátaros o los valdenses). Pero los papas y obispos cargaron libremente contra estas amenazadoras corrientes prohibiendo la predicación laica y condenando a los “herejes” mediante la Inquisición e incluso con cruzadas contra ellos.

Pero fue precisamente Inocencio III el que, a pesar de toda su política centrada en exterminar a los obstinados “herejes” (los cátaros), trató de integrar en la Iglesia a los movimientos evangélico-apostólicos de pobreza. Incluso Inocencio era consciente de la urgente necesidad de reformar la Iglesia, para la cual terminó convocando el fastuoso IV Concilio de Letrán. De esta forma, tras muchas exhortaciones, acabó concediéndole a Francisco de Asís la autorización de realizar sermones penitenciales. Por encima del ideal de la absoluta pobreza que se solía exigir, podía por fin explorar la voluntad de Dios en la oración. A causa de una aparición en la que un religioso bajito y modesto evitaba el derrumbamiento de la Basílica Papal de San Juan de Letrán —o eso es lo que cuentan—, el Papa decidió finalmente aprobar la norma de Francisco de Asís. La promulgó ante los cardenales en el consistorio, pero no permitió que se pusiera por escrito.

Francisco de Asís representaba y representa de facto la alternativa al sistema romano. ¿Qué habría pasado si Inocencio y los suyos hubieran vuelto a ser fieles al Evangelio? Entendidas desde un punto de vista espiritual, si bien no literal, sus exigencias evangélicas implicaban e implican un cuestionamiento enorme del sistema romano, esa estructura de poder centralizada, juridificada, politizada y clericalizada que se había apoderado de Cristo en Roma desde el siglo XI.

Puede que Inocencio III haya sido el único papa que, a causa de las extraordinarias cualidades y poderes que tenía la Iglesia, podría haber determinado otro camino totalmente distinto; eso habría podido ahorrarle el cisma y el exilio al papado de los siglos XIV y XV y la Reforma protestante a la Iglesia del siglo XVI. No cabe duda de que, ya en el siglo XII, eso habría tenido como consecuencia un cambio de paradigma dentro de la Iglesia católica que no habría escindido la Iglesia, sino que más bien la habría renovado y, al mismo tiempo, habría reconciliado a las Iglesias occidental y oriental.

De esta manera, las preocupaciones centrales de Francisco de Asís, propias del cristianismo primitivo, han seguido siendo hasta hoy cuestiones planteadas a la Iglesia católica y, ahora, a un papa que, en el aspecto programático, se denomina Francisco: *paupertas* (pobreza), *humilitas* (humildad) y *simplicitas* (sencillez).

Puede que eso explique por qué hasta ahora ningún papa se había atrevido a adoptar el nombre de Francisco: porque las pretensiones parecen demasiado elevadas.

Pero eso nos lleva a la segunda pregunta: ¿qué significa hoy día para un papa que haya aceptado valientemente el nombre de Francisco? Es evidente que tampoco se debe idealizar la figura de Francisco de Asís, que también tenía sus prejuicios, sus exaltaciones y sus flaquezas. No es ninguna norma absoluta. Pero sus preocupaciones, propias del cristianismo primitivo, se deben tomar en serio, aunque no se puedan poner en práctica literalmente, sino que deberían ser adaptadas por el Papa y la Iglesia a la época actual.

1. *¿Paupertas*, pobreza? En el espíritu de Inocencio III, la Iglesia es una Iglesia de la riqueza, del advenedizo y de la pompa, de la avaricia extrema y de los escándalos financieros. En cambio, en el espíritu de Francisco, la Iglesia es una Iglesia de la política financiera transparente y de la vida sencilla, una Iglesia que se preocupa principalmente por los pobres, los débiles y los desfavorecidos, que no acumula riquezas ni capital, sino que lucha activamente contra la pobreza y ofrece condiciones laborales ejemplares para sus trabajadores.

2. *¿Humilitas*, humildad? En el espíritu de Inocencio, la Iglesia es una Iglesia del dominio, de la burocracia y de la discriminación, de la represión y de la Inquisición. En cambio, en el espíritu de Francisco, la Iglesia es una Iglesia del altruismo, del diálogo, de la fraternidad, de la hospitalidad incluso para los inconformistas, del servicio nada pretencioso a los superiores y de la comunidad social solidaria que no excluye de la Iglesia nuevas fuerzas e ideas religiosas, sino que les otorga un carácter fructífero.

3. *¿Simplicitas*, sencillez? En el espíritu de Inocencio, la Iglesia es una Iglesia de la inmutabilidad dogmática, de la censura moral y del régimen jurídico, una Iglesia del miedo, del derecho canónico que todo lo regula y de la escolástica que todo lo sabe. En cambio, en el espíritu de Francisco, la Iglesia es una Iglesia del mensaje alegre y del regocijo, de una teología basada en el mero Evangelio, que escucha a las personas en lugar de adoctrinarlas desde arriba, que no solo enseña, sino que también está constantemente aprendiendo.

De esta forma, se pueden formular asimismo hoy día, en vista de las preocupaciones y las apreciaciones de Francisco de Asís, las opciones generales de una Iglesia católica cuya fachada brilla a base de magnificentes manifestaciones romanas, pero cuya estructura interna en el día a día de las comunidades en muchos países se revela podrida y quebradiza, por lo que muchas personas se han despedido de ella tanto interna como externamente.

No obstante, ningún ser racional esperará que una única persona lleve a cabo todas las reformas de la noche a la mañana. Aun así, en cinco años sería posible un cambio de paradigma: eso lo demostró en el siglo XI el papa León IX de Lorena (1049-1054), que allanó el terreno para la reforma de Gregorio VII. Y también quedó demostrado en el siglo XX por el italiano Juan XXIII (1958-1963), que convocó el Concilio Vaticano II. Hoy debería volver a estar clara la senda que se ha de tomar: no una involución restaurativa hacia épocas preconciiliares como en el caso de los papas polaco y alemán, sino pasos reformistas bien pensados, planificados y correctamente transmitidos en consonancia con el Concilio Vaticano II.

Hay una tercera pregunta que se planteaba por aquel entonces al igual que ahora: ¿no se topará una reforma de la Iglesia con una resistencia considerable? No cabe duda de que, de este modo, se provocarían unas potentes fuerzas de reacción, sobre todo en la fábrica de poder de la curia romana, a las que habría que plantar cara. Es poco probable que los soberanos vaticanos permitan de buen grado que se les arrebatase el poder que han ido acumulando desde la Edad Media.

El poder de la presión de la curia es algo que también tuvo que experimentar Francisco de Asís. Él, que pretendía desprenderse de todo a través de la pobreza, fue buscando cada vez más el amparo de la "santa madre Iglesia". Él no quería vivir enfrentado a la jerarquía, sino de conformidad con Jesús obedeciendo al papa y a la curia: en pobreza real y con predicación laica. De hecho, dejó que los subieran de rango a él y a sus acólitos por medio de la tonsura dentro del estatus de los clérigos. Eso facilitaba la actividad de predicar, pero fomentaba la clericalización de la comunidad joven, que cada vez englobaba a más sacerdotes. Por eso no resulta sorprendente que la comunidad franciscana se

fuera integrando cada vez más dentro del sistema romano. Los últimos años de Francisco quedaron ensombrecidos por la tensión entre el ideal original de imitar a Jesucristo y la acomodación de su comunidad al tipo de vida monacal seguido hasta la fecha.

En honor a Francisco, cabe mencionar que falleció el 3 de octubre de 1226 tan pobre como vivió, con tan solo 44 años. Diez años antes, un año después del IV Concilio de Letrán, había fallecido de forma totalmente inesperada el papa Inocencio III a la edad de 56 años. El 16 de junio de 1216 se encontraron en la catedral de Perugia el cadáver de la persona cuyo poder, patrimonio y riqueza en el trono sagrado nadie había sabido incrementar como él, abandonado por todo el mundo y totalmente desnudo, saqueado por sus propios criados. Un fanal para la transformación del dominio en desfallecimiento papal: al principio del siglo XIII, el glorioso mandatario Inocencio III; a finales de siglo, el megalómano Bonifacio VIII (1294-1303), que fue apresado de forma deplorable; seguido de los cerca de 70 años que duró el exilio de Aviñón y el cisma de Occidente con dos y, finalmente, tres papas.

Menos de dos décadas después de la muerte de Francisco, el movimiento franciscano que tan rápidamente se había extendido pareció quedar prácticamente domesticado por la Iglesia católica, de forma que empezó a servir a la política papal como una orden más e incluso se dejó involucrar en la Inquisición.

Al igual que fue posible domesticar finalmente a Francisco de Asís y a sus acólitos dentro del sistema romano, está claro que no se puede excluir que el papa Francisco termine quedando atrapado en el sistema romano que debería reformar. ¿Es el papa Francisco una paradoja? ¿Se podrán reconciliar alguna vez la figura del papa y Francisco, que son claros antónimos? Solo será posible con un papa que apueste por las reformas en el sentido evangélico. No deberíamos renunciar demasiado pronto a nuestra esperanza en un pastor *angelicus* como él.

Por último, una cuarta pregunta: ¿qué se puede hacer si nos arrebatan desde arriba la esperanza en la reforma? Sea como sea, ya se ha acabado la época en la que el papa y los obispos podían contar con la obediencia incondicional de los fieles. Así, a través de la Reforma gregoriana del siglo XI se introdujo una determinada mística de la obediencia en la Iglesia católica: obedecer a Dios implica obedecer a la Iglesia y eso, a su vez, implica obedecer al papa, y viceversa. Desde esa época, la obediencia de todos los cristianos al papa se impuso como una virtud clave; obligar a seguir órdenes y a obedecer (con los métodos que fueran necesarios) era el estilo romano. Pero la ecuación medieval de “obediencia a Dios = obediencia a la Iglesia = obediencia al papa” encierra ya en sí misma una contradicción con las palabras de los apóstoles ante el Gran Sanedrín de Jerusalén: “Hay que obedecer a Dios más que a las personas”.

Por tanto, no hay que caer en la resignación, sino que, a falta de impulsos reformistas “desde arriba”, desde la jerarquía, se han de acometer con decisión reformas “desde abajo”, desde el pueblo. Si el papa Francisco adopta el enfoque de las reformas, contará con el amplio apoyo del pueblo más allá de la Iglesia católica. Pero si al final optase por continuar como hasta ahora y no solucionar la necesidad de reformas, el grito de “¡indignaos! *indignez-vous!*” resonará cada vez más incluso dentro de la Iglesia católica y provocará reformas desde abajo que se materializarán incluso sin la aprobación de la jerarquía y, en muchas ocasiones, a pesar de sus intentos de dar al traste con ellas. En el peor de los casos —y esto es algo que escribí antes de que saliera elegido el actual Papa—, la Iglesia católica vivirá una nueva era glacial en lugar de una primavera y correrá el riesgo de quedarse reducida a una secta grande de poca monta.

María: una aproximación conjunta

Wolfgang Beinert

La mariología ha sido un aspecto de la fe cristiana en el que se han mostrado, a veces apasionadamente, las divergencias entre católicos y protestantes. Afortunadamente, el diálogo ecuménico ha logrado en este campo sustanciosos avances. Wolfgang Beinert nos muestra en este artículo cómo hacer de la veneración y el aprecio a la madre de

Jesús un punto de encuentro y no de distanciamiento entre católicos y protestantes.

Juicios y tesis

Los prejuicios preceden a los juicios. Éstos se han de elaborar, mientras que aquéllos caen llovidos del cielo. Es comprensible que muchos se ahorren el paso del prejuicio al juicio. Pero hay otra razón para ello y procede de los guardianes de la fe, que se esfuerzan por comprobar que la gente cree lo mismo que ellos y en este esfuerzo se olvidan de atender a la misma fe y de compararse con ella.

Puede ser útil ver si las reservas evangélicas frente a la María católica se han de clasificar como juicios o como prejuicios. Y esto irá unido a una revisión de la falta de reservas, por parte católica, ante la imagen tradicional de María. El resultado podría ser un acercamiento a la madre bíblica de Cristo, una mujer en cuya pequeñez se fijó el Dios salvador (Lc 1,48).

En lo que sigue, conviene tener en cuenta que se juega con la equivocidad de los términos católico (universal o referido a la iglesia católica romana) y evangélico (de los evangelios o referido a la iglesia luterana).

“María es católica, no evangélica”

En 1973 apareció el “Nuevo libro de la fe” (editado por J. Feiner y L. Vischer) como resultado de un trabajo conjunto de teólogos católico-romanos y evangélico-luteranos. Era un intento de presentar juntos y coherentemente la fe cristiana común. De las 600 páginas, las últimas 100 trataban de cuestiones abiertas entre las iglesias, y de ellas 10 se dedicaban a María. Pero no era en realidad una cuestión abierta. Se exponía la posición de la iglesia católica, las objeciones de las iglesias reformadas y

la defensa católica frente a ellas. Pues bien, éste no es más que el índice de la presentación católica habitual de la Madre de Dios desde la reforma. Es decir, esta presentación es así porque los principios de la reforma la han obligado a ser así. En cierta manera, se podría decir que, desde el siglo XVI, la María católica se ha protestantizado. Se le atribuyen los rasgos que los evangélicos le asignan, mientras éstos la van difuminando de su doctrina. Los católicos maniobran apologeticamente, y al tronco del rechazo reformista creen deber oponerle el hacha de la idolización desenfrenada de la figura neotestamentaria. Pronto ya no se trató de la defensa de las ideas tradicionales, sino de exaltarla hasta el límite para subrayar la propia identidad.

La reacción no se hace esperar. La presentación católica de María se convierte en principio hermenéutico de los protestantes. Aunque la madre de Jesús es una figura bíblica genuina, de quien los evangelistas hacen afirmaciones eminentemente teológicas, todo lo que éstos (y también los propios padres de la fe) dicen queda, en virtud del principio de la *sola scriptura*, difuminado. Toda iniciativa mariana católica recibe a priori calificaciones negativas. Cuando los papas definieron la Inmaculada Concepción (1854) y la Ascensión de María (1950), de las filas protestantes surgió un alarido que las páginas resignadas del “Nuevo libro de la fe” no hacen más que ratificar. María es católica, no evangélica. Para quien quiere ser una cosa, vale el “*De Maria nunquam satis*” (de María nunca se hablará lo suficiente, nunca se dirá todo lo que se tiene que decir) y para quien quiere ser la otra, vale el “*De Maria nunquam*” (de María no se debe hablar nunca).

“María es evangélica, no católica”

“Al principio no fue así” (Mt 19, 8). Los reformadores, sobre todo los de Wittenberg, a los que nos limitaremos por razones de brevedad, provenían evidentemente de la tradición piadosa de la Edad Media tardía, en la que María ocupaba un alto rango. Cuando Lutero se hizo agustino, prometió “vivir su fe en loor de María”, y nunca olvidó su promesa. Durante toda su vida su espiritualidad se conformó marianamente. Se sirvió de la mariología para su cristología, como había sostenido la iglesia antigua (virginidad siempre perdurable). Pneumatológicamente, vio en ella la “posada piadosa” del Espíritu Santo (maternidad de Dios). Afirma que se da una analogía entre su destino y el de la iglesia: María es auténtica madre de cada cristiano. Y, por supuesto, es santa y está en comunión con Dios (Concepción y Asunción). Ya en 1987, Horst Gorski, protestante, estudió minuciosamente la mariología de Lutero, con resultados sorprendentemente positivos.

La actitud ante María viene determinada por los principios reformados fundamentales, es decir, la doctrina y la piedad marianas de la tardía edad media son sujetas a revisión y corrección. Las ideas de Lutero sobre la madre de Cristo son acuñadas por los mismos elementos que acuñan los restantes temas teológicos: fe, salvación, liberación, justificación, etc., es decir, por la reducción a la biblia y a la figura de Cristo, sobre todo a la doctrina de su mediación única. Para él, el sistema católico de mediaciones de entonces (en el que María ocupa un lugar central), está en contra de esta mediación única. Y la piedad popular llegó en este tema a abusos manifiestos.

Es justo que se intente averiguar cómo se llegó a tales extremos. La primera razón está en el monofisismo latente en occidente, es decir, en la suposición (dogmáticamente rechazada) de que Jesús era, por así decir, “más” Dios que hombre, por lo que, ante las miserias humanas, podía ser de más utilidad alguien que “sólo fuese un ser humano”, como María. Por otra parte, está la falta de valoración de la dimensión femenina en el cristianismo, compensada con la imagen maternal María. Y, finalmente, el hecho de que ya no nos aceche el terror que acechaba a los hombres del medioevo, expuestos al hambre, la peste, las guerras. Sólo poderes supraterráneos podían ayudar y, por las razones mencionadas, sólo la Reina del cielo entraba en consideración. En todo caso, por lo que concierne a la piedad mariana de la gente sencilla, sus consecuencias eran indefendibles.

Eliminarlas es la intención declarada del reformador. Frente a las hipérbolas católicas, pretende reconducir la actitud cristiana ante la madre de Dios a sus dimensiones bíblicas, que para él ya eran suficientemente importantes. Como madre del Salvador es tan excelsa que de ahí se sigue “todo honor, toda alabanza, y que ella sea única en todo el género humano, y nadie se le puede equiparar

pues, al igual que el Padre celestial, ella también ha tenido un Hijo y ¡qué Hijo!”. Estas palabras pertenecen a la glosa del Magnificat de 1521: atrás quedaban ya la disputa de las indulgencias y la ruptura con Roma. La protesta de Lutero no es contra María, sino contra el hecho de que la María católica de su tiempo no es la María del evangelio. Y luchará por devolverle su evangelicidad.

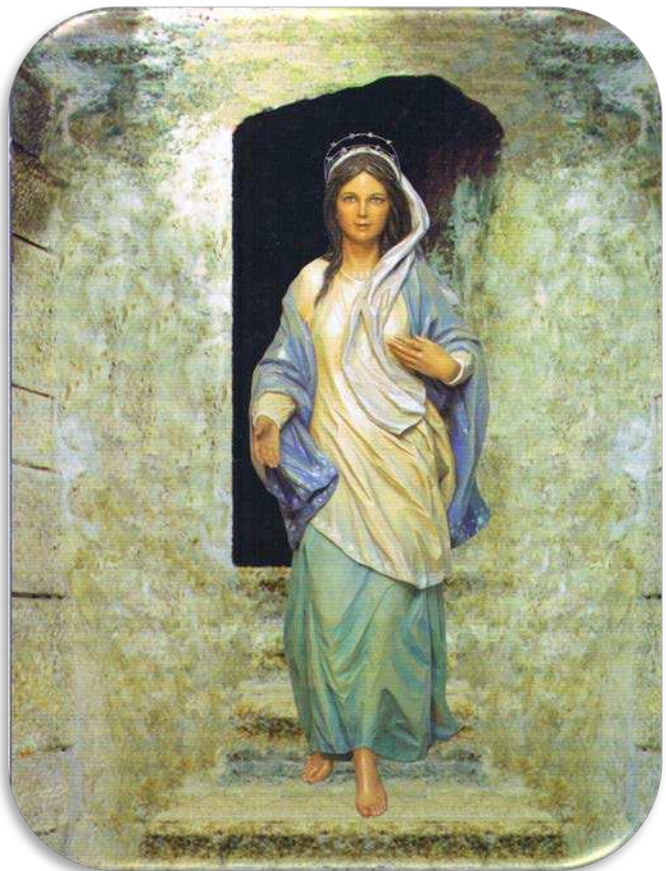
“María es ‘católica’ y ‘evangélica’”

Este subtítulo es una cita del “Catecismo evangélico para adultos” de 1975. A sólo dos años del “Nuevo libro de la fe” antes mencionado, es una tesis revolucionaria. En su sexta edición (año 2000), la frase se ha suavizado: “María, como madre de Jesús de Nazaret, pertenece al evangelio y de ninguna manera es sólo ‘católica’”. Pero no deja de manifestar una nueva valoración del tema, por parte evangélica. Por parte católica, un año antes, Pablo VI, en su escrito apostólico *Marialis cultus*, había criticado los abusos católicos y había exhortado a una doctrina y un culto marianos ecuménica y bíblicamente responsables.

En el trasfondo de estas nuevas posiciones está el Vaticano II, que había establecido la posición de María desde un punto de vista eclesiológico y antropológico. No está por encima de la Iglesia, sino en ella, donde ocupa un lugar extraordinario y ejemplar. En principio, de ella se puede afirmar y negar lo mismo que de la iglesia como comunidad de los discípulos y discípulas de Jesús. Con ello, María queda sustraída de los excesos medievales y de la línea de confrontación reforma-contrarreforma. Confesionalmente, María no puede ser propiedad de nadie ni excluida por nadie y sólo debe interpretarse, también desde el punto de vista confesional, en tanto que figura de la biblia, aceptada como norma por ambas partes.

Las consecuencias pronto se hicieron evidentes. Por parte católica, se llega a una nueva perspectiva de la mariología y se recorta la piedad mariana, aunque quedan grupos fundamentalistas que se oponen al concilio, que consideran una traición a los principios del catolicismo, y para los cuales María, debidamente instrumentalizada por la apologética preconiliar, era una credencial de la ortodoxia. En el espacio reformado, los teólogos pasan a ocuparse de tan delicado tema y se publican estudios conjuntos, como *María – cuestiones y puntos de vista evangélicos* (1982) o *María, la madre de Nuestro Señor* (1991).

María pasa a ser objeto expreso de los diálogos bilaterales entre luteranos y católicos, cosa que se había evitado hasta el momento. En 1992 aparece el estudio americano *El único Mediador, los santos y María* y en 1997/98 el Grupo ecuménico de Dombes (Francia) publica *María en el designio de Dios y la comunión de los santos*. El documento más reciente es el elaborado por un grupo bilateral de trabajo *Communio sanctorum – La iglesia como comunidad de los santos*, publicado en Alemania (2000). Lo notable de esta publicación es que el grupo bilateral de teólogos fue oficialmente convocado por responsables eclesiásticos y que el tema de María forma parte por primera vez de los temas a tratar (ocupa 7 de las 129 páginas del documento). En estos tres documentos, María es tratada en el



contexto de una eclesiología de comunión y se parte decididamente de los datos bíblicos. Con ello se abren perspectivas completamente nuevas. Ninguno de los estudios proclama la superación de los problemas históricos y objetivos, que sigue habiéndolos, pero ninguno ve motivo alguno para pensar que estos problemas hayan de separar iglesias o hayan de ser exclusivos de una confesión. Y dejan claro que este tema ha de ser retomado y discutido en bien del anuncio completo de la palabra de Dios en la Escritura. María es tan católica como evangélica.

María es evangélica y, por tanto, católica

En la primera parte hemos demostrado que la figura de la madre de Cristo fue instrumentalizada, desde el principio del cisma de occidente, en las disputas confesionales. Hoy, cuando los signos de los tiempos apuntan al diálogo y a la comprensión, porque la cristiandad no tiene otra alternativa para sobrevivir, hemos de recuperar sistemáticamente, desde las fuentes, su papel y su significado para nuestra religión, renunciando incluso a tradicionalismos ganados con esfuerzo.

Lo primero que hay que echar por la borda son los nombres de las confesiones cristianas. Hablamos de católicos, evangélicos u ortodoxos y con ello no hacemos afirmaciones eclesiológicas, sino religioso-sociológicas. En realidad, queremos aludir a las iglesias católico-romana, evangélico-luterana u ortodoxa-griega. Un atributo estrictamente teológico viene precisado por una apostilla, que tiene un significado limitante.

Como tal, la iglesia de Cristo es católica, es decir, vive de la universalidad de la gracia sobre la universalidad de la creación. Por esto el adjetivo (católica) aparece en el credo que todos los cristianos confiesan. Esta catolicidad, con el añadido de “romana”, se considera desde un punto de vista espiritual-administrativo, sobre el cual hay opiniones divergentes y separadoras. También la iglesia de Cristo es evangélica, es decir, fiel al mensaje de la buena nueva, pero Lutero lo interpretó como si sobre ello se hubiera formado una comunidad propia. Finalmente, la iglesia pretende regirse por la fe verdadera (ortodoxia), es decir, por la realización sin restricciones tanto de su carácter católico como evangélico.

Este pequeño excurso era necesario para que la mirada teológica sobre la madre de nuestro común Señor evitase desde el principio las gafas de la confesión propia. La cuestión decisiva de la mariología ha de ser: ¿qué dice la Biblia de ella? Si María es evangélica, y sólo evangélica, pueden tener relevancia para la catolicidad las reflexiones que se hagan sobre ella. Y una segunda cuestión es la siguiente: si su figura es vista católicamente, es decir, bajo el aspecto eclesiológico y antropológico universal, ¿qué consecuencias tiene esto para el creyente?

¿Qué dice la Biblia de María? De los miles de versículos de la Biblia, María aparece en 142, de los que 141 son de los evangelistas (uno en los Hechos) y uno de Pablo (pero no trata de María, sino de Jesús). De ellos, 103, es decir, el 72% se encuentran en las narraciones de la infancia y sólo 38 tratan de la madre en la vida de adulto del hijo. Siempre ha llamado la atención que un balance textual en sí tan reducido esté teológicamente tan cargado: María de Nazaret es la madre de Jesús, que nosotros confesamos como Cristo, y lo es no sólo ni en primer lugar biológicamente, sino teológica y espiritualmente. El evangelio de Lucas, en su narración de la anunciación, explicita lo que quiere decir esto exactamente.

Según esta narración, la encarnación del Hijo de Dios es un acontecimiento que descansa única y exclusivamente en la iniciativa de la gracia de Dios. El componente narrativo “nacer de una virgen” subraya lo más explícitamente posible este carácter de elección: absolutamente nada, por parte humana, contribuye a este acontecimiento, ni fomentándolo ni posibilitándolo. Existe sólo un presupuesto que permite la acción de Dios en y con los hombres, sin perjuicio del carácter humano de éstos: la fe, que María vive con pleno conocimiento y total libertad. El acontecimiento de la encarnación representa la consonancia insuperable de pura gracia y pura fe. En lenguaje de Lutero, *sola gratia* y *sola fides* unidas para la salvación universal de la humanidad, sin excluir a María. De acuerdo con la formulación luterana, la narración lucana constituye el núcleo y el aspecto más

llamativo de la doctrina paulina de la justificación, cuyo redescubrimiento ha sido, a todas luces, mérito de la reforma del siglo XVI. Desde la declaración común sobre la doctrina de la justificación (Augsburgo 1999), los católicos y protestantes sabemos que en esta doctrina está el centro de la buena nueva. Para poder transmitir de nuevo este aspecto central, formulado tal vez de un modo demasiado académico y lejano para el lenguaje de los cristianos y cristianas de hoy, sería útil recurrir a la plasticidad del relato lucano, como han hecho los católicos, una y otra vez, en su discurso mariano y mariológico. En el núcleo de este discurso hay una buena fundamentación cristológica y soteriológica y, al mismo tiempo, tiene una clara intencionalidad.

De ello da testimonio la historia de los dogmas. Desde muy pronto hubo un culto mariano. La primera oración dirigida a María data, lo más tarde, del 400. El culto se fue desarrollando cada vez más y no siempre siguiendo impulsos sanos, como hemos visto. Pero no se puede olvidar que en la base está la interpretación teológica de los datos neotestamentarios. Y el primer ejemplo es aquel singular argumento de Gal 4,4, según el cual, el nacimiento del divino salvador por medio de una mujer humana es la prueba de la singularidad de Jesús como Cristo (en lenguaje teológico posterior: la unión hipostática (concilio de Calcedonia). Las definiciones mariológicas de la iglesia antigua acerca de la maternidad divina de María y su permanente virginidad no tienen por sujeto a María, sino a Cristo. Se trata de definiciones con un punto de partida y una fundamentación cristológica. El interés de la iglesia antigua era existencial y no académico, pues los hombres querían saber si realmente habían sido salvados (lo cual sólo es pensable en la hipótesis de que Dios es verdaderamente hombre y de que este hombre es verdaderamente Dios). Por esto, el interés cristológico era, de hecho, un interés soteriológico o, dicho de una manera todavía más fundamental, un interés antropológico. Cuando se trata de Cristo, se trata de la persona humana, de ti y de mí. Si quisiéramos formularlo teniendo en cuenta la constelación histórica e ideológica de entonces, era indispensable el recurso a María. Sólo si su venida a la tierra era un acontecimiento absolutamente causado por Dios (siendo, por tanto, María virgen) y sólo si el hombre que nació en Navidad era Dios desde el principio (siendo, por tanto, María madre de Dios), hemos sido salvados gracias a su Hijo.

Tarea fundamental de la iglesia, es decir, de aquella comunidad humana que se entiende como comunidad de redimidos, es confiar en ello y anunciarlo. Su carácter evangélico exige una cristología que tenga en cuenta todos los datos testimoniados en la escritura, también los que se refieren a su madre. Precisamente porque María es evangélica no puede ser amputada de la fe universal. Los reformadores de primera hora lo reconocieron al recibir y asumir como tales las confesiones de fe de la iglesia antigua.

Mirar a María católicamente

es también algo bueno evangélicamente

Por más que esta afirmación sea lógica y teológicamente correcta, de acuerdo con las consideraciones que acabamos de hacer, no deja de resultar insatisfactoria y provocativa a los oídos evangélicos. El tema de María ha ido cambiando con los tiempos, modulándose, transformándose, y no siempre para su bien, lo cual ha suscitado protestas. El problema es que no siempre se ha ido al núcleo del asunto sino que siempre nos hemos quedado con las mediaciones históricas, y por tanto superables, a través de las cuales nos ha sido presentada la figura de María. En esto el diálogo ecuménico no ha llegado al final. El documento "Communio Sanctorum" afirma con sobriedad que "antes y ahora siguen existiendo serias razones que hacen aparecer a María como una figura *entre las iglesias*", y sigue diciendo que "no siempre son de naturaleza teológica, sino que a veces están en el terreno de las emociones o de las tradiciones confesionales. Si ha de haber un acercamiento, católicos y protestantes... deberán tener valor y serenidad para superar aquellas barreras que por razones de fe no es necesario mantener en pie".

La pregunta a plantear es la siguiente: ¿es compatible con la "confesión unánime de la fe en Cristo" la figura concreta de la mariología y del culto mariano de la iglesia católica-romana, pudiéndose

reconciliar con el planteamiento evangélico-luterano, como si de una forma distinta de ser cristiano se tratara? En este contexto me limitaré a tratar tres cuestiones: los dogmas marianos de 1854 y 1950; la intercesión de María y su actividad como mediadora; el culto mariano.

Los dogmas marianos de 1854 y 1950

La fe dogmática en la inmaculada concepción y en la ascunción de la madre de Dios es algo particular de la iglesia romana, aunque litúrgicamente se encuentre enraizado en el cristianismo de oriente. Ortodoxos y protestantes rechazan estos dogmas, al negar la competencia papal de definir dogmas. Además, según las iglesias reformadas, tales dogmas no tienen apoyo escriturístico. Un principio escriturístico de corte fundamentalista sólo estaría de acuerdo con el principio de que los dogmas no pueden ser objeto de la fe cristiana. Ahora bien ¿ha sido mantenido tal principio escriturístico en las grandes iglesias? El catecismo y la predicación en las iglesias (también reformadas) demuestran lo contrario. El principio reformado (*sola scriptura*) sólo asegura la preeminencia de la Biblia sobre la tradición y la razón, pero no define lo que hay en la Biblia. En todo caso, piénsese, por ejemplo, en Ef 1, 4-6 y Rm 8, 28-30. Ahora bien, si María ha sido elegida por Dios desde el principio por pura gracia y si María ha respondido por pura fe a esta llamada; si ella, en otras palabras, es la justificada por antonomasia, ¿cómo no iba a manifestarse en ella la verdad de la doctrina paulina de la justificación? Desde esta perspectiva, los dogmas del siglo XIX y XX no son más que un desarrollo consecuente de la reflexión teológica sobre este mensaje central del NT y, en este sentido, están totalmente garantizados por él. No hacen de María un ser especial y extraordinario, sino que la hacen paradigma del cristiano.

La intercesión de María y su actividad como mediadora

“Que María no haga caso de una plegaria es algo completamente inaudito”. Los reformadores han puesto objeciones a este tipo de afirmaciones, que pueden encontrarse en un canto del s. XIX, en nombre de la mediación única del Señor de acuerdo con la carta a los hebreos (8, 1-13). Si la doctrina de la intercesión de María y su actividad mediadora (y la de los santos en general), y si la praxis de los católicos rebaja aquella mediación, las objeciones son justas. Se puede discutir si la praxis y sobre todo la doctrina católica rebajan aquella mediación, pero si se toma como base, como aconsejan todos los documentos ecuménicos, una eclesiología de comunión y uno ve la iglesia como comunidad en Cristo por el Espíritu, entonces puede negarse que se rebaje la única mediación de Cristo. Y esto se puede ilustrar con la imagen conceptual neotestamentaria de la iglesia como cuerpo de Cristo. El organismo humano consta de muchas células individuales, órganos y miembros que sólo ejercen sus funciones si están unidos al principio vital. Un ojo sólo puede ver si es un ojo de un ser vivo. Según 1 Co 12, la iglesia es un organismo que consta de muchos individuos, quienes, gracias al principio vital del Espíritu,



forman en Cristo un todo que como tal es formado por las distintas funciones (*carismas*, las llama Pablo). De entrada, los carismas no son funciones *para* la iglesia en virtud de su misma razón de ser, sino como dones del Espíritu. No disminuyen la tarea del Espíritu, sino que son los instrumentos a través de los cuales el Espíritu percibe su tarea, como el ojo es instrumento del cuerpo. Ahora bien, el amor al prójimo es el mandamiento fundamental de los seguidores de Cristo y, según la tradición cristiana común, este amor puede percibirse también en la intercesión. Cualquier celebración litúrgica es una demostración de esta verdad en el ámbito de la iglesia terrenal. Y, en el ámbito de la iglesia celestial, tanto los padres de la iglesia como la apología de la confesión de Augsburgo dan por supuesta dicha verdad. No hay concurrencia entre la actividad mediadora humana y la humano-divina: sólo hay un mediador, Jesucristo, quien, en su Espíritu, ejerce esta mediación de tal manera que toma a su servicio a los miembros de su cuerpo implicándoles en su actividad mediadora. Si esto vale para todos los miembros, también vale para María.

El culto mariano

No sólo la conformidad con la escritura, sino también la función de alabanza divina forma parte de la razón interna legitimadora de un dogma. *Dogma* (expresión de fe) y *doxa* (alabanza de Dios) están unidos no sólo verbal sino sobre todo objetivamente. Por esta razón la mariología y el culto mariano han ido de la mano desde el concilio de Éfeso (431) que definió la primera verdad mariológica: la maternidad divina. Quien honra a María, honra la gracia justificante y la elección de Dios.

Ahora bien, como la elección no afectó a un instrumento muerto, sino que atañe a un ser humano vivo y creyente, el culto a Dios se articula y manifiesta con toda naturalidad en la veneración de esta mujer, María. También entre nosotros, cuando amamos y honramos a alguien, incluimos en este trato a sus amistades. Ahora bien, este principio es formal. No dice de qué manera ni con qué formas o intensidad se da o debería darse esta veneración. Todo el mundo es libre. Y en el caso de María es exactamente igual. Una glorificación intensiva y extensiva de María es tenida normalmente como una característica diferencial del catolicismo frente al cristianismo reformado. Esto es válido para la piedad práctica, pero no para la doctrina. En este tema la última palabra la dijo un decreto del concilio de Trento, promulgado el 3 de diciembre de 1563: “Los santos, que reinan junto con Cristo, presentan sus oraciones a Dios en favor de los hombres; es bueno y útil invocarlos fervientemente y recurrir a sus oraciones, su apoyo y su ayuda para impetrar de Dios favores por medio de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor, nuestro único liberador y salvador” (DH 1821). *Bueno y útil*, no se dice ni se exige más de los cristianos. María no recibe ahí ningún lugar especial. Para un creyente católico romano, que debe saber que una cosa es el culto a Dios y otra la devoción mariana, le basta con aceptar la justificación fundamental y la legitimidad dogmática de una inclinación emocional hacia la Madre de su Dios y Señor. Impulsarla es algo que se recomienda encarecidamente. Un buen consejo si embargo nunca obliga. Y a los luteranos habría que decirles lo mismo.

Conclusión

¿Es correcto nuestro subtítulo: Mirar a María católicamente es también algo bueno evangélicamente? Nadie pretende sostener que esta tesis se refiere a todas y cada una de las realizaciones de la mariología y de la piedad mariana católico-romana. Y al revés, tampoco es defendible que todas y cada una de las traducciones de las afirmaciones neotestamentarias que se refieren a María en la forma de vida católico-romana lo sean realmente. Tanto desde la perspectiva católica como protestante, queda abierto un amplio campo. Es una forma concreta de pluralidad, propia del principio cristiano y consiguientemente del católico, del evangélico y del ecuménico. La *ecclesia una* sigue siendo la *catholica*, única y universal. Al principio del nuevo milenio

cristiano, lo que honrada y responsablemente se puede afirmar sobre temas marianos y mariológicos, tanto para católicos como para protestantes, se puede expresar con el diagnóstico del Grupo de Dombes: “Al final de nuestra reflexión histórica, bíblica y doctrinal, no vemos ninguna incompatibilidad

insoluble, por más que existan verdaderas diferencias de opinión teológicas y pastorales”. De ahí nuestra tesis: María es católica porque es evangélica; y por ser católica es, por lo mismo, evangélica. Y se podría añadir: quizá la concentración evangélica en el honor de Dios y la universalidad de la perspectiva católica sobre su obra haga justicia, en cierta medida, a la figura de María y, a través de ella, a la inmensidad del bien de la salvación en Cristo. De ahí resultan, como si de aspectos que convergieran en lo mismo se tratara, la autonegación, acentuada en el pensamiento evangélico sobre María, y la autoafirmación, contemplada por la tradición católica. Ambos aspectos constituyen en síntesis el núcleo central de la interpretación que Martín Lutero hace del Magnificat.

Al interpretar Lc 1, 48, explica que “*makariouein* no sólo significa “llamar bienaventurada”, sino también “hacer feliz”, “hacer bienaventurada”, lo cual no sólo se hace con palabras y discursos, sino que acontece con todas las fuerzas y con plena verdad cuando el corazón, contemplando su pequeñez y la gracia de Dios, alcanza a través de ella la alegría y el gozo de Dios y con todo el corazón exclama: ¡Oh, tú, bendita virgen María! Esta alabanza es la correcta veneración que podemos tributar a María”. Ningún cristiano podría decir nada mejor sobre ella.

Homilía del Santo Padre Francisco

-Santa misa con los movimientos eclesiales en la Solemnidad de Pentecostés-

Queridos hermanos y hermanas:

En este día, contemplamos y revivimos en la liturgia la efusión del Espíritu Santo que Cristo resucitado derramó sobre la Iglesia, un acontecimiento de gracia que ha desbordado el cenáculo de Jerusalén para difundirse por todo el mundo.

Pero, ¿qué sucedió en aquel día tan lejano a nosotros, y sin embargo, tan cercano, que llega adentro de nuestro corazón? San Lucas nos da la respuesta en el texto de los *Hechos de los Apóstoles* que hemos escuchado (2,1-11). El evangelista nos lleva hasta Jerusalén, al piso superior de la casa donde están reunidos los Apóstoles. El primer elemento que nos llama la atención es el estruendo que de repente vino del cielo, «como de viento que sopla fuertemente», y llenó toda la casa; luego, las «lenguas como llamaradas», que se dividían y se posaban encima de cada uno de los Apóstoles. Estruendo y lenguas de fuego son signos claros y concretos que tocan a los Apóstoles, no sólo exteriormente, sino también en su interior: en su mente y en su corazón. Como consecuencia, «se llenaron todos de Espíritu Santo», que desencadenó su fuerza irresistible, con resultados llamativos: «Empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse». Asistimos, entonces, a una situación totalmente sorprendente: una multitud se congrega y queda admirada porque cada uno oye hablar a los Apóstoles en su propia lengua. Todos experimentan algo nuevo, que nunca había sucedido: «Los oímos hablar en nuestra lengua nativa». ¿Y de qué hablaban? «De las grandezas de Dios».

A la luz de este texto de los *Hechos de los Apóstoles*, deseo reflexionar sobre tres palabras relacionadas con la acción del Espíritu: novedad, armonía, misión.

1. La **novedad** nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos, programamos, planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades, gustos. Y esto nos sucede también con Dios. Con frecuencia lo seguimos, lo acogemos, pero hasta un cierto punto; nos resulta difícil abandonarnos a Él con total confianza, dejando que el Espíritu Santo anime, guíe nuestra vida, en todas las decisiones; tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos, nos saque de nuestros horizontes con frecuencia limitados, cerrados, egoístas, para abrirnos a los suyos. Pero, en toda la historia de la salvación, cuando Dios se revela, aparece su novedad - Dios ofrece siempre novedad -, transforma y pide confianza total en Él: Noé, del que todos se ríen, construye un arca y se salva; Abrahán abandona su tierra, aferrado únicamente a una promesa; Moisés se enfrenta al poder del faraón y conduce al pueblo a la libertad; los Apóstoles, de temerosos y encerrados en el cenáculo, salen con valentía para anunciar el Evangelio. No es la novedad por la novedad, la búsqueda de lo nuevo para salir del aburrimiento, como sucede con frecuencia en nuestro tiempo. La novedad que Dios trae a

nuestra vida es lo que verdaderamente nos realiza, lo que nos da la verdadera alegría, la verdadera serenidad, porque Dios nos ama y siempre quiere nuestro bien. Preguntémosnos hoy: ¿Estamos abiertos a las “sorpresas de Dios”? ¿O nos encerramos, con miedo, a la novedad del Espíritu Santo? ¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido la capacidad de respuesta? Nos hará bien hacernos estas preguntas durante toda la jornada.

2. Una segunda idea: el Espíritu Santo, aparentemente, crea desorden en el Iglesia, porque produce diversidad de carismas, de dones; sin embargo, bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la **armonía**. En la Iglesia, la armonía la hace el Espíritu Santo. Un Padre de la Iglesia tiene una expresión que me gusta mucho: el Espíritu Santo “*ipse harmonia est*”. Él es precisamente la armonía. Sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Si, por el contrario, nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza, la variedad, la diversidad nunca provocan conflicto, porque Él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia. Caminar juntos en la Iglesia, guiados por los Pastores, que tienen un especial carisma y ministerio, es signo de la acción del Espíritu Santo; la eclesialidad es una característica fundamental para los cristianos, para cada comunidad, para todo movimiento. La Iglesia es quien me trae a Cristo y me lleva a Cristo; los caminos paralelos son muy peligrosos. Cuando nos aventuramos a ir más allá (*proagon*) de la doctrina y de la Comunidad eclesial – dice el Apóstol Juan en la segunda lectura - y no permanecemos en ellas, no estamos unidos al Dios de Jesucristo (cf. 2Jn 1,9). Así, pues, preguntémosnos: ¿Estoy abierto a la armonía del Espíritu Santo, superando todo exclusivismo? ¿Me dejo guiar por Él viviendo en la Iglesia y con la Iglesia?

3. El último punto. Los teólogos antiguos decían: el alma es una especie de barca de vela; el Espíritu Santo es el viento que sopla la vela para hacerla avanzar; la fuerza y el ímpetu del viento son los dones del Espíritu. Sin su fuerza, sin su gracia, no iríamos adelante. El Espíritu Santo nos introduce en el misterio del Dios vivo, y nos salvaguarda del peligro de una Iglesia gnóstica y de una Iglesia autorreferencial, cerrada en su recinto; nos impulsa a abrir las puertas para salir, para anunciar y dar testimonio de la bondad del Evangelio, para comunicar el gozo de la fe, del encuentro con Cristo. El Espíritu Santo es el alma de la **misión**. Lo que sucedió en Jerusalén hace casi dos mil años no es un hecho lejano, es algo que llega hasta nosotros, que cada uno de nosotros podemos experimentar. El Pentecostés del cenáculo de Jerusalén es el inicio, un inicio que se prolonga. El Espíritu Santo es el don por excelencia de Cristo resucitado a sus Apóstoles, pero Él quiere que llegue a todos. Jesús, como hemos escuchado en el Evangelio, dice: «Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros» (Jn 14,16). Es el Espíritu Paráclito, el «Consolador», que da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anunciar la vida de Jesucristo. Preguntémosnos si tenemos la tendencia a cerrarnos en nosotros mismos, en nuestro grupo, o si dejamos que el Espíritu Santo nos conduzca a la misión. Recordemos hoy estas tres palabras: novedad, armonía, misión.

La liturgia de hoy es una gran oración, que la Iglesia con Jesús eleva al Padre, para que renueve la efusión del Espíritu Santo. Que cada uno de nosotros, cada grupo, cada movimiento, en la armonía de la Iglesia, se dirija al Padre para pedirle este don. También hoy, como en su nacimiento, junto con María, la Iglesia invoca: «*Veni Sancte Spiritus!* – Ven, Espíritu Santo, llena el corazón de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Amén.



Bicentenario de Don Bosco -pedagogía-

El sistema preventivo de Don Bosco: Un ecosistema educativo-pastoral

Willia Jair Roa

“Si el mejor tratado de pedagogía salesiana es una biografía de San Juan Bosco, escrita con Mirada educativa, la mejor sistematización del sistema preventivo es verlo en acción en el Oratorio de Valdoco, donde se experimentó por casi 50 años bajo la guía de Don Bosco y debería ser visto hoy en acción en la vida cotidiana de nuestros centros educativos, encarnado en cada uno de ellos de manera original”.

El sistema tradicional de educación ha dejado de ser referencia para leer y dar significado a la realidad. Del mundo creado por las tecnologías, nacen nuevos lenguajes y sobre todo, nuevas relaciones entre las personas, modificando el tiempo y el espacio tradicionales.

El concepto de espacio hoy es mas amplio dando origen a los ciberespacios, con ciudadanos en las redes que comparten conocimientos, ideas, sueños y comportamientos, y todo ese cambio se da en un territorio virtual y no real. Desaparece lo concreto, el espacio físico, lo que puede tocarse, el contacto y se entra en otra dimensión de percepción.

Por otra parte las nuevas tecnologías no solo descentran las formas de transmisión y circulación del saber, sino que constituyen un ámbito decisivo de socialización, de identificación, de propuestas de comportamientos, de estilos de vida de modelos culturales, entre otros.

El gran desafío de las instituciones en este escenario es el de promover el acceso a las nuevas formas de conocimiento y comunicación, dando oportunidades como en nuestro caso, a los estratos sociales mas desfavorecidos que residen en los contextos geográficos periféricos respecto a los centros promotores de la tecnología multimedial, multiplicando las iniciativas existentes de educar en la comunicación, a todos los niveles de instrucción, proponiéndose como instituciones educativas de uso de la web, dando su aporte para educar a los “navegantes” en la red hacia sitios cualificados desde el punto de vista informativo.

De igual forma; para ofrecer un soporte a la educación de los jóvenes creando nuevas comunidades educativas en el ciberespacio, es indispensable una comunicación eficaz y comprensible, no solo de información sino que elabora estrategias comunicativas, creando un ambiente abierto al dialogo, al reconocimiento del otro como ser social, que requiere estar a la vanguardia de la nueva era de las comunicaciones, pero que sabe que el otro existe y forma parte de una sociedad a la cual pertenece y a la que se debe como sujeto que interacciona para alcanzar la transformación de su realidad y la de su entorno inmediato.

De igual forma me atrevo a afirmar que la educación tiene su fundamento principal en la relación y sus dinámicas interactivas y comunicativas, enseñando y motivando a través de una buena relación entre pares, entre alumnos y docentes y estos y padres de familia, generando un clima favorable y estimulante para lograr una comunicación asertiva que permita la interacción entre unos y otros, sin desconocer la gran cantidad de medios comunicativos e informáticos que se presentan a la orden de día.

Otro elemento fundamental es reconocer los cambios socioculturales por los cuales está pasando el mundo, están exigiendo una nueva configuración en los modelos educativos y culturales y la escuela no es la única institución educadora y no tiene el primado de la educación de la sociedad. Coexisten diversos agentes educativos. El concepto de aprendizaje ha evolucionado, y hace comprender que la educación y la cultura están muy próximas, que los agentes culturales son también agentes educativos y viceversa, que hay una interrelación constante entre la política, la condición de ciudadano y la educación, que hay una gran correlación de temática entre los diferentes aspectos de la sociedad y la vida humana.



Ahora bien; el oratorio de Don Bosco fue en términos actuales un ecosistema educativo; Don Bosco lo vivió en la calle, la casa, la escuela, la iglesia, el taller... e hizo de cada espacio un ambiente digno para fortalecer los valores humanos, ayudando a favorecer el desarrollo personal. Don Bosco no tenía Internet, pero se comunicaba con sus jóvenes a través del lenguaje del amor, y como hoy nosotros, se comunicó a través de su experiencia de vida con el mundo entero.

La escuela para nosotros se convierte en la calle como escenario para la formación del joven, pues en nuestras instituciones educativas vivimos la experiencia de calle desde la experiencia de los jóvenes. El tiempo libre de muchos de nuestros niños y jóvenes lo viven en la calle y nuestra tarea consiste en dar a conocer al joven las herramientas útiles para que a través de esa calle se forme como un ciudadano de principios y valores sociales. Nosotros no tenemos como Don Bosco que buscar los jóvenes en la calle, nuestra tarea consiste y así lo hacemos en evitar que los jóvenes vayan a la calle, contamos con la gracia de tenerlos en nuestra institución y debemos acogerlos, amarlos y formarlos para la vida “cuando un joven llega nuestra casa ya es nuestro”.

Nos convertimos en una casa de puertas y corazones abiertos cuando acogemos al joven, cuando lo recibimos, cuando leemos su rostro y por medio de él podemos decir este niño, este joven, esta alegre, triste, preocupado, enfermo. Nuestra casa es casa que acoge, casa que recibe al estudiante y hace que su permanencia sea significativa, una casa donde vivimos el acompañamiento salesiano y se vive la familiaridad, la fraternidad y el afecto.

Nos proponemos hacer de nuestra casa salesiana un taller que prepara para el mundo del trabajo, donde se desarrollan las competencias mínimas para que nuestros jóvenes se desempeñen en el mundo laboral, donde aprendan a valorar el trabajo propio y ajeno, donde se vivencia la ética, el trabajo cooperativo y solidario, aquí los jóvenes aprenden a comprender que el trabajo dignifica al hombre y glorifica a Dios.

“en esta casa, escribe, todo invita a hacer el bien. Hay en ella un ambiente de dulzura y de alegría reflejada en todos los semblantes, que sorprende...”

Otro aspecto fundamental de nuestra casa salesiana es el patio. Patio para compartir con los amigos, para vivir la espontaneidad y la alegría, a través del patio podemos reconocer al joven tal y como es, sin prejuicios y sin condicionamientos. En el patio se reconoce la esencia del joven, sus verdaderos gustos, se analizan sus comportamientos, se genera un ambiente de confianza y por medio de ella podemos reconocer y conocer al joven que hay en medio de nosotros.

También nuestra casa se convierte en un lugar de patria, donde se forman ciudadanos con criterio, con carácter, líderes y con sentido de pertenencia, aquí vivimos experiencias de toma de decisiones, de cooperación, de solidaridad. A través de la experiencia del aula se evidencian situaciones de compañerismo y compromiso social, de defensa y promulgación de los derechos humanos, de toma de decisiones responsables, de participación democrática; en pocas palabras de formación de auténticos ciudadanos.

La casa salesiana es un lugar para la creación donde se aprende a amar y vivir en comunión con la naturaleza. Aquí se promulga el amor a Dios a través de su más hermosa creación, el ser humano, un ser humano que como lo hemos expresado en nuestro decálogo de convivencia (“soy valorado como persona, me quiero, me respeto y respeto a los demás”) se quiere y sabe que esto representa un alto valor de autoestima, que sabe que al respetarse y respetar a los demás respeta su entorno y el entorno del otro, respeta la naturaleza obra de Dios, respeta la vida y aprende a apreciar la grandeza de Dios por medio de todo lo que nos rodea.

Por otra parte es que la casa salesiana es parroquia que evangeliza; pues la razón de ser de la iglesia es evangelizar y estamos totalmente comprometidos. Nuestra acción pastoral es la evangelización en Jesucristo crucificado y resucitado. Fomentamos el amor a Dios y al prójimo al estilo de Jesús buen Pastor, formamos en la fe a través de la preparación de los sacramentos, la vivencia de la eucaristía y la oración diaria.

Y finalmente lo que por lo general consideramos nuestra razón de ser: escuela que construye el conocimiento y prepara para la vida, formamos de manera integral conscientes de la responsabilidad social que tenemos como educadores.

“La escuela salesiana es una magnífica oportunidad que ofrece y abre al joven la posibilidad de proyectarse al futuro y emprender un nuevo camino, la ocasión de construir su propio proyecto de vida, obrando “con el criterio que guio las opciones de Don Bosco, es decir, dar más a quien ha recibido menos”.

Considero la escuela como un medio para responder a las necesidades de los jóvenes según su contexto histórico, geográfico y socio político, que favorece el actuar en sociedad y no se queda en la transmisión de información y teoría, sino que trasciende al desarrollo de un pensamiento emprendedurista, en la formación de un joven capaz de transformar su vida y su entorno, así se abre el camino en la construcción del conocimiento, permitiendo una apropiación real del mundo actual, saturada por medios de comunicación que se han convertido en medios de información, pero que manejados de una manera responsable se deben convertir en escenarios de aprendizaje.

La escuela que propone Don Bosco es una escuela que prepara para la vida, no es una escuela que prepara para hacer historia y cultura en el futuro, sino para lograrlas aquí y ahora, haciendo historia y haciendo cultura en cada acto educativo. Una escuela que actúa como calle, como parroquia, como casa que acoge, como taller, como patio, en pocas palabras una escuela que forma “buenos cristianos y honestos ciudadanos”.



AÑO DE LA FE 2012
2013

Año de la fe

Credo del Pueblo de Dios

Pablo VI



Solemne Profesión de fe que Pablo VI pronunció el 30 de junio de 1968, al concluir el Año de la fe proclamado con motivo del XIX centenario del martirio de los apóstoles Pedro y Pablo en Roma.

Venerables hermanos y queridos hijos:

I. Clausuramos con esta liturgia solemne tanto la conmemoración del XIX centenario del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo como el año que hemos llamado de la fe. Pues hemos dedicado este año a conmemorar a los santos apóstoles, no sólo con la intención de testimoniar nuestra inquebrantable voluntad *de conservar íntegramente el depósito de la fe* (cf. *1 Tim 6,20*), que ellos nos transmitieron, sino también con la de robustecer nuestro propósito de llevar la misma fe a la vida en este tiempo en que la Iglesia tiene que peregrinar era este mundo.

2. Pensamos que es ahora nuestro deber manifestar públicamente nuestra gratitud a aquellos fieles cristianos que, respondiendo a nuestras invitaciones, hicieron que el año llamado de la fe obtuviera suma abundancia de frutos, sea dando una adhesión más profunda a la palabra de Dios, sea renovando en muchas comunidades la profesión de fe, sea confirmando la fe misma con claros testimonios de vida cristiana. Por ello, a la vez que expresamos nuestro reconocimiento, sobre todo a nuestros hermanos en el episcopado y a todos los hijos de la Iglesia católica, les otorgamos nuestra bendición apostólica.

3. Juzgamos además que debemos cumplir el mandato confiado por Cristo a Pedro, de quien, aunque muy inferior en méritos, somos sucesor; a saber: que *confirmemos* en la fe a los *hermanos* (cf. *Lc 22,32*). Por lo cual, aunque somos conscientes de nuestra pequeñez, con aquella inmensa fuerza de ánimo que tomamos del mandato que nos ha sido entregado, vamos a hacer una profesión de fe y a pronunciar una fórmula que comienza con la palabra *creo*, la cual, aunque no haya que llamarla verdadera y propiamente definición dogmática, sin embargo repite sustancialmente, con algunas explicaciones postuladas por las condiciones espirituales de esta nuestra época, la fórmula nicena: es decir, la fórmula de la tradición inmortal de la santa Iglesia de Dios.

4. Bien sabemos, al hacer esto, por qué perturbaciones están hoy agitados, en lo tocante a la fe, algunos grupos de hombres. Los cuales no escaparon al influjo de un mundo que se está transformando enteramente, en el que tantas verdades son o completamente negadas o puestas en discusión. Más aún: vemos incluso a algunos católicos como cautivos de cierto deseo de cambiar o de innovar. La Iglesia juzga que es obligación suya no interrumpir los esfuerzos para penetrar más y más en los misterios profundos de Dios, de los que tantos frutos de salvación manan para todos, y, a la vez, proponerlos a los hombres de las épocas sucesivas cada día de un modo más apto. Pero, al mismo tiempo, hay que tener sumo cuidado para que, mientras se realiza este necesario deber de investigación, no se derriben verdades de la doctrina cristiana. Si esto sucediera —y vemos dolorosamente que hoy sucede en realidad—, ello llevaría la perturbación y la duda a los fieles ánimos de muchos.

5. A este propósito, es de suma importancia advertir que, además de lo que es observable y de lo descubierto por medio de las ciencias, la inteligencia, que nos ha sido dada por Dios, puede llegar a *lo que es*, no sólo a significaciones subjetivas de lo que llaman estructuras, o de la evolución de la conciencia humana. Por lo demás, hay que recordar que pertenece a la interpretación o hermenéutica el que, atendiendo a la palabra que ha sido pronunciada, nos esforcemos por entender y discernir el sentido contenido en tal texto, pero no innovar, en cierto modo, este sentido, según la arbitrariedad de una conjetura.

6. Sin embargo, ante todo, confiarnos firmísimamente en el Espíritu Santo, que es el *alma de la Iglesia*, y en la fe teologal, en la que se apoya la vida del Cuerpo místico. No ignorando, ciertamente, que los hombres esperan las palabras del Vicario de Cristo, satisfacemos por ello esa su expectación con discursos y homilias, que nos agrada tener muy frecuentemente. Pero hoy se nos ofrece la oportunidad de proferir una palabra más solemne.

7. Así, pues, este día, elegido por Nos para clausurar el año llamado de la fe, y en esta celebración de los santos apóstoles Pedro y Pablo, queremos prestar a Dios, sumo y vivo, el obsequio de la profesión de fe. Y como en otro tiempo, en Cesarea de Filipo, Simón Pedro, fuera de las opiniones de los hombres, confesó verdaderamente, en nombre de los doce apóstoles, a Cristo, Hijo del Dios vivo, así hoy su humilde Sucesor y Pastor de la Iglesia universal, en nombre de todo el pueblo de Dios, alza su voz para dar un testimonio firmísimo a la Verdad divina, que ha sido confiada a la Iglesia para que la anuncie a todas las gentes.

Queremos que esta nuestra profesión de fe sea lo bastante completa y explícita para satisfacer, de modo apto, a la necesidad de luz que oprime a tantos fieles y a todos aquellos que en el mundo —sea cual fuere el grupo espiritual a que pertenezcan— buscan la Verdad.

Por tanto, para gloria de Dios omnipotente y de nuestro Señor Jesucristo, poniendo al confianza en el auxilio de la Santísima Virgen María y de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, para utilidad

espiritual y progreso de la Iglesia, en nombre de todos los sagrados pastores y fieles cristianos, y en plena comunión con vosotros, hermanos e hijos queridísimos, pronunciamos ahora esta profesión de fe.

Unidad y Trinidad de Dios

8. Creemos en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Creador de las cosas visibles —como es este mundo en que pasamos nuestra breve vida— y de las cosas invisibles —como son los espíritus puros, que llamamos también ángeles⁴— y también Creador, en cada hombre, del alma espiritual e inmortal⁵.



9. Creemos que este Dios único es tan absolutamente uno en su santísima esencia como en todas sus demás perfecciones: en su omnipotencia, en su ciencia infinita, en su providencia, en su voluntad y caridad. *Él es el que es*, como él mismo reveló a Moisés (cf. *Ex 3,14*), él es *Amor*, como nos enseñó el apóstol Juan (cf. *1Jn 4,8*) de tal manera que estos dos nombres, Ser y Amor, expresan inefablemente la misma divina esencia de aquel que quiso manifestarse a sí mismo a nosotros y que, *habitando la luz inaccesible* (cf. *1Tim 6,16*), está en sí mismo sobre todo nombre y sobre todas las cosas e inteligencias creadas. Sólo Dios puede otorgarnos un conocimiento recto y pleno de sí mismo, revelándose a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo, de cuya vida eterna estamos llamados por la gracia a participar, aquí, en la tierra, en la oscuridad de la fe, y después de la muerte, en la luz sempiterna. Los vínculos mutuos que constituyen a las tres personas desde toda la eternidad, cada una de las cuales es

⁴ Cf. Conc. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*: Denz.-Schön. 3002.

⁵ Cf. enc. *Humani generis*: AAS 42 (1950) 575; Con. Lateran. V: Denz.-Schön. 1440-1441.

el único y mismo Ser divino, son la vida íntima y dichosa del Dios santísimo, la cual supera infinitamente todo aquello que nosotros podemos entender de modo humano⁶.

Sin embargo, damos gracias a la divina bondad de que tantísimos creyentes puedan testificar con nosotros ante los hombres la unidad de Dios, aunque no conozcan el misterio de la Santísima Trinidad.

10. Creemos, pues, en Dios, que en toda la eternidad engendra al Hijo; creemos en el Hijo, Verbo de Dios, que es engendrado desde la eternidad; creemos en el Espíritu Santo, persona increada, que procede del Padre y del Hijo como Amor sempiterno de ellos. Así, en las tres personas divinas, que son *eternas entre sí e iguales entre sí*⁷, la vida y la felicidad de Dios enteramente uno abundan sobremanera y se consuman con excelencia suma y gloria propia de la esencia increada; y siempre *hay que venerar la unidad en la trinidad y la trinidad en la unidad*⁸.

Cristología

11. Creemos en nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. El es el Verbo eterno, nacido del Padre antes de todos los siglos y consustancial al Padre, u *homoousios to Patri*; por quien han sido hechas todas las cosas. Y se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María la Virgen, y se hizo hombre: *igual, por tanto, al Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad*⁹, *completamente uno, no por confusión* (que no puede hacerse) *de la sustancia, sino por unidad de la persona*¹⁰.

12. El mismo habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad. Anunció y fundó el reino de Dios, manifestándonos en sí mismo al Padre. Nos dio su mandamiento nuevo de que nos amáramos los unos a los otros como él nos amó. Nos enseñó el camino de las bienaventuranzas evangélicas, a saber: ser pobres en espíritu y mansos, tolerar los dolores con paciencia, tener sed de justicia, ser misericordiosos, limpios de corazón, pacíficos, padecer persecución por la justicia. Padeció bajo Poncio Pilato; Cordero de Dios, que lleva los pecados del mundo, murió por nosotros clavado a la cruz, trayéndonos la salvación con la sangre de la redención. Fue sepultado, y resucitó por su propio poder al tercer día, elevándonos por su resurrección a la participación de la vida divina, que es la gracia. Subió al cielo, de donde ha de venir de nuevo, entonces con gloria, para juzgar a los vivos y a los muertos, a cada uno según los propios méritos: los que hayan respondido al amor y a la piedad de Dios irán a la vida eterna, pero los que los hayan rechazado hasta el final serán destinados al fuego que nunca cesará.

Y su reino no tendrá fin.

El Espíritu Santo

13. Creemos en el Espíritu Santo, Señor y vivificador que, con el Padre y el Hijo, es juntamente adorado y glorificado. Que habló por los profetas; nos fue enviado por Cristo después de su resurrección y ascensión al Padre; ilumina, vivifica, protege y rige la Iglesia, cuyos miembros purifica con tal que no desechen la gracia. Su acción, que penetra lo íntimo del alma, hace apto al hombre de responder a aquel precepto de Cristo: *Sed perfectos como también es perfecto vuestro Padre celeste* (cf Mt 5,48).

⁶ Cf. Conc. Vat. I, Const. dogm. *Dei Filius*: Denz.-Schön. 3016.

⁷ Símbolo *Quicumque*: Denz.-Schön. 75.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*, n. 76.

¹⁰ *Ibid.*

Mariología

14. Creemos que la Bienaventurada María, que permaneció siempre Virgen, fue la Madre del Verbo encarnado, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo¹¹ y que ella, por su singular elección, *en atención a los méritos de su Hijo redimida de modo más sublime¹², fue preservada inmune de toda mancha de culpa original¹³ y que supera ampliamente en don de gracia eximia a todas las demás criaturas¹⁴.*

15. Ligada por un vínculo estrecho e indisoluble al misterio de la encarnación y de la redención¹⁵, la Beatísima Virgen María, Inmaculada, *terminado el curso de la vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste¹⁶*, y hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, recibió anticipadamente la suerte de todos los justos; creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, *Madre de la Iglesia¹⁷, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los hombres redimidos¹⁸.*

Pecado original

16. Creemos que todos pecaron en Adán; lo que significa que la culpa original cometida por él hizo que la naturaleza, común a todos los hombres, cayera en un estado tal en el que padeciese las consecuencias de aquella culpa. Este estado ya no es aquel en el que la naturaleza humana se encontraba al principio en nuestros primeros padres, ya que estaban constituidos en santidad y justicia, y en el que el hombre estaba exento del mal y de la muerte. Así, pues, esta naturaleza humana, caída de esta manera, destituida del don de la gracia del que antes estaba adornada, herida en sus mismas fuerzas naturales y sometida al imperio de la muerte, es dada a todos los hombres; por tanto, en este sentido, todo hombre nace en pecado. Mantenemos, pues, siguiendo el concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, *por propagación, no por imitación, y que se halla como propio en cada uno¹⁹.*

17. Creemos que nuestro Señor Jesucristo nos redimió, por el sacrificio de la cruz, del pecado original y de todos los pecados personales cometidos por cada uno de nosotros, de modo que se mantenga verdadera la afirmación del Apóstol: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (cf. Rom 5,20).

18. Confesamos creyendo un solo bautismo instituido por nuestro Señor Jesucristo para el perdón de los pecados. Que el bautismo hay que conferirlo también *a los niños, que todavía no han podido cometer por sí mismos ningún pecado*, de modo que, privados de la gracia sobrenatural en el nacimiento nazcan de nuevo, *del agua y del Espíritu Santo*, a la vida divina en Cristo Jesús²⁰.

La Iglesia

19. Creemos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, edificada por Jesucristo sobre la piedra, que es Pedro. Ella es el *Cuerpo místico de Cristo, sociedad visible, equipada de órganos jerárquicos, y, a la vez, comunidad espiritual; Iglesia terrestre, Pueblo de Dios peregrinante aquí en la tierra e Iglesia enriquecida*

¹¹ Cf. Conc. Efes.: Denz.-Schön. 251-252.

¹² Cf. Concilio Vaticano II, constitución dogmática *Lumen gentium*, 53.

¹³ Cf. Pío IX, Bula *Ineffabilis Deus*: Acta p. 1 vol. 1 p. 616.

¹⁴ Cf. *Lumen gentium*, 53.

¹⁵ Cf. *Ibid.*, n. 53.58.61.

¹⁶ Cf. Const. apost. *Munificentissimus Deus*: AAS 42 (1950) 770.

¹⁷ *Lumen gentium*, 53.56.61.63; cf. Pablo VI, Al. en el cierre de la III sesión del concilio Vat. II: AAS 56 (1964), 1016; exhort. apost. *Signum magnum*: AAS 59 (1967) 465 y 467.

¹⁸ *Lumen gentium*, 62; cf. Pablo VI, exhort. apost. *Signum magnum*: AAS 59 (1967) 468.

¹⁹ Cf. Conc. Trid., ses.5: Decr. *De pecc. orig.*: Denz.-Schön. 1513

²⁰ Cf. Conc. Trid., *ibid.*: Denz.-Schön. 1514.

por bienes celestes, germen y comienzo del reino de Dios, por el que la obra y los sufrimientos de la redención se continúan a través de la historia humana, y que con todas las fuerzas anhela la consumación perfecta, que ha de ser conseguida después del fin de los tiempos en la gloria celeste²¹. Durante el transcurso de los tiempos el Señor Jesús forma a su Iglesia por medio de los sacramentos, que manan de su plenitud²². Porque la Iglesia hace por ellos que sus miembros participen del misterio de la muerte y la resurrección de Jesucristo, por la gracia del Espíritu Santo, que la vivifica y la mueve²³. Es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores, porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida, se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma que impiden que la santidad de ella se difunda radiante. Por lo que se aflige y hace penitencia por aquellos pecados, teniendo poder de librar de ellos a sus hijos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo.

20. Heredera de las divinas promesas e hija de Abrahán según el Espíritu, por medio de aquel Israel, cuyos libros sagrados conserva con amor y cuyos patriarcas y profetas venera con piedad; edificada sobre el fundamento de los apóstoles, cuya palabra siempre viva y cuyos propios poderes de pastores transmite fielmente a través de los siglos en el Sucesor de Pedro y en los obispos que guardan comunión con él; gozando finalmente de la perpetua asistencia del Espíritu Santo, compete a la Iglesia la misión de conservar, enseñar, explicar y difundir aquella verdad que, bosquejada hasta cierto punto por los profetas, Dios reveló a los hombres plenamente por el Señor Jesús. Nosotros creemos todas aquellas cosas que se contienen en la palabra de Dios escrita o transmitida y son propuestas por la Iglesia, o con juicio solemne, o con magisterio ordinario y universal, para ser creídas como divinamente reveladas²⁴. Nosotros creemos en aquella infalibilidad de que goza el Sucesor de Pedro cuando habla *ex cathedra*²⁵ y que reside también en el Cuerpo de los obispos cuando ejerce con el mismo el supremo magisterio²⁶.

21. Nosotros creemos que la Iglesia, que Cristo fundó y por la que rogó, es sin cesar una por la fe, y el culto, y el vínculo de la comunión jerárquica²⁷. La abundantísima variedad de ritos litúrgicos en el seno de esta Iglesia o la diferencia legítima de patrimonio teológico y espiritual y de disciplina peculiares no sólo *no dañan a la unidad* de la misma, sino que *más bien la manifiestan*²⁸.

22. Nosotros también, reconociendo por una parte que *fuera de la estructura* de la Iglesia de Cristo se encuentran muchos elementos de santificación y verdad, que como dones propios de la misma Iglesia empujan a la unidad católica²⁹, y creyendo, por otra parte, en la acción del Espíritu Santo, que suscita en todos los discípulos de Cristo el deseo de esta unidad³⁰, esperamos que los cristianos que no gozan todavía de la plena comunión de la única Iglesia se unan finalmente en un solo rebaño con un solo Pastor.

23. Nosotros creemos que *la Iglesia es necesaria para la salvación. Porque sólo Cristo es el Mediador y el camino de la salvación que, en su Cuerpo, que es la Iglesia, se nos hace presente*³¹. Pero el propósito divino de salvación abarca a todos los hombres: y aquellos que, ignorando sin culpa el Evangelio de Cristo y su Iglesia, buscan, sin embargo, a Dios con corazón sincero y se esfuerzan, bajo el influjo de la gracia, por cumplir con obras su voluntad, conocida por el dictamen de la conciencia, ellos también, en un número ciertamente que sólo Dios conoce, pueden conseguir la salvación eterna³².

²¹ Cf. *Lumen gentium*, 8 y 50.

²² Cf. *Ibid.*, n.7.11.

²³ Cf. Conc. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium* n. 5.6; *Lumen gentium* n.7.12.50.

²⁴ Cf. Conc. Vat. I, Const. *Dei Filius*: Denz-Schön. 3011.

²⁵ Cf. *Ibid.*, Const. *Pastor aeternus*: Denz-Schön. 3074.

²⁶ Cf. *Lumen gentium*, n. 25.

²⁷ *Ibid.*, n. 8.18-23; decret. *Unitatis redintegratio*, n. 2.

²⁸ Cf. *Lumen gentium*, n. 23; decret. *Orientalium Ecclesiarum*, n. 2.3.5.6.

²⁹ Cf. *Lumen gentium*, n. 8.

³⁰ Cf. *Ibid.*, n. 15.

³¹ Cf. *Ibid.*, n. 14.

³² Cf. *Ibid.*, n. 16.

Eucaristía

24. Nosotros creemos que la misa que es celebrada por el sacerdote representando la persona de Cristo, en virtud de la potestad recibida por el sacramento del orden, y que es ofrecida por él en nombre de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico, es realmente el sacrificio del Calvario, que se hace sacramentalmente presente en nuestros altares. Nosotros creemos que, como el pan y el vino consagrados por el Señor en la última Cena se convirtieron en su cuerpo y su sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por nosotros en la cruz, así también el pan y el vino consagrados por el sacerdote se convierten en el cuerpo y la sangre de Cristo, sentado gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial³³.

25. En este sacramento, Cristo no puede hacerse presente de otra manera que por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y la conversión de toda la sustancia del vino en su sangre, permaneciendo solamente íntegras las propiedades del pan y del vino, que percibimos con nuestros sentidos. La cual conversión misteriosa es llamada por la Santa Iglesia conveniente y propiamente *transustanciación*. Cualquier interpretación de teólogos que busca alguna inteligencia de este misterio, para que concuerde con la fe católica, debe poner a salvo que, en la misma naturaleza de las cosas, independientemente de nuestro espíritu, el pan y el vino, realizada la consagración, han dejado de existir, de modo que, el adorable cuerpo y sangre de Cristo, después de ella, están verdaderamente presentes delante de nosotros bajo las especies sacramentales del pan y del vino³⁴, como el mismo Señor quiso, para dárseos en alimento y unirnos en la unidad de su Cuerpo místico³⁵.

26. La única e indivisible existencia de Cristo, el Señor glorioso en los cielos, no se multiplica, pero por el sacramento se hace presente en los varios lugares del orbe de la tierra, donde se realiza el sacrificio eucarístico. La misma existencia, después de celebrado el sacrificio, permanece presente en el Santísimo Sacramento, el cual, en el tabernáculo del altar, es como el corazón vivo de nuestros templos. Por lo cual estamos obligados, por obligación ciertamente suavísima, a honrar y adorar en la Hostia Santa que nuestros ojos ven, al mismo Verbo encarnado que ellos no pueden ver, y que, sin embargo, se ha hecho presente delante de nosotros sin haber dejado los cielos.

Escatología

27. Confesamos igualmente que el reino de Dios, que ha tenido en la Iglesia de Cristo sus comienzos aquí en la tierra, *no es de este mundo* (cf. *Jn 18,36*), *cuya figura pasa* (cf. *1Cor 7,31*), y también que sus crecimientos propios no pueden juzgarse idénticos al progreso de la cultura de la humanidad o de las ciencias o de las artes técnicas, sino que consiste en que se conozcan cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en que se ponga cada vez con mayor constancia la esperanza en los bienes eternos, en que cada vez más ardientemente se responda al amor de Dios; finalmente, en que la gracia y la santidad se difundan cada vez más abundantemente entre los hombres. Pero con el mismo amor es impulsada la Iglesia para interesarse continuamente también por el verdadero bien temporal de los hombres. Porque, mientras no cesa de amonestar a todos sus hijos que *no tienen aquí* en la tierra *ciudad permanente* (cf. *Heb 13,14*), los estimula también, a cada uno según su condición de vida y sus recursos, a que fomenten el desarrollo de la propia ciudad humana, promuevan la justicia, la paz y la concordia fraterna entre los hombres y presten ayuda a sus hermanos, sobre todo a los más pobres y a los más infelices. Por lo cual, la gran solicitud con que la Iglesia, Esposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres, es decir, sus alegrías y esperanzas, dolores y trabajos, no es otra cosa sino el deseo que la impele vehementemente a estar presente a ellos, ciertamente con la voluntad de iluminar a los hombres con la luz de Cristo, y de congregar y unir a todos en aquel que es

³³ Cf. Conc. Trid., ses. 13: Decr. *De Eucharistia*: Denz-Schön. 1651.

³⁴ Cf. *Ibid.*: Denz-Schön. 1642; Pablo VI, Enc. *Mysterium fidei*: AAS 57 (1965) 766.

³⁵ Cf. Santo Tomás, *Summa Theologica* III, q.73 a.3.

su único Salvador. Pero jamás debe interpretarse esta solicitud como si la Iglesia se acomodase a las cosas de este mundo o se resfriase el ardor con que ella espera a su Señor y el reino eterno.

28. Creemos en la vida eterna. Creemos que las almas de todos aquellos que mueren en la gracia de Cristo —tanto las que todavía deben ser purificadas con el fuego del purgatorio como las que son recibidas por Jesús en el paraíso en seguida que se separan del cuerpo, como el Buen Ladrón— constituyen el Pueblo de Dios después de la muerte, la cual será destruida totalmente el día de la resurrección, en el que estas almas se unirán con sus cuerpos.

29. Creemos que la multitud de aquellas almas que con Jesús y María se congregan en el paraíso, forma la Iglesia celeste, donde ellas, gozando de la bienaventuranza eterna, ven a Dios, como Él es³⁶ y participan también, ciertamente en grado y modo diverso, juntamente con los santos ángeles, en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado, como quiera que interceden por nosotros y con su fraterna solicitud ayudan grandemente nuestra flaqueza³⁷.

30. Creemos en la comunión de todos los fieles cristianos, es decir, de los que peregrinan en la tierra, de los que se purifican después de muertos y de los que gozan de la bienaventuranza celeste, y que todos se unen en una sola Iglesia; y creemos igualmente que en esa comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestras oraciones, como nos aseguró Jesús: *Pedid y recibiréis* (cf. *Lc 10,9-10; Jn 16,24*). Profesando esta fe y apoyados en esta esperanza, esperamos la resurrección de los muertos y la vida del siglo venidero.

Bendito sea Dios, santo, santo, santo. Amén.

³⁶ *1Jn 3, 2*; Benedicto XII, Const. *Benedictus Deus*: Denz-Schön. 1000.

³⁷ *Lumen gentium*, n. 49.

Índice general 2012-2013

Retiro

- Septiembre: *Felices en la fidelidad*. Óscar Bartolomé Fernández, sdb
- Octubre: *¡Pobres!... ¡bienaventurados?*
- Noviembre: *José, hijo de David: ¡No temas!* Mamerto Menapace
"Dad razón de vuestra esperanza" (1 Pe 3, 15). Retiro de Adviento
- Diciembre: *"Testigos de la radicalidad evangélica". Enviados a los jóvenes (Const. 26-48)*. Koldo Gutiérrez, sdb
- Enero: *Radicalidad evangélica de la vida consagrada. Discípulos de Cristo (Const. 61-84) y buscadores de Dios (Const. 85-95)*. Miguel Ángel Álvarez, sdb
- Febrero: *En camino hacia la Pascua, vivamos la alegría de la fe*. Fernando Domínguez, sdb
- Marzo: *Testigos de la resurrección, de la alegría y de la esperanza*. José Luis Guzón Nestar, sdb
La vivencia de nuestra espiritualidad con los jóvenes
- Abril: *El Concilio Ecuménico Vaticano II, un concilio para nuestro tiempo*. Ángel Téllez Sánchez, sdb
- Mayo: *María: bienaventurada la que ha creído*. Óscar Bartolomé Fernández, sdb

Formación

- Septiembre: *Hacia una vida consagrada humanamente significativa y pastoralmente elocuente*. Gerardo Daniel Ramos, scj
- Octubre: *Avanzar entre los conflictos que ocasiona la reestructuración*. Aquilino Bocos Merino, cmf
- Noviembre: *La mirada de Dios*. Fernando Negro Marco, Sch. P.
- Diciembre: *iMutuas relaciones en la Iglesia! Cuestión recurrente: ¿cuándo y cómo solucionarla?* José Cristo Rey García-Paredes, cmf
- Enero: *En la Biblia está el futuro de Europa. El libro de nuestro futuro*. Cardenal Carlo María Martini, sj
- Febrero: *El árbol de la vida... Religiosa*. José María Rodríguez Olaizola, sj
- Marzo: *El liderazgo compartido, que viene de Dios. Reflexiones en tiempo de Cónclave y después...* José Cristo Rey García Paredes, cmf
- Abril: *Soñando una vida inter-religiosa: Pneumatología y Formación*. José Cristo Rey García Paredes, cmf
- Mayo: *El futuro de la vida religiosa y el Dios de Jesús*. Andrés Torres Queiruga

Comunicación

- Septiembre: *Influjo de los medios en los niños. Unos electrodomésticos que hay que usar con criterio*. Ana Quverio Ferraris
- Octubre: *Fe on line*. Jorge Enrique Mújica
- Noviembre: *El audiovisual, ese gran desconocido*. José Ignacio Pedregosa
- Diciembre: *Teología y cine: un diálogo imprescindible*. Peio Sánchez, ADSIS
- Enero: *Verdad, anuncio y autenticidad de vida en la era digital*. Raúl Berzosa, Obispo
- Febrero: *Reflexión teológica sobre la comunicación*
- Marzo: *Web y redes sociales: Portales de verdad*. Juan Carlos Pinto
- Abril: *El lenguaje juvenil*. Alfonso López Caballero
- Mayo: «*Redes sociales: portales de verdad y de fe; nuevos espacios para la evangelización*». Mensaje para la XLVII Jornada de las Comunicaciones Sociales. Benedicto XVI

Vocaciones

- Septiembre: *¿Por dónde debe ir la pastoral vocacional hoy?* Fabio Attard, sdb
- Octubre: *Significatividad de la vida religiosa en la sociedad y en la cultura. Diez propuestas.* Juan Rubio
- Noviembre: *Como hacer significativa la pastoral juvenil vocacional en tiempos revueltos.* Juan Rubio Fernández
- Diciembre: *Llamados por Jesús a ser sus seguidores. Elementos esenciales de la vocación cristiana.* Juan José Bartolomé, sdb
- Enero: *Significatividad de la PJV en el ámbito educativo. “Por eso, vosotros estad preparados”(Mt 24, 44)*
- Febrero: *Significatividad de la pju en el ámbito de la reestructuración de las congregaciones.* Rosa Ruiz Aragonese, rmi
- Marzo: *Yo quiero resucitar.* Bonifacio Fernández, cmf
- Abril: *Los jóvenes y la nueva evangelización.* Álvaro Rodríguez Echeverría, fsc
- Mayo: *Hacia una renovada pastoral de las vocaciones al sacerdocio ministerial.* Conferencia Episcopal Española

La Solana

- Septiembre: *La vida religiosa prueba su verdad en la misión.* Jesús Espeja, op
- Octubre: *El anciano Nicodemo o el nacimiento de lo alto.* Ángel Aparicio Rodríguez, cmf
- Noviembre: *Las lágrimas de Raquel.* Ángel Aparicio Rodríguez, cmf
- Diciembre: *«Tenía Moisés ciento veinte años...».* Ángel Aparicio Rodríguez, cmf
- Enero: *Jacob y la fraternidad.* Ángel Aparicio Rodríguez, cmf
- Febrero: *Tobit: Tiempo de recordar y tiempo de agradecer.* Ángel Aparicio Rodríguez, cmf
- Marzo: *Dios se ha acordado. Zacarías.* Ángel Aparicio Rodríguez, cmf
- Abril: *Elías, el profeta reconvertido.* Ángel Aparicio Rodríguez, cmf
- Mayo: *Iconos bíblicos para una mística de ojos abiertos.*

El Anaquel

- Septiembre: *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Instrumentum laboris de la XIII Asamblea General Ordinaria.* Secretría General del Sínodo de los Obispos.
Recensión: “España salvó mi alma”
- Octubre: *Presentar la fe de una forma comprensible para la cultura actual.* Entrevista con el Cardenal Gianfranco Ravasi
Para pensar en cristiano “lo social”. Progreso humano y crecimiento económico. José Ignacio Calleja
María Troncatti, Dios llama en la selva. Giuliana Accornero fma
- Noviembre: *De Marx a Ratzinger: El manifiesto del giro.* Sandro Magister
Mensaje del Rector Mayor con motivo de la beatificación de Sor María Troncatti. Pacual Chávez Villanueva, sdb
Profundizar el sentido del adviento. Pedro Farnés
- Diciembre: *El valor religioso del Concilio Ecuménico Vaticano II.* Pablo VI
“Podemos caer en el peligro de buscar más de lo mismo”. Entrevista al P. Adolfo Nicolás, sj sobre la nueva evangelización.
- Enero: *El evangelio de Marcos y el ascenso de la dinastía Flavia.* Martin Ebner
La vida consagrada en el Año de la fe. Signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo. Elías Royón, sj
El diálogo fe-cultura: criterios para la pastoral juvenil en tiempos complejos. “Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza” (1 Pe 3, 15). José Miguel Núñez, sdb
- Febrero: *La renuncia de Benedicto XVI*
- Marzo: *Habemus Papam: Franciscum. Luz en intervenciones e imágenes.*
- Abril: *La política: un problema también espiritual.* José María Vigil
Diez palabras sobre Pascua. Bonifacio Fernández, cmf
- Mayo: *Los acontecimientos de la vida, ¿nos evangelizan?* Bonifacio Fernández, cmf
Antropología pneumática. Víctor Codina
¿Es el papa Francisco una paradoja? Hans Küng
María: una aproximación conjunta. Wolfgang Beinert
Homilía del Santo Padre Francisco en la Misa de Pentecostés. Francisco

Año de la fe

- Septiembre: *“Porta Fidei” Carta Apostólica en forma de Motu Proprio con la que se convoca el Año de la fe.* Benedicto XVI
- Octubre: *Indicaciones pastorales para el Año de la fe.* Congregación para la Doctrina de la Fe
- Noviembre: *La Misión como “Nueva Evangelización” según el Instrumentum Laboris del Sínodo.* José Cristo Rey García Paredes, cmf
- Diciembre: *El Concilio Vaticano II para las generaciones jóvenes que no lo vivieron.* Juan de Dios Martín Velasco
- Enero: *Huellas del Concilio Vaticano II en la Pastoral Juvenil.* Jesús Rojano, sdb
- Febrero: *La influencia de la constitución de liturgia en la pastoral con jóvenes (1963-2012).* Luis F. Álvarez González, sdb
- Marzo: *Pastoral juvenil y Gaudium et Spes.* Antonio Ávila
- Abril: *El protagonismo en la Misión Universal: invitación a la creatividad y a la fantasía.* Eloy Bueno de la Fuente
- Mayo: *Credo del Pueblo de Dios.* Pablo VI

Bicentenario de Don Bosco -pedagogía-

- Septiembre: *«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres».* Homilía, inicio del 2º año del trienio de preparación al Bicentenario. Pascual Chávez, sdb
- Octubre: *El Sistema Preventivo de Don Bosco. Texto y algunos elementos para su comprensión.* Fausto Jiménez Rodrigo
- Noviembre: *La pedagogía de San Juan Bosco en su siglo.* Guy Avanzini
- Diciembre: *El Sistema Preventivo, expresión del alma educativo-pastoral de Don Bosco.* Antoni Domenech, sdb
- Enero: *La alegría de vivir en Cristo, núcleo de la propuesta salesiana de santidad juvenil. Una reflexión ‘salesiana’ sobre Fil 4,4.* Juan José Bartolomé, sdb
- Febrero: *«La belleza de Don Bosco».* Las características del educador. Bruno Ferrero
- Marzo: *El Papa Francisco, nos invita a conocer, amar e imitar a Don Bosco*
- Abril: *Juan Bosco: Vidas de jóvenes.* Aldo Giraudó, sdb
- Mayo: *El sistema preventivo de Don Bosco: Un ecosistema educativo-pastoral.* William Jair Roa

Capítulo Inspectorial'13

- Septiembre: *Carta de Convocatoria del CI'13 con la que se convoca el Capítulo Inspectorial.* José Rodríguez Pacheco, sdb
Místicos en el Espíritu. Invitación a orar la Palabra. Juan José Bartolomé, sdb
- Octubre: *Profetas de la fraternidad. Invitación a orar la Palabra.* George Zevini, sdb
- Noviembre: *Siervos de los jóvenes. Invitación a orar la Palabra.* Francis Moloney, sdb

Editorial

- Septiembre: *El Año de la fe, un nuevo kairós, un momento de gracia*
- Octubre: *¿Queda mucho? Anotaciones a la crisis*
- Noviembre: *Teología de la espera, ética de la responsabilidad*
- Diciembre: *La vuelta a Don Bosco y a su(s) «Memoria»(s)*
- Enero: *La vida religiosa por una cultura samaritana*
- Febrero: *Gracias, Benedicto XVI ¡Viva el Papa!*
- Marzo: *Primavera que no llega*
- Abril: *Inteligencia espiritual*
- Mayo: *María, fuente de esperanza*